CUBA

LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA Y DEL CARIBE

CUBA

LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA Y DEL CARIBE

Título original: *CUBA la integración latinoamericana y del Caribe*

EDICIÓN Isy de la Luz

DISEÑO Oscar Loyola

CORRECCIÓN Jannete Guerrero y Lucero Acuña

IMPRESO EN MÉXICO

"De la independencia de los individuos, depende la grandeza de los pueblos".

"Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más cerca, y en que nos tocó nacer".

"Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza".

JOSÉ MARTÍ

ÍNDICE

Presentación 7

Contraofensiva del imperialismo y la derecha en América Latina y el Caribe en la actualidad 11

La actualización del modelo económico cubano. Hacia un Socialismo próspero y sostenible 21

El proyecto de dominación de Estados Unidos y la política latinoamericana de la administración Obama 39

La integración en nuestra América visto desde las fuerzas y partidos políticos 111

Estados Unidos: Geoeconomía mundial, poder y política exterior 125

Necesidad de la unidad de la izquierda en América Latina y el Caribe 187

La Alianza del Pacífico: intento de restauración del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y amenaza para la integración latinoamericana y caribeña 199

La II Cumbre de la CELAC: Hacia la consolidación de la unidad de nuestra América 207

PRESENTACIÓN

El sueño de Martí y Bolívar de lograr una América Latina unida, integrada, retoma más fuerza cada día, gracias a la llegada de gobiernos de izquierda en este continente y se cambia el rumbo: ahora la mirada no es sólo para el norte, ahora se ve hacia el sur.

Con las victorias electorales de partidos de izquierda en países como: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, República Dominicana, Nicaragua, Uruguay y Venezuela, América Latina y el Caribe han emprendido el camino de la integración, lo que ha permitido la transición de un capitalismo voraz a un socialismo del Siglo XXI.

Desde luego Cuba, cuyo gobierno socialista, emanado de un proceso revolucionario histórico, trazó paradigmas y utopías, al ser el primer país en desafiar el yugo imperialista y asumir políticas sociales y económicas en beneficio de las mayorías.

Así pues, los voraces intereses de Estados Unidos y las lacerantes cadenas del capitalismo, han sido trascendidas en cierta manera, lo que ha dado pauta para que estas naciones tracen su propio destino hacia la libertad, la democracia, la justicia, la igualdad y el bienestar colectivo.

Por ello, esta sencilla obra cobra especial relevancia, ya que los textos presentados analizan desde distintas aristas, el embate librado por América Latina

y el Caribe para evitar que las fuerzas de la derecha lideradas por Estados Unidos implanten sus esquemas de dominación en los que la desigualdad, la pobreza y la injusticia son sus pilares.

En este contexto, en el artículo "Contraofensiva del imperialismo y la derecha en América Latina y el Caribe en la actualidad", se precisan los duros efectos que han causado las políticas neoliberales sobre el tejido social y económico de las sociedades, y para superar ello, se plantea superar las limitaciones y los propios errores.

Otro capítulo gira en torno a "La actualización del modelo económico cubano". En él se retrata el trayecto recorrido por este pueblo valeroso y ejemplar, hasta el VI Congreso del Partido Comunista en el que ratifican la continuidad e irreversibilidad de un Socialismo próspero y sostenible que se traduce en nuevos parámetros de las fuerzas productivas, el reordenamiento de la fuerza laboral, el establecimiento de la figura de empresa estatal socialista, así como una política de igualdad de derechos y oportunidades para todos los ciudadanos y la más elevada justicia social posible. Todo ello acompañado de un indispensable cambio de mentalidad de militantes y cuadros del PCC.

En otra parte de este libro se hace alusión al proceso integracionista de los países latinoamericanos, en el cual se exalta el papel fundamental que representa la Revolución cubana y el legado del Comandante

Hugo Chávez, así como la transición de la región hacia los gobiernos de izquierda.

Asimismo, en otro apartado se hace manifiesta la "Necesidad de la unidad de la izquierda en América Latina y el Caribe", como una tarea urgente, de tal forma que se acceda a espacios parlamentarios, gobiernos locales y nacionales, con el fin de concretar los cambios que las sociedades demandan.

Finalmente, se explica, en dos artículos, la esencia, trabajos y objetivos de dos organismos latinoamericanos contrapuestos: el ALCA y la CELAC, así como el rol que deben jugar las fuerzas progresistas de izquierda para desdibujar al primero y fortalecer al segundo en aras de la unidad y progreso de América Latina y el Caribe.

En resumen, es una obra que invita a trabajar intensamente por una sociedad próspera en la que a nivel interno las condiciones de vida de los ciudadanos sean mejores, y respecto al exterior alienta las relaciones de respeto a los principios y dogmas del derecho internacional como condición esencial para asegurar la convivencia armónica entre las naciones.

Por la Comisión Ejecutiva Nacional del PT
Dip. Alberto Anaya Gutiérrez
Coordinador Nacional

CONTRAOFENSIVA DEL IMPERIALISMO Y LA DERECHA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN LA ACTUALIDAD

1. En estos momentos enfrentamos una contraofensiva del Imperio y las derechas, dirigida a derrotar los procesos progresistas y de izquierda en América Latina y el Caribe. Con características similares en nuestros países, esta política adecua a las actuales circunstancias, la tradicional postura imperial contraria a cualquier opción emancipadora. Más allá de las formas que asume, se sustenta en las experiencias que en su momento procuraron destruir a la naciente Revolución Cubana, liquidaron el proyecto de la Unidad Popular de Allende o le hicieron la guerra a la Revolución Sandinista.

2. Los duros efectos de las políticas neoliberales sobre el tejido social y económico, influyeron en que las derechas se replegaran, quedando sin capacidad para impedir que las fuerzas y movimientos progresistas y de izquierda accedieran a los gobiernos nacionales. Paralelamente, la mayoría de los partidos tradicionales de derecha atravesaron un proceso de deterioro o reacomodo de sus liderazgos y estrategias políticas.

3. Los Estados Unidos encaró a mediados de la pasada década un notable desgaste y desprestigio en su política exterior, más allá de la supuesta retracción en la prioridad que otrora daban las administraciones norteamericanas a nuestra Región. Bush, embarcado en sus guerras en el Medio Oriente, debió enfrentar el ridículo en Mar del Plata, cuando se entierra el proyecto de alcances hegemónicos y hemisféricos del ALCA. Quedan duramente cuestionadas las formas de inserción y algunos instrumentos de control del imperialismo en la región, como el FMI o la propia OEA.

4. Con la administración de Barack Obama se inicia un esfuerzo por revertir la adversa situación a los intereses imperiales, apelándose a las propuestas del llamado *poder inteligente*. Uno de sus componentes, el denominado *poder suave*, impulsa cínicamente formas y objetivos de lucha defendidos históricamente por la izquierda, como la movilización popular y el respeto de todos los derechos humanos, no sólo los llamados derechos civiles.

5. En ese marco se compran o penetran a algunas organizaciones sociales estimulando en ellas la rebeldía, la desobediencia civil y la organización periódica de protestas aparentemente reivindicativas. Para ello se emplean especialmente a diversas ONG diseminadas en nuestra región, como la USAID y otras financiadas por los servicios especiales norteamericanos y occidentales. Estas acciones se desarrollan recurriendo a una diplomacia más sutil, que adicionalmente intenta mejorar la imagen del Imperio en nuestros países.

6. Los grandes medios de comunicación privados de la Región juegan un rol fundamental en esta contraofensiva. Como virtuales nuevos partidos de la oligarquía, asumen en la práctica la organización de la oposición y de aliento a la **subversión política**, mientras que refuerzan su papel de baluartes de los valores conservadores y los intereses del Imperialismo.

7. Se procura la concertación continental entre los sectores reaccionarios, con la muy probable coordinación desde Washington, utilizándose ya sea a la SIP y otras instituciones como la Corte Interamericana de DDHH (CIDH), hasta acciones puntuales de colaboración entre líderes y fuerzas derechistas regionales o extra continentales. En paralelo, se despliega una intelectualidad conservadora con generoso sustento financiero y político, que busca imponer un relato que justifique los viejos principios capitalistas; se habla incluso de una “moderna” y más “progresista” derecha.

8. En ese sentido, el Imperio y las derechas mantienen el predominio en el terreno subjetivo e ideológico, obteniendo indiscutibles resultados diversionistas. En todo caso, los procesos progresistas se desenvuelven en sociedades eminentemente capitalistas con la correspondiente escala de valores sociales y morales que le es propia, haciendo más difícil la adecuada politización de los sectores populares, en particular de las capas medias.

9. Las limitaciones estructurales inherentes a la continuidad del sistema permiten que las derechas potencien los espacios de poder de donde no han sido desplazadas, para obstruir la actuación de estos gobiernos y eventualmente hacerlos sucumbir. Además de los grandes medios de comunicación ya señalados, recurren a algunos estamentos armados y de seguridad, en especial la policía, así como los parlamentos y el sistema judicial. También mantienen el control de la economía en contubernio con las grandes transnacionales, de donde se garantizan parte de los recursos para la oposición y se montan acciones de presión y de desestabilización en el ámbito económico.

10. Esta política imperial ha obtenido logros expresados en la concreción de asonadas golpistas en Honduras y Paraguay, donde se conjugaron las acciones de los aparatos represivos y las fuerzas armadas con los poderes legislativos, judicial y los grandes medios de comunicación. Posteriormente, se busca su legitimación mediante la realización de elecciones, donde se han impuesto figuras representativas de las oligarquías locales.

11. La contraofensiva reaccionaria también tiene como claro objetivo hacer fracasar los esfuerzos integracionistas expresados en UNASUR, la ALBA o la CELAC; por ejemplo, con la creación de la Alianza del Pacifico, que resulta en la práctica un remedo de la arriba mencionada ALCA.

12. Por otro lado, se ha podido constatar la activa participación de la ultra derecha republicana de Estados Unidos, tanto en los casos mencionados de Honduras y Paraguay, como en las numerosas operaciones y agresiones contra Venezuela y Cuba, sin descartar el resto de la región. En ese sentido, adquieren una particular relevancia las acciones políticas y mediáticas de EEUU y sectores reaccionarios locales, para entorpecer el desarrollo de las relaciones políticas y de cooperación entre los gobiernos progresistas y la Revolución cubana.

13. Venezuela resulta un claro exponente del despliegue de esta contraofensiva. Se desarrolla un plan de desestabilización a gran escala, que acentuado tras la desaparición física de su fundador y líder el comandante, Hugo Rafael Chávez Frías, apuesta al descalabro de la Revolución Bolivariana. Su propósito estratégico no se limita al fracaso del gobierno del compañero Nicolás Maduro, sino a la destrucción del chavismo, es decir, del movimiento revolucionario

venezolano. La forma de enfrentar este ataque constituye una importante experiencia para el resto de los procesos progresistas dado que, con las peculiaridades de cada lugar, intentan aplicar la misma lógica de largo plazo: la descalificación o desaparición de las fuerzas que han protagonizado y acompañado los procesos de cambio.

14. El *poder inteligente*, tiene un complemento militar o *poder duro*. La actual administración norteamericana hereda y refuerza su presencia militar en el área con más de 75 bases o puestos militares y el despliegue de la IV Flota; al unísono, se redimensionan sin abandonarse, las políticas diseñadas para la llamada guerra contra el terrorismo y el narcotráfico.

15. La mejor forma de enfrentar esta contraofensiva pasa por superar las limitaciones y errores propios, tanto en el ejercicio del gobierno, como en la actuación de nuestras agrupaciones partidarias y sociales; entendiendo que en la unidad de nuestras fuerzas está la clave para derrotar los embates del imperialismo y la capacidad para modificar las estructuras de dominación heredadas. La contraofensiva se derrota garantizando la integración genuinamente latinoamericana y caribeña, verdadera y única forma de entorpecer el paso del gigante de 7 leguas, como calificó José Martí al imperio norteamericano.

LA ACTUALIZACIÓN DEL MODELO ECONÓMICO CUBANO

HACIA UN SOCIALISMO PRÓSPERO Y SOSTENIBLE

PARTIDO COMUNISTA DE CUBA

Antecedentes

Los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución, aprobados en el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba **ratifican la continuidad e irreversibilidad del Socialismo,** a la vez que constituyen una de las adecuaciones más profundas del modelo de desarrollo adoptado por el país en las últimas décadas.

Desde el propio triunfo de la Revolución Cubana en 1959, Cuba orientó su política a lograr un desarrollo integral, donde lo social fue el eje conductor de la estrategia económica. La lucha constante por la soberanía nacional y la independencia combinó armónicamente con la prioridad otorgada al desarrollo humano y la justicia social, bajo la lógica de garantizar el bienestar general.

Muy tempranamente, el líder histórico cubano, Fidel Castro afirmaba la relación entre desarrollo y justicia social. En ocasión del acto por el aniversario del 26 de julio en 1961 expresó: **"*Es necesario, es imprescindible que el pueblo conozca qué es el socialismo, en qué consiste el socialismo, y cómo se llega a esa sociedad, y que a esa sociedad no se llega en veinticuatro horas, ni en un mes, ni en dos años, que a esa sociedad más justa no se llega si no es sobre la base del trabajo y sobre la base del desarrollo económico de la nación, y sobre la base del desarrollo de nuestras riquezas, porque es imposible establecer esa sociedad más justa sin un aumento extraordinario en la producción de bienes, que***

permita a todos los ciudadanos de un país la satisfacción de todas sus necesidades".

Entre 1990 y 1993 Cuba fue severamente afectada ante la crisis provocada por la descomposición del bloque socialista liderado por la URSS, lo cual dio paso a una dinámica internacional marcada por la unipolaridad y el pensamiento único. Su efecto particular en América Latina fue el refuerzo al papel del FMI y la extensión de sus políticas de ajuste y estabilización macroeconómica. En un contexto de pérdida del 85% de las relaciones comerciales y financieras con el exterior, y una abrupta caída de un 34% del PIB, el futuro del país bien hubiera podido estar condicionado por la "ola de neoliberalismo" que afectó a la región, sin embargo, la opción cubana destaca tanto por su esfuerzo social, como por la defensa de la equidad.

La década de los noventa obligó al gobierno cubano a llevar a cabo un proceso de transformaciones sin precedentes en el período revolucionario. Las decisiones, concebidas para compatibilizar los principios del Socialismo con la realidad que imponía el nuevo contexto internacional, garantizaron la recuperación económica y mitigaron los efectos más negativos de la crisis, a la vez que impusieron la necesidad de perfeccionar un modelo económico que fuera capaz de garantizar lo que ha sido el mejor referente de la Revolución Cubana: su modelo social.

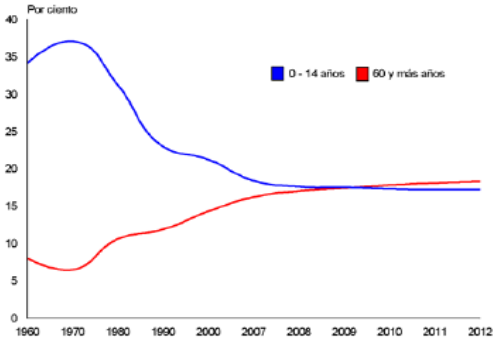
Una mirada a la economía cubana de finales de la primera década del presente siglo detectaría el elevado nivel de dependencia financiera externa y la baja eficiencia de la producción interna. Adicional, se registran los efectos de los huracanes que azotaron el país entre 1998 y el 2008, los cuales representaron una pérdida de 20 mil 564 millones de dólares, así como los efectos del bloqueo económico norteamericano, cuyo impacto hasta diciembre del 2011, considerando la depreciación del dólar frente al valor del oro en el mercado internacional, asciende a un billón 66 mil millones (1, 066, 000, 000, 000) de dólares.

Veinte Resoluciones aprobadas por la Comunidad Internacional en el marco de la Asamblea General de las Naciones Unidas --todas desatendidas por las sucesivas administraciones norteamericanas--, han dado fe que el bloqueo constituye una política absurda, obsoleta, ilegal y moralmente insostenible, que no ha cumplido, ni cumplirá el propósito de aniquilar la Revolución Cubana, pero genera carencias y sufrimientos a la población, limita y retarda el desarrollo del país y daña seriamente la economía de Cuba.

La Administración del Presidente Obama se ha caracterizado por un reforzamiento de la dimensión extraterritorial de la política de asfixia económica de la isla caribeña. Como resultado, los buques mercantes de cualquier país que toquen puertos cubanos continúan imposibilitados de ingresar en puertos de los Estados Unidos por un período de 180 días. Tampoco las empresas de ningún país pueden comerciar

con empresas de origen cubano si tienen afiliación o intereses de algún tipo con empresas de los Estados Unidos. Asimismo, se ha recrudecido el acoso a las transacciones financieras de Cuba con terceros países, independientemente de la relación de esos países con la isla caribeña, de la moneda que se utilice y las normas bancarias vigentes en los países involucrados.

Un elemento de consideración en la actualización económica del país es la tendencia demográfica de la población cubana, con un acelerado envejecimiento y



Grado de envejecimiento, año 2012

estancamiento en el crecimiento poblacional. Actualmente el 18,3% de la población es mayor de 60 años. Un momento complejo será el 2021, cuando los cubanos que ingresen al retiro superarán a los que entren al mercado laboral a pesar del aumento reciente de la edad de jubilación en cinco años**.** En el año 2030 tendremos un 30% de la población con más de 60 años.

El VI Congreso, un impulso transformador al desarrollo del socialismo cubano

En el contexto descrito, el VI Congreso del PCC, efectuado en abril del 2011, imprimió continuidad y a la vez un impulso transformador al desarrollo del socialismo cubano. Durante más de seis meses el pueblo desarrolló un importante ejercicio democrático de pensar colectivo, para alcanzar el consenso nacional acerca de las transformaciones que eran necesarias introducir en el funcionamiento de la economía.

Los Lineamientos fueron objeto de una amplia discusión por parte de la población desde su emisión en forma de proyecto en noviembre del 2010, hasta febrero del 2011. La consulta no sólo incluyó la militancia partidista, sino toda la población. Durante cinco meses de debate, ocho millones 913 mil 838 cubanas y cubanos participaron en 163 mil reuniones.

Como resultado, el 68% de los lineamientos fueron modificados, aprobándose la Proyección Estratégica de trabajo para el período 2012–2015, que incluyó 55 objetivos asociados a los 313 lineamientos, finalmente adoptados por el VI Congreso del Partido. Adicional, se acordó la constitución de una Comisión Permanente del Gobierno para la implementación y desarrollo de los acuerdos adoptados.

La socialización del debate en la determinación de problemas y la aplicación de soluciones reforzó la institucionalidad participativa del proyecto cubano,

deviniendo el proceso de consulta en referendo popular, donde el pueblo manifestó con libertad sus opiniones, sus discrepancias, propuso modificaciones, y también sugirió la solución de otros problemas no contenidos en el documento.

Hacia un Socialismo próspero y sostenible

La decisión de construir un Socialismo próspero y sostenible, donde prevalezca la propiedad social sobre los principales medios de producción, constituye uno de los postulados del proceso de conceptualización del modelo económico-social que signará el rumbo de Cuba, tarea que se encuentra en fase avanzada.

Según el vicepresidente del Consejo de Ministros de Cuba, Marino Murillo, el concepto de "***Socialismo próspero y sostenible***" se corresponde con el modelo que se desarrolla, en tanto se ratifica la propiedad social sobre los principales medios de producción y la necesidad del desarrollo como fundamento para lograr un estado de bienestar y prosperidad.

Al referirse a la conceptualización del modelo, el también Jefe de la comisión encargada de poner en marcha los lineamientos de la nueva política social y económica, subrayó que no hay transformación de la propiedad, sino una modernización de la gestión de esa propiedad. Se trata de asumir otras vías de conducir la economía con fórmulas que desarrollen las fuerzas productivas y donde la planificación sea el

instrumento por excelencia en la búsqueda de equilibrio macroeconómico.

A partir de las actuales condiciones y del escenario internacional previsible, la política económica se dirige a enfrentar los problemas, diferenciando las soluciones en diferentes planos y plazos:

- A corto plazo, encaminadas a eliminar el déficit de la balanza de pagos, que potencien la generación de ingresos externos y la sustitución de importaciones y,

- A más largo plazo, soluciones del desarrollo sostenible que permitan autosuficiencia alimentaria y energética altas, un uso eficiente del potencial humano, una elevada competitividad en las producciones tradicionales, así como el desarrollo de nuevas producciones de bienes y servicios de alto valor agregado.

En poco más de dos años, las decisiones aprobadas han representado un cambio en la estrategia de desarrollo del país, lo que supone, en primer lugar, ***modernizar las formas de gestión y estimular el progreso y perfeccionamiento de las fuerzas productivas***. "*El modelo reconocerá y promoverá, además de la empresa estatal socialista, forma principal de la economía nacional, a las modalidades de la inversión extranjera, las cooperativas, los agricultores pequeños, los usufructuarios, los arrendatarios, los trabajadores por cuenta*

propia y otras formas que pudieran surgir para contribuir a elevar la eficacia".[1]

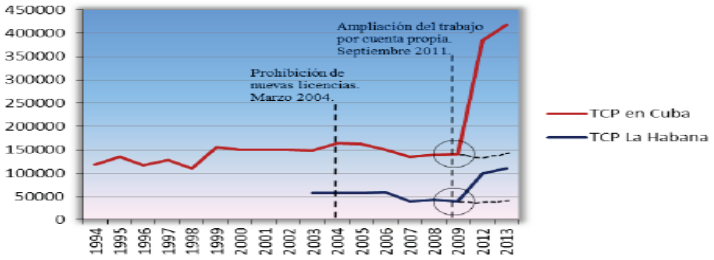
Un importante elemento de la política económica lo constituye ***la descentralización del actual modelo de gestión,*** *primando la planificación, como rasgo socialista de dirección, sin ignorar las tendencias del mercado.* ***La empresa estatal socialista es la fórmula fundamental del modelo económico cubano***, **por lo que se proyecta ajustar sus reglas de funcionamiento, dotándola de mayores libertades y autonomías.** Entre otras decisiones, se relaciona la ampliación de su objeto social, el otorgamiento de facultades necesarias para asegurar niveles de utilidad que permitan la inversión y la innovación en el perfeccionamiento del proceso productivo, al tiempo en que podrían elevar los niveles de ingreso de los trabajadores.

Para 2014 se producirán los cambios de mayor trascendencia en la esfera empresarial, donde se ha previsto una mayor flexibilización en la gestión incluyendo medidas tales como la posibilidad de utilizar los fondos en divisa autorizados para pagar a productores nacionales que sustituyan importaciones; se descentraliza la venta de activos fijos tangibles; se autoriza la venta de inventarios ociosos y de lento movimiento, y se retiene por la empresa el fondo para

[1] Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución, 2011.

la depreciación de los activos, el que se constituye en fuente de financiamiento para inversiones.

La elevación de la eficiencia económica interna demanda ante todo la elevación de la productividad del trabajo. En este contexto se inserta el ***reordenamiento de la fuerza laboral*** en el sector estatal de la economía, al tiempo que se amplían las posibilidades en el sector no estatal y cooperativo. Esta decisión crearía condiciones para contribuir al incremento salarial en el sector estatal, sin secuelas inflacionarias.



Fuente: Documento "Las Microfinanzas y el sector privado en Cuba".

Según informaciones públicas, el registro de trabajadores por cuenta propia en el país ascendía a 157 mil 371 en septiembre del 2010. En noviembre del 2013 la cifra se incrementó a 442 mil.

El General de Ejército, Raúl Castro se pronunció sobre el incremento del sector no estatal en el Informe Central al VI Congreso del Partido: "***El incremento del sector no estatal de la economía, lejos de significar una supuesta***

privatización de la propiedad social, como afirman algunos teóricos, está llamado a convertirse en un factor facilitador para la construcción del socialismo en Cuba, ya que permitirá al Estado concentrarse en la elevación de la eficiencia de los medios fundamentales de producción, propiedad de todo el pueblo y desprenderse de la administración de actividades no estratégicas para el país."

El énfasis puesto en la elevación de la eficiencia económica en los sectores de la agroindustria, especialmente en lo que se refiere al desarrollo de la producción nacional de alimentos para reducir la factura de importaciones, determinó ***la emisión de un nuevo Decreto-ley donde se amplió hasta 5 caballerías (67,10 hectáreas) la entrega de tierras ociosas en usufructo,*** registrándose *el otorgamiento* de 1 millón 588 mil hectáreas de tierras hasta octubre del 2013, a la vez que se brindaron facilidades para la creación de viviendas y otras instalaciones en beneficio de la producción.

La decisión de ordenar el sistema de pago de impuestos y contribuciones al Presupuesto del Estado, para contribuir a una mejor distribución de los ingresos de la sociedad, determinó que ***el Parlamento Cubano aprobara la Ley No. 113, del Sistema Tributario*** el 23 de julio del 2012. En la misma no se exigen impuestos sobre Ingresos Personales sobre los salarios, tampoco se exigirá por el momento, el Impuesto sobre la propiedad de las viviendas. En la esfera agropecuaria la carga tributaria será menor al resto de los sectores económicos.

También continuó el proceso de perfeccionamiento del sistema bancario, especialmente en lo referido a la expansión del crédito a personas naturales y jurídicas, lo que se tradujo en el otorgamiento de unos 1.600 millones de pesos en créditos a la población, fundamentalmente para la construcción de viviendas, así como 623 millones para la producción agropecuaria.

Entre las formas de gestión aprobadas se relaciona ***la creación experimental de cooperativas no agropecuarias*** y la aplicación de fórmulas de arrendamientos en establecimientos de servicios gastronómicos. Estas cooperativas parten tanto del sector estatal como del no estatal, alcanzando la cifra de 124 las que se encuentran en proceso de experimentación actualmente. De ellas 112 del sector estatal y 12 del no estatal.

Más recientemente, se aprobaron otras 71 que se asocian con la producción y reparación de muebles, las confecciones textiles, las labores de forja y herrería, la fabricación de calzado, el reciclaje, la ornitología y el comercio y la gastronomía.

La aprobación de la nueva Ley de Código del Trabajo para Cuba, resultado de una amplia consulta popular, a partir de la revisión de lo vigente en el país desde 1984, constituyó un importante proceso desarrollado en el 2013. El proyecto, discutido en 69 mil 56 asambleas, a las cuales concurrieron 2 millones 802 mil 459 trabajadores resultó un nuevo instrumento legal, con el objetivo esencial de recuperar la disciplina laboral, fortalecer el papel de las administraciones,

prever actos de injusticia en las relaciones empleado-empleador y consolidar el rol de las organizaciones sindicales en la eficiencia productiva.

El anuncio de la aprobación de un cronograma para iniciar el proceso de reunificación monetaria del país logró un importante impacto mediático, en tanto se trata de una de las transformaciones más complejas contenidas en los lineamientos. Será un proceso gradual, pero su puesta en marcha no producirá por sí misma el cambio estructural decisivo para el país, si no se inserta en el crecimiento de la productividad del trabajo y de la producción de bienes y servicios, que es lo determinante.

Desde el punto de vista social, la política aprobada da garantía de igualdad de derechos y oportunidades para todos los ciudadanos y la más elevada justicia social posible, a la vez que enfatiza la racionalidad de los gastos en servicios básicos como educación, salud, cultura y deporte y se insiste en eliminar gratuidades indebidas y los subsidios excesivos, incluyendo la eliminación gradual del consumo racionado, bajo el principio de compensar a las personas necesitadas y no subsidiar productos. Se plantea la necesidad de incrementar la contribución de los trabajadores al financiamiento de la seguridad social, todo en la perspectiva de lograr políticas sostenibles en el futuro y que además guarden una adecuada correlación con la situación económica general de la nación.

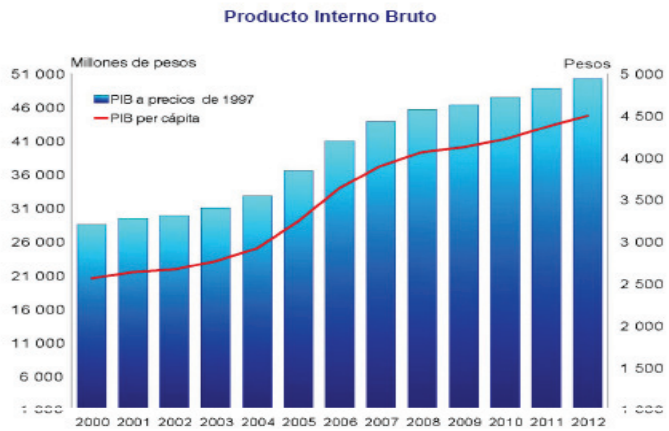
Los resultados que se van obteniendo de la implementación de los Lineamientos y de la aplicación de los mismos, demuestran la validez y certeza de las decisiones acerca de la política económica. Sin embargo, el proceso enfrenta un reto insoslayable, el necesario ***cambio de mentalidad de numerosos militantes y cuadros***. Sobre el tema el General de Ejército, Raúl Castro expresó: ***"A aquellos que dentro o fuera del país, con buenas o malas intenciones, nos alientan a ir más rápido, les decimos que continuaremos sin prisa, pero sin pausa, con los pies y los oídos bien pegados a la tierra, sin terapias de choque contra el pueblo y sin dejar a ningún ciudadano desamparado, superando la barrera del inmovilismo y la mentalidad obsoleta en favor de desatar los nudos que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, el avance de la economía, como cimiento imprescindible para afianzar, entre otras esferas, los logros sociales de la Revolución en la educación, la salud pública, la cultura y el deporte, que debieran ser derechos humanos fundamentales y no un negocio particular."***[2]

Las adecuaciones en curso determinan un desafío para las labores de la actual Asamblea Nacional del Poder Popular, constituida para su Octava Legislatura, el 24 de febrero del 2013. El máximo órgano legislativo cubano, integrado por 365 diputados y renovado

[2] Sesión Constitutiva de la Asamblea Nacional del Poder Popular, el 24 de febrero del 2013.

67,26 por ciento, simboliza el universo poblacional que representa, al contar con una edad promedio de 48 años y un 82,68% de diputados nacionales poseer nivel universitario, todo lo cual contribuye para enfrentar el arduo y profundo trabajo legislativo que exige la actualización del modelo económico cubano, en aras de fortalecer la institucionalidad del país.

En el contexto de la política económica que se ha venido implementando en los últimos años, la economía enfrentó la crisis y se mantuvo creciendo, logrando un desarrollo general positivo. El país cerró 2013 con un crecimiento del Producto Interno Bruto a precios constantes de 2,7%, menor que el 3,6% previsto, debido fundamentalmente al incumplimiento de los ingresos en moneda libremente convertible, así como en la industria manufacturera y las construcciones.



En enero del 2014 se inauguró la primera fase de la terminal de contenedores del puerto del Mariel, ubicado a 45 kilómetros al oeste de La Habana, una obra con financiamiento de Brasil, que constituye el eje principal de una Zona Especial de Desarrollo (ZED) de igual nombre, que determinará un relanzamiento de la inversión extranjera en Cuba, para lo cual está previsto la aprobación de una nueva Ley de Inversión Extranjera, la cual se discutirá en sesión extraordinaria de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en marzo del presente año.

Para Cuba, sólo el Socialismo es condición de desarrollo. Las decisiones adoptadas en torno a la política económica y social revelan las potencialidades del modelo económico socialista, a la vez que permiten identificar aquellos aspectos en los cuales se requiere un ajuste que permita hacerlo avanzar en las actuales condiciones internas y de la economía internacional. Todo, con el propósito de preservar los principales logros que convirtieron el modelo social cubano en un referente para toda América Latina.

El espíritu de múltiples generaciones vigorizó el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba, resultado genuino de la participación democrática de todo el pueblo, el cual logró fortalecer la unidad en la diversidad y abrir una perspectiva de trabajo y de lucha por el futuro que bien vale la pena asumir: la construcción exitosa de la opción socialista cubana, un socialismo próspero y sostenible.

EL PROYECTO DE DOMINACIÓN DE ESTADOS UNIDOS Y LA POLÍTICA LATINOAMERICANA DE LA ADMINISTRACIÓN OBAMA

Dr. Jorge Hernández Martínez

Como es habitual en el ejercicio de la política hacia América Latina, los gobernantes de los Estados Unidos ensayan frases, pronuncian discursos, presentan enfoques supuestamente nuevos, que en la mayoría de los casos ni resultan en verdad novedosos, y con el paso del tiempo se verifica que no fueron más que expresiones retóricas, con una considerable carga demagógica. A menudo se cae en la trampa de identificar el discurso con el decurso real de la política imperialista. Dichos y hechos no coinciden en muchos casos, eso es lo que muestra la historia. La relación histórica de los Estados Unidos con América Latina se define ante todo, desde el siglo XIX hasta el XXI, por una gran asimetría de poder y por una fuerte dependencia.

Existe un debate inconcluso sobre el lugar y papel asignado a América Latina en el contexto de las proyecciones globales norteamericanas, acerca de si la política estadounidense coloca al escenario latinoamericano entre sus principales prioridades, de naturaleza

estratégica. En rigor, no se trata tanto de precisiones semánticas sino de acciones concretas. En tal sentido, resulta secundario, estéril, la discusión en torno a la palabra exacta que define la significación que le atribuyen los Estados Unidos a América Latina a lo largo de la historia: si lo adecuado es considerar su prioridad o su importancia. Aunque no se trate de sinónimos, en este caso podría decirse que constituye un área de gran importancia, o de prioridad relativa, si se le compara, por ejemplo, con la primacía otorgada a regiones como Asia y Pacífico, Medio Oriente o Europa.

El relieve, la importancia, la prioridad que adquiere América Latina para los Estados Unidos a través de los años y de los siglos, depende de coyunturas, en una u otra etapa, pero existen intereses geopolíticos y geoeconómicos de larga data, a partir de la vecindad geográfica y del simbolismo que conlleva la convivencia en un área tan cercana. La definición de Lars Schoultz es, desde este punto de vista, sumamente gráfica y reveladora: "Tres consideraciones siempre han determinado la política de los Estados Unidos hacia América Latina: primero, la presión de la política doméstica norteamericana; segundo, la promoción del bienestar económico de los Estados Unidos; y tercero, la protección de la seguridad estadounidense"[1].

Bajo esas coordenadas, lo que se requiere en el proyecto imperialista hacia los países latinoamericanos

[1] Lars Schoultz, **Beneath the United States,** Harvard University Press, 1999.

es control sobre los procesos internos y los gobiernos, lo cual se presenta hoy mediante los argumentos públicos de la segunda Administración Obama, de que se busca la prosperidad y se protege la seguridad, en tanto lo que interesa realmente es el libre comercio, la hegemonía y la dominación.

América Latina ha cambiado profundamente desde finales del siglo XX, abriéndose paso procesos, gobiernos y movimientos sociales de izquierda, junto a alternativas integracionistas, pero hasta la fecha, no se aprecia una real voluntad de cambiar esencialmente la proyección estadounidense. Más continuidad que cambio define al presente y a la perspectiva inmediata, mezclado ello con una sensación de letargo, de inercia. A veces cambian los medios, pero no los fines.

Sobre esas bases, es que las palabras de Obama en la Cumbre de las Américas de 2009, en Trinidad y Tobago, acerca de "un nuevo comienzo" en las relaciones de los Estados Unidos con América Latina no fueron más que una combinación de retórica y cinismo, considerando que las pronunció en el mes de abril, y que a finales de junio de ese año ya estaba en acción el golpe de Estado en Honduras, donde la tibieza, el distanciamiento y el compromiso norteamericano fueron irrefutables, junto al también esfuerzo norteamericano por revitalizar el sistema de bases militares en Colombia. En la Cumbre de Cartagena, en 2012, se reiteró la falta de seriedad, coherencia y consecuencia del mandatario estadounidense.

De ahí que cuando el secretario de Estado, John Kerry, se refiere en abril de 2013, a América Latina en términos del viejo concepto de "patio trasero", en el marco de la presentación de la propuesta presupuestal del año fiscal 2014, ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, y dice que el presidente Obama debe hacer un especial esfuerzo por acercarse a los países latinoamericanos, no hace más que expresar la continuidad de propósitos, estilos, manipulaciones, rejuegos retóricos. El discurso que pronuncia en noviembre del mismo año pasado, en la sede de la OEA, con el coauspicio del Diálogo Interamericano, donde afirma que la era de la Doctrina Monroe se ha acabado, es de cierta manera, y sin subestimar las diferencias de contextos y momentos, reconociendo los reacomodos tácticos y reajustes coyunturales que ello implica, más de lo mismo.

Vale la pena reiterar, subrayar, que las bases de la actual política latinoamericana de los Estados Unidos, troquelada alrededor de los pilares declarados de prosperidad y seguridad, no hacen sino expresar la continuidad de intereses: libre comercio y control sobre la situación interna, sobre todo en aquellas naciones donde les inquieta el rumbo político, el radicalismo progresista, revolucionario, lo que estiman reta la hegemonía norteamericana. Venezuela y Cuba siguen siendo los mejores ejemplos, manteniéndose intacto en el último caso el bloqueo, la ubicación en las llamadas listas negras, y en prisión a los cinco héroes.

La Revolución Cubana significó, a mediados del siglo XX, la ruptura del sistema de dominación impuesto por los Estados Unidos en América Latina. Ello significaba la viabilidad de una alternativa novedosa de cambio, con un profundo carácter revolucionario, que en muy corto tiempo se identifica como socialista. Dotada de amplia base popular, expresaba gran radicalismo y antiimperialismo, estimulaba a los movimientos de izquierda, los procesos de liberación nacional, y beneficiaba las posiciones mundiales del socialismo. Más de cincuenta años después, al terminar la primera década del siglo XXI, más allá de múltiples cambios en ambos países, así como en el entorno hemisférico e internacional, Cuba mantiene, a pesar de muchas dificultades y contradicciones, su compromiso revolucionario y socialista, martiano y marxista.

De ahí que también conserve su especial simbolismo, como opción y como desafío, para la política norteamericana. Por esa razón, en el diseño e implementación de ésta confluyen intereses y objetivos que parecen constantes, prevaleciendo más el principismo ideológico que el utilitarismo pragmático. En ello intervienen, a través de combinaciones diversas, sectores de la burocracia gubernamental permanente, la comunidad de inteligencia y la derecha cubanoamericana, entre otros. El compromiso orgánico de esa estructura de poder con la razón de Estado trasciende las propuestas partidistas (demócrata o republicana) e ideológicas (liberal o conservadora), en la medida en que responde más a concernimientos permanentes del sistema o del Estado, que al de gobiernos temporales, figuras o grupos de presión.

Durante algo más de medio siglo, la política norteamericana hacia la Revolución Cubana y hacia el ámbito latinoamericano, en cada caso con sus particularidades, pareciera definirse por mayores elementos de continuidad que de cambio. Sin desconocer las especificidades históricas que han marcado mutaciones o reajustes en diferentes momentos, etapas o Administraciones (desde Eisenhower hasta Obama), es posible asumir el riesgo de esa esquematización. En tal sentido, resulta sugerente una vieja expresión utilizada por Fidel Castro, bajo el gobierno de Carter, a mediados del decenio de 1970: “cada gobernante de los Estados Unidos tiene una frase retórica para América Latina o para el mundo: uno habló del buen vecino, otro de la Alianza para el Progreso; ahora la consigna es los

derechos humanos. Nada cambió en su política hacia el hemisferio y el mundo, todo quedó igual; siempre prevaleció la diplomacia de las cañoneras y el dólar, la ley del más fuerte. Las frases son tan efímeras como las Administraciones. Lo único perdurable en la política yanqui es la mentira”[2].

Como ha explicado Roberto Regalado, luego de que la llamada revolución conservadora promovida por la doble Administración Reagan y la de George Bush (padre) avanza y condiciona el clima mundial en el que se produce el desplome del socialismo europeo, entre 1989 y 1992 se cierra la etapa histórica abierta por la Revolución Cubana, por el enfrentamiento entre las

[2] Fidel Castro Ruz, “Discurso del 26 de julio de 1978, en el XXV Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada”, en **Granma,** La Habana, 28 de julio de 1978, p.2.

fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, y se inicia la que aún se extiende, en la que predominan la combatividad de los movimientos sociales en lucha contra el neoliberalismo y los avances electorales obtenidos por fuerzas de izquierda y progresistas.

Según dicho autor, "desde ese momento, la situación de América Latina está determinada por varios procesos interrelacionados de manera estrecha e indisoluble:

• El primero es la **reforma y restructuración del sistema de dominación continental del imperialismo norteamericano** basada, en el empleo de medios y métodos de carácter transnacional para ampliar y profundizar la explotación neocolonial de América Latina.

• El segundo es la **agudización de la crisis económica, social y política** provocada por la concentración transnacional de la riqueza y el poder, que inhabilita al Estado latinoamericano para cumplir las funciones que históricamente le habían correspondido como eslabones de la cadena del sistema de dominación: garantizar la satisfacción de los intereses de la metrópoli neocolonial; redistribuir cuotas de poder entre sectores de las élites criollas; y cooptar a los grupos sociales subordinados.

• El tercero es la **organización y combatividad que alcanzan los movimientos sociales** en lucha contra el neoliberalismo.

• El cuarto es la **reestructuración organizativa, la redefinición de alianzas y la reformulación de objetivos, estrategias y tácticas de los partidos y movimientos políticos de izquierda**, para sobrevivir y adaptarse a las nuevas condiciones en las que se desarrolla la lucha popular.

Estos cuatro procesos tienen un efecto en cadena y cada uno predomina en un momento determinado. Al hablar de «efecto en cadena» se asume como supuesto que a mayor dominación, hay mayor crisis; a mayor crisis, hay mayor lucha social; y a mayor lucha social, hay mejores condiciones para la lucha política de la izquierda."[3].

Esa caracterización sintetiza el cuadro que define desde principios del decenio de 1990, tanto los cambios en el mapa político de América Latina, bajo la óptica del citado efecto en cadena, cuyas manifestaciones se profundizan y amplían hacia finales de esa misma década, como los reacomodos en el proyecto de dominación de los Estados Unidos hacia la región, si bien adquiere matices propios durante las Administraciones de William Clinton y las de W. Bush.

---

[3] Roberto Regalado, "El Pentagonismo y América Latina 42 años después", en Luis Céspedes (Coordinador), **El Pentagonismo 42 años después,** FUNGLODE/Cátedra Juan Bosch/Universidad de La Habana, Santo Domingo, 2011, p. 75.

En cuanto a Obama, han transcurrido ya cinco años desde que tomó posesión y estableció su primera Administración. En sentido general, puede afirmarse que a partir de 2008, por encima de los reajustes que se introducen al calor de los cambios objetivos en las condiciones históricas de la etapa actual, junto a las pretensiones subjetivas de Obama, interesado como todo presidente norteamericano en exhibir una identidad propia y en dejar su huella en la política latinoamericana de los Estados Unidos, se advierte una lógica recurrente, que tras la diversidad de etiquetas doctrinales, reafirman un proyecto geopolítico de dominación que ahora apela a nuevas opciones, como las de los golpes de Estado "democráticos", en Honduras y Paraguay, al mismo tiempo que refina viejos esquemas de subversión, como el que se lleva a cabo contra Venezuela, a través de las redes sociales,

los medios de comunicación, la oposición interna, y diversos sectores de la sociedad civil.

Al comenzar su quinto año en la presidencia (el primero de su segundo período), Obama continúa encarando no pocas promesas incumplidas en un complicado escenario económico y político, doméstico e internacional. En ese empeño, ha mostrado un cambio de tono en el lenguaje y en el curso de determinadas políticas, sin que se produzcan cambios espectaculares con respecto al legado de W. Bush o a la herencia de otros predecesores.

Como ha precisado Adrián Bonilla, "la vinculación de los Estados Unidos con América Latina sigue siendo, a pesar de las apariencias, extraordinariamente fuerte no sólo por la contigüidad geográfica, que en sí misma es una variable permanente, sino porque la red de articulaciones comerciales, políticas y de seguridad de Washington no se ha modificado estratégicamente de manera radical en los últimos años. Es un error analítico suponer que los Estados Unidos vayan a seguir operando como lo hacían en tiempos de la Guerra Fría, no tienen ni la necesidad, ni tampoco es predominante la ideología de la segunda mitad del siglo XX, que implicaba la necesidad de intervención frente a cada sospecha de que sus intereses se vean afectados, puesto que no todos los temas devienen ahora ni se solucionan con la amenaza o el uso de instrumentos o militares. La relaciones entre los países

siendo asimétricas son muy interdependientes y el menú de conductas muy variado”[4].

“Hay también --agrega-- modificaciones históricas del escenario de la relación. América Latina se ha transformado y sus países son menos vulnerables a las políticas unilaterales coercitivas. Un ambiente económico internacional favorable que repotencia el valor de los bienes primarios, y treinta años de experimentación institucional advierte ahora un entorno más estable, fundamentado en lógicas democráticas, aunque con diversas interpretaciones del principio, y esto ha generado a su vez un ambiente social menos duro que se expresa en avances materiales en salud, educación, alimentación y protecciones sociales en prácticamente todos sus Estados”[5].

A partir de las reflexiones anteriores, el presente trabajo pretende examinar el enfoque, la práctica y las probables proyecciones de la segunda Administración Obama, asumiendo la hipótesis de que a pesar de incoherencias y ajustes en el rumbo, en consonancia con los nuevos condicionamientos, el proyecto de dominación norteamericano exhibe más continuidad que cambios. Para alcanzar ese objetivo, el análisis contempla una mirada a la política latinoamericana de la doble Administración de George W. Bush, con referencia a las matizaciones que se introducen sobre

---

[4] Adrián Bonilla, **El nuevo mandato de Obama y América Latina**, 2014. http:/flacso.org./secretaria-general, p. 6.
[5] **Ídem**.

todo en la redefinición del enfoque sobre la seguridad nacional en las relaciones interamericanas, y valora las tendencias en curso, entre continuidades y cambios.

El proyecto de dominación de los Estados Unidos en el siglo XXI: la política latinoamericana de la Administración de W. Bush

Durante la primera década del siglo XXI, la situación latinoamericana configura un escenario dinámico, en el que en contraste con el retroceso de los movimientos de liberación nacional y de los procesos que confrontaban la dominación estadounidense o constituían opciones que retaban a gobiernos de derecha, se afirman movimientos populares que trascienden las reformas y desatan agendas revolucionarias o al menos, que llevan una dirección de izquierda, algunos incluso dentro del marco de comicios presidenciales y de las reglas de la democracia representativa. A manera de ejemplos, pueden citarse los de Venezuela, Bolivia, Ecuador. Al mismo tiempo, tienen lugar nuevos posicionamientos de fuerzas de derecha, que se establecen en determinados países. Como ilustración, están los casos de México, Colombia, Perú, Chile, Costa Rica, Panamá, según el momento específico dentro del decenio, dados los cambios de gobierno en algunos de esos países.

Con la Administración de W. Bush se comienzan a desplegar proyecciones que focalizan primero el impulso al proyecto del ALCA, el enfrentamiento al conflicto colombiano y el control fronterizo y migratorio con México como temas que priorizan las cuestiones de seguridad nacional, si bien en corto tiempo se plantean otras prioridades, como la estructuración de los Tratados de Libre Comercio para determinadas regiones y el tratamiento de "retos regionales" particulares, como los casos de Colombia, Venezuela y Cuba.

Aunque los hechos del 11 de septiembre cambian la situación inicial, la Administración de W. Bush le había concedido atención a América Latina al momento de establecerse, en enero de 2001 y durante los seis meses que siguen, a partir de los procesos y tendencias en curso en esa parte del continente, de su propio enfoque centrado en temas económicos e internos y de sus imperativos hegemónicos. De ahí que entonces, como

precisara Rafael Fernández de Castro, "América Latina había sido la excepción a un principio errático de la política exterior del cuadragésimo tercer presidente de Estados Unidos, George W. Bush. Mientras la falta de coherencia y los traspiés han caracterizado la postura de Bush y su equipo en relación con Europa, Asia y Medio Oriente, el presidente parecía tener claridad respecto de América Latina, ya que había expresado que, como vecina, era nuestra prioridad".[6]

Pero a partir de los atentados terroristas, esa proyección se frustra. Para Abraham Lowenthal, en la década que comienza en 2001, la temática latinoamericana pierde protagonismo en el enfoque estadounidense.

[6] Rafael Fernández de Castro, "La política de George Bush y América Latina", en **Foreign Affairs en Español,** ITAM, México, 2002**,** p.56.

Según este criterio, se pierde de vista el necesario contraste entre el discurso (la retórica política) y el decurso (la política real), lo cual requiere de una descodificación analítica, de una lectura problematizadora, de un esclarecimiento crítico. "En comparación con lo que ocurría hace treinta año --señala--, o durante la mayor parte del siglo pasado, la relación entre los Estados Unidos y Latinoamérica está bastante menos basada en la geopolítica y la seguridad nacional, y también mucho menos en la ideología. La competencia bipolar que involucraron a los Estados Unidos en la década de 1960 y 1970 proveyó una amplia base regional para elaborar políticas. Hoy, en cambio, las agendas son mucho más específicas y locales. Las preocupaciones contemporáneas de Estados Unidos en relación con América Latina se refieren básicamente a cuestiones prácticas de comercio, finanzas, energía y otros recursos, así como al manejo de problemas compartidos que no pueden ser resueltos individualmente por cada país: el combate contra el terrorismo, la lucha contra el tráfico de drogas y armas, la protección de la salud pública y el ambiente, la estabilidad energética y el control migratorio. Habitualmente estas cuestiones se plantean y se enfrentan en contextos bilaterales específicos"[7].

Reconociendo la objetividad contenida en una parte de tales aseveraciones, sin embargo, se evidencia absolutización e insuficiente matización. La geopolítica

[7] Abraham F. Lowenthal, "De la hegemonía regional a las relaciones bilaterales complejas", en **Nueva Sociedad,** No. 206, Caracas, 2006, p. 74.

está implantada en la trayectoria histórica del pensamiento político estadounidense y en la legitimación doctrinal de la política exterior, lo cual es muy visible en la proyección hacia América Latina. En ese enfoque, más allá de las redefiniciones o reajustes, la seguridad nacional sigue siendo una constante, y el factor ideológico se mantiene como decisivo.

En este sentido, el análisis debe encuadrarse bajo una mirada más abarcadora y realista, reconociendo la influencia mutua entre los Estados Unidos y la región en su totalidad, pero recordando sobre todo que los intereses y la presencia tradicional norteamericana en la región constituyen elementos condicionantes e incluso modificantes de ese entorno. Y es que los retos que en términos políticos y militares se ha planteado la administración norteamericana del presidente W. Bush después del 11 de septiembre de 2001, en el sentido de extender la guerra contra el terrorismo contra cualquier rincón del mundo y a partir de una estrategia de ataques preventivos ha tenido un impacto directo en la concepción tradicional de la presencia militar en el extranjero. Se trata de la necesidad de encontrar los mecanismos necesarios para poder actuar de manera adelantada en lugar de desarrollar una estrategia reactiva. La Administración de W.Bush se concentra en crear una red a distancia, con bases operacionales avanzadas, de bajo costo, que normalmente tengan pequeñas unidades de apoyo y aseguramiento, de manera que aseguren los despliegues de las unidades de combate cuando se requiera. Esta tendencia contribuye a que el concepto tradicional de base militar se vaya transformando y, a la

vez que las grandes bases desaparecen o se transforman, la presencia militar norteamericana en el exterior se incrementa. No es ocioso resaltar que las funciones tradicionales que han cumplido las fuerzas armadas norteamericanas se han expandido, en la misma medida en que lo han hecho los intereses de dominación imperial.

Como telón de fondo, habría que recordar que si el llamado "fin" de la guerra fría contribuyó a que los Estados Unidos prestaran menor interés a la región, bajo las dos presidencias de W. Bush, América Latina pasó a ocupar un lugar muy secundario en la política exterior estadounidense que se caracterizó, en este período, por una manifiesta ausencia de coherencia[8]. De hecho, un analista señala dos etapas en la política latinoamericana de W. Bush, la primera del 2000 al 2004, que implicó una ruptura con la política hemisférica de las administraciones anteriores, tanto la de su padre como la de Bill Clinton y, parcialmente, con la de Ronald Reagan, a partir de una visión diferente del sistema internacional y del rol que los Estados Unidos debían asumir en él, que antecede inclusive a los ataques del 11 de septiembre, y que afirma "un viraje hacia un mundialismo triunfalista de raíz unipolar, obsesionado con los asuntos de seguridad" y la segunda, impulsada en el período 2004-2008 con un cambio de su equipo diplomático, que implicó "una política mucho más consistente con las normas institucionalizadas de apoyo a la democracia en el

[8] Véase "The Obama Administration and America", en: **Stratfor Global Intelligence,** 11 de febrero de 2009, http://web.strafor.com

marco de la OEA”[9]. Sin embargo, la tensión entre la ideología, el dogmatismo y el pragmatismo de la administración Bush, confirió, a lo largo de los dos períodos, un significativo grado de inconsistencia junto con una marcada disminución de la atención hacia la región.

En este marco es que se suele caracterizar a la política estadounidense hacia América Latina como de “negligencia benigna”, significando que ello ocurría después de un historial previo, durante el cual los Estados Unidos nunca dejaron de visualizar a América Latina como su “patio trasero” y de considerarle como un ámbito estratégico importante.

Estas características de la política hemisférica de los Estados Unidos durante la Administración de W. Bush, cada vez más orientada hacia otras regiones y hacia otras prioridades estratégicas, se articuló asimismo con los cambios en dos temas específicos de la agenda hemisférica que invalidaron gran parte de los avances previos en las relaciones de los Estados Unidos con América Latina.

Por un lado, la agenda de libre comercio vinculada a la promoción del ALCA, conjuntamente con los temas asociados de promoción de la democracia y de los

---

[9] Jorge I. Domínguez, “Las relaciones contemporáneas Estados Unidos-América Latina. Entre la ideología y el pragmatismo”, en Ricardo Lagos, **América Latina: ¿Integración o fragmentación**?, EDHASA, Buenos Aires, 2008, p. 198.

derechos humanos impulsados en las Cumbres de las Américas, se fue diluyendo luego del fracaso de la IV Cumbre en Mar del Plata en noviembre de 2005, cuando los países del MERCOSUR y Venezuela pusieron prácticamente fin a esta iniciativa, en combinación con manifestaciones de un fuerte repudio, cuestionamiento y movilización social, en los cuales el presidente Chávez tuvo un destacado protagonismo[10]. Por otro, la "guerra contra el terror" y los intereses de seguridad de los Estados Unidos no tuvieron asidero en una región que, pese a algunas versiones de la derecha estadounidense, no fue un espacio del que surgieran, se desarrollaran, se entrenaran y se consolidaran las células terroristas asociadas con Al Qaeda, ni desde donde podría desatarse una conflagración nuclear. De hecho, durante este período se hizo evidente el contraste en la identificación de amenazas y prioridades de seguridad por parte de los Estados Unidos, y la percepción sobre las mismas por parte de la mayoría de los países latinoamericanos.

En efecto, el hecho de que se hayan modificado conceptos y prácticas tradicionales en lo que compete a los factores militares, dentro del nuevo contexto y de los condicionamientos de la coyuntura regional, hemisférica e internacional, no puede asumirse de

[10] Véase Andrés Serbín, "Entre UNASUR y ALBA: ¿otra integración (ciudadana) es posible?, en Manuela Mesa (Coordinadora), **Paz y conflictos en el siglo XXI. Tendencias globales. Anuario 2007-2008**, CEIPAZ, Madrid, 2007, p. 187.

modo mecánico en términos de descenso de su papel en el proyecto de dominación estadounidense.

Con posterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, el terrorismo se transformó en una de las principales preocupaciones del gobierno norteamericano y, por extensión, en una fuente de vulnerabilidad para la región. Aunque América Latina, en comparación con otras regiones, presenta una baja incidencia de actividad terrorista, los Estados Unidos han puesto especial énfasis en la prevención de este tipo de actividades a través de la ayuda militar. Como reflejo de una preocupación de nuestros países por controlar las actividades terroristas, los Estados han suscrito una serie de medidas destinadas principalmente a fortalecer la cooperación y a evitar que la región se convierta en un refugio para la actividad subversiva[11].

[11] Claudio Fuentes y David Alvarez, "¿América Latina en la encrucijada? Factores de riesgo e inseguridad", en **Nueva Sociedad**, No. 198, Caracas, 2005, p. 85.

Estas puntualizaciones se integran en la mirada global que los Estados Unidos dirigen hacia adentro y hacia fuera del país a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre, y como uno de sus rasgos principales se destaca lo que significan para la continuidad y perfeccionamiento de las concepciones que, sin la organicidad requerida, venían ganando presencia desde el anterior decenio, como parte de un esfuerzo por rearticular la racionalidad y los pretextos que sostenían la política exterior y, sobre todo, las consideraciones acerca de la seguridad nacional. Como se sabe, los atentados terroristas de aquél día le proporcionaron al presidente, a su imagen, y plataforma ideológica el respaldo y justificación que buscaban. El 20 de septiembre de 2002, W. Bush presenta la misión, la visión, los objetivos y la estrategia que servirían de guía a la política norteamericana (exterior, militar, de seguridad) en lo que se alcanzaba a visualizar del siglo XXI. El elemento que le aportaba o imprimía organicidad, unidad, coherencia, era lo que se llamó guerra preventiva (en rigor, prolongada o indefinida) contra el terrorismo, de alcance global.

Las proyecciones generales tomaban cuerpo para el caso de América Latina en torno a la seguridad. Durante el gobierno de Clinton, se establecen bases denominadas *localizaciones de seguridad cooperativa* en Comalapa (El Salvador), Manta (Ecuador), Reina Beatriz (Aruba) y Hato Rey (Curacao), ampliando el sistema que ya comprendía las de Guantánamo (Cuba), Fort Buchanan y Roosevelt Roads (Puerto Rico) y Soto Cano (Honduras). Según Roberto Russell, “el

Comando Sur manejaba entonces una red de 17 guarniciones terrestres de radares: tres fijos en Perú, cuatro fijos en Colombia, y el resto móviles y secretos en países andinos y del Caribe. La situación de Colombia y los atentados del 11 de septiembre han influido para que la asistencia económica y militar de Estados Unidos a la región se distribuya hoy en partes iguales, cuando a fines de los 90 la primera era más del doble que la segunda. América Latina es --excluyendo a Irak-- la principal receptora de capacitación militar estadounidense en el mundo. El Plan Colombia seguirá recibiendo importantes fondos del Tesoro estadounidense, ya que se ha previsto asignarle 724 millones de dólares en 2007, una cifra similar a la de 2006."[12].

[12] Roberto Russell, "América Latina para Estados Unidos: ¿especial, desdeñada, codiciada o perdida?", en **Nueva Sociedad**, No. 206, Caracas, 2006, pp. 53-54.

Los datos resultaban elocuentes, y aunque un tiempo después se producen cambios, como el desmontaje de la base de Manta, en Ecuador, el análisis mantiene su vigencia, en la medida que lo que ocurre a partir de 2009 es un desplazamiento ampliado hacia Colombia. La política de los Estados Unidos hacia América Latina contiene en este período mucho más de continuidad que de cambio. Por supuesto, no es idéntica a la de etapas precedentes. Pero a través de un escrutinio que se apoye en la interpretación histórica es posible discernir algunas claves analíticas y ciertas pautas, que revelan la permanencia, el reacomodo, la reedición, de viejos enfoques, conceptos, instrumentos, en una nueva combinación que lejos de disminuir la atención por la "seguridad nacional", redefine la "necesidad de su protección" bajo las nuevas coordenadas del siglo XXI, en la pretendida (y fracasada) era del ALCA, a la luz de una geopolítica renovada, que la hace, posiblemente, tan preocupante como la que dio lugar al monroísmo, al panamericanismo, la Alianza para el Progreso, los planes del Comité de Santa Fe.

En resumen, se reiteraban las fórmulas y recomendaciones que, no por primera vez, definen la política latinoamericana de los Estados Unidos en términos de un "nuevo diálogo" o una "relación especial", como se propuso en el Informe Rockefeller, o a favor de un "cambio de enfoque", como recomendaban los Informes Linowitz.

En el contexto esbozado, las consideraciones que llevaron a situar a América Latina dentro del diseño de la

argumentación del terrorismo como nueva “amenaza” a la seguridad, luego del 11 de septiembre, no respondería, en realidad, a un peligro para los Estados Unidos. Obedecía más a una construcción o manipulación de las inquietudes por la preservación hegemónica (ante situaciones convulsas y procesos que le resultaban inquietantes, por diversas razones, como los de Colombia, Venezuela, Bolivia).

En cierto modo, los conceptos de la Administración de W. Bush evocaban los que auspició la Administración Reagan en la década de en lo que se refiere al enfoque de la “seguridad nacional”. De nuevo, se advertía el legado de la “terminada” guerra fría.

Por otro lado, las profundas crisis económicas (consecuencias de la aplicación de reformas de corte neoliberal adoptadas durante la década de 1990 por los gobiernos de la región que se desataron a fines de 1990 y principios del año 2000), condujeron a la preparación de bases que abrieron de alguna manera camino a la construcción de alternativas que cambiarían la balanza de fuerzas dentro de los países de América Latina en un sentido, que hizo prácticamente imposible a Washington continuar con la ideología y política económica de la década de 1990.

Es decir, de modo resumido, el escenario latinoamericano adquiría creciente complejidad en el transcurso del primer decenio del siglo XXI, y obligaba a la política norteamericana a replantarse sus enfoques y métodos hacia la región como un todo, sin

desistir de los tratamientos bilaterales. Las relaciones Estados Unidos-América Latina en este período muestran una persistencia de patrones y codificaciones de la era de la guerra fría, en lo concerniente sobre todo a temas como el de la seguridad nacional, la visión del enemigo externo y el compromiso interamericano, pero tienen diferencias importantes en cuanto a contenido y tono.

En medio de tales contrastes es que transcurre en la primera década del siglo XXI la política norteamericana hacia América Latina, apreciándose que temas como el de la integración, han perdido peso, cuando se le compara con el énfasis que tuvo en los años de 1990. Cuestiones como la de la seguridad nacional han retornado a un enfoque más basado en la perspectiva estratégico-militar que en el que se impuso en ese mismo decenio, según el cual la seguridad se había convertido en un fenómeno tan multidimensional que tenía que ver con todo: seguridad ciudadana, humana, ecológica, alimentaria.

Bajo esa óptica, la política latinoamericana de los Estados Unidos tuvo elementos de continuidad con W. Bush, desde 2001 hasta 2008, con respecto a la aplicada en los años de 1980, pero también con relación a fórmulas utilizadas en la década de 1990, lo cual refleja, cuando se mira las relaciones de los Estados Unidos con América Latina en la perspectiva histórica, que tienden a sobresalir los cambios sólo en la medida que satisfacen exigencias circunstanciales, referidas a las mejores maneras de garantizar la hegemonía norteamericana. Como

otras veces, la continuidad ha tenido que ver más con los fines, en tanto que los cambios, con los medios para alcanzar aquellos[13].

La "doctrina" Bush y el proyecto de dominación: la redefinición de la seguridad nacional en América Latina

Es común la expresión "doctrina Bush", para designar el conjunto de criterios y de acciones que conforman la política exterior gubernamental implementada por los Estados Unidos durante la mencionada doble Administración, que se estructuraba alrededor del tema de la seguridad nacional y de la urgente defensa de la misma, ante las amenazas derivadas, especialmente, del terrorismo internacional. Sin embargo, es discutible la validez del término "doctrina" como etiqueta que identifique esas concepciones y prácticas, al igual que ha sucedido en otros casos, en los que al hablarse de "doctrina Nixon" o "doctrina Reagan", por ejemplo, se apela más a una distinción superficial, popularizada por el lenguaje periodístico, que a una definición académica, basada en las ciencias sociales.

W. Bush proclama el fin de las acciones combativas en Irak y el triunfo de la agresión militar contra ese país el primero de mayo de 2003, tras descender de

---

[13] Véase Luis Suárez Salazar, "Contraofensiva plutocrática-imperialista contra nuestra mayúscula América" y Jorge Hernández Martínez, "La mala hora: América Latina, le geopolítica norteamericana y el Bicententario", ambos trabajos en Felipe Pérez Cruz (Coordinador), **América Latina en tiempos de Bicentenario**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.

un avión de combate sobre la plataforma del portaviones *Abraham Lincoln,* con gran cobertura propagandística. Así pretendía mostrar al mundo, de modo simbólico, que su país había cumplido la "misión". Con ello comenzaría a hablarse del éxito, del momento culminante, en la aplicación de una política exterior belicista, intervencionista, diseñada en torno a consideraciones de seguridad nacional, y basada en los postulados doctrinarios de extrema derecha promovidos por el presidente. Es ese el marco en que se bautiza como tal a la "doctrina Bush", si bien existían antecedentes de ella. Además, se refiere al "advenimiento de una nueva era", destacando la "destreza y poder de las fuerzas armadas estadounidenses", al "combatir por la causa de la libertad y por la paz del mundo". También reiteró la advertencia que planteara con anterioridad, sobre la intención de actuar antes de que se materializaran las amenazas contra la seguridad de los Estados Unidos, o sea, preventivamente, y con el uso de la fuerza si fuera necesario[14].

Lo que ocurre es que el presidente estadounidense retoma entonces y formaliza de esa manera, si se quiere, los principios de política exterior y seguridad que había declarado como reacción inmediata ante los atentados terroristas del 11 de septiembre, y que se habían argumentado desde antes. Los elementos más

---

[14] Como referencias, véanse la **Estrategia de Seguridad Nacional 2002**, así como los discursos del Presidente George W. Bush en West Point, en 2001, y en el portaviones Lincoln, en 2003, en **www.whitehouse.gov/news/releases**.

comúnmente aceptados para describir esta "doctrina", pueden encontrarse en documentos públicos de los tanques pensantes[15] y publicaciones[16] que le sirvieron de plataforma intelectual, en discursos de W. Bush, documentos gubernamentales y declaraciones de funcionarios de la Administración.

El presidente comenzó a delinear públicamente la esencia de su "doctrina" en el discurso dirigido a la nación, pronunciado por el Presidente el 20 de septiembre de 2001, nueve días después de los ataques terroristas a Washington y Nueva York. Posteriormente, fue perfilándola en su primer informe del

[15] Los dos tanques pensantes más importantes de los neoconservadores son el **American Enterprise Institute (AEI) y el Project for the New American Century (PNAC)**.

[16] Las principales publicaciones periódicas neoconservadoras son: **The Weekly Standard, The Public Interest y Commentary.**

Estado de la Unión en enero del 2002[17] y más tarde en su discurso ante los graduados de West Point[18], en junio del propio año. No obstante, fue en el documento de la Estrategia de Seguridad Nacional, publicado en septiembre 17 de 2002, donde estructuró de forma más acabada los enunciados que la componían y se le identificó como "doctrina Bush".

Nuevos matices en el tratamiento del tema de la seguridad nacional como cuestión central en el ejercicio de la política exterior de los Estados Unidos, que se suman al enfoque de la "doctrina Bush" se ubican a comienzos de 2005, apreciándose cierto cambio en la proyección y el discurso gubernamental del Presidente en enero de ese año, al pronunciar su mensaje anual sobre el Estado de la Unión,[19] después de su reelección para un segundo mandato. En este caso, se caracterizó por la moderación del lenguaje, disminuyendo la estridencia en contraste con su retórica más agresiva en años anteriores y por el reajuste en las prioridades estratégicas. Algo similar sucedió con el texto de la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006.

Aunque no fue eliminado, se advierte una disminución del tono arrogante, del énfasis ostensible en el uso del poderío militar y la amenaza a los supuestos enemigos, desplazándose un tanto la obsesión por el tema la lucha contra el terrorismo por una atención a

---

[17] **www.whitehouse.gov/news/releases**/2002/01/20020129-11.html
[18] **www.whitehouse.gov/news/releases/**2002/06/20020601-3.html
[19] **www.msnbc.msn.com/id**/.../ns/politics-state_of_the_union/

la responsabilidad de los Estados Unidos en la lucha a favor de la democracia y de la libertad. Entretanto, sin embargo, la ocupación militar de Irak y Afganistán se incrementó, las torturas siguieron, las prisiones como la de Guantánamo continuaron, prosiguieron los asesinatos, las cárceles secretas se descubrieron, los daños a la población civil continuaron y la amenaza contra Irán se incrementó hasta el día de la salida de George W. Bush de la Casa Blanca.

Sin dejar de reconocer ese hecho, sin embargo, es posible afirmar que entre 2001 y 2005, tanto el enfoque como la práctica adjudicada al presidente en términos de "doctrina", se caracterizó una política exterior de marcada carga ideológica, basada en argumentos filosóficos y morales expansionistas y acordes al Destino Manifiesto, de inspiración incluso religiosa, justificativos del unilateralismo, uso de la fuerza y las acciones anticipadas.

Ya en el segundo mandato de W. Bush se fue haciendo cada vez más obvio que su orientación doctrinal internacional estaba llegando a sus límites. La extrema prepotencia que había caracterizado la política exterior estadounidense conllevaba costos muy altos para el sistema. La agenda de prioridades impulsada por los neoconservadores también planteaba un precio político que muchos representantes de la élite en el poder consideraban injustificado. Se estimaba que al extralimitarse en Irak, al enajenar a los aliados y al permitir que la llamada "guerra contra el terrorismo" opacara otras prioridades nacionales, la

Administración de W. Bush había conducido a los Estados Unidos a una guerra fracasada; había tensado en extremo los recursos militares, mientras se comprometían seriamente las finanzas del país. Se reconocía, además, que la legitimidad de esta "doctrina" u orientación estaba cada día más cuestionada internacionalmente y que su apoyo interno se había reducido.[20]

No es casual que al publicar una nueva Estrategia de Seguridad Nacional en marzo de 2006, la Administración tuviera el cuidado de eliminar varias de las formulaciones más provocativas de la Estrategia de 2002, evitando en particular las que más se identificaban con la "doctrina Bush". El documento sí persistió en proclamar que "América está en guerra" y que se atacaría al peligro antes de que éste llegara a suelo patrio. También auto-asignaba a los Estados Unidos la misión de acabar con la "tiranías" en cualquier parte del mundo, con la intención de apoyar a las "democracias" o fomentarlas donde no existan, o sea, la aplicación del "cambio de régimen", pero con cierta moderación en su tono[21].

Probablemente, los asesores del presidente trataban de amortiguar los efectos negativos que tenía la

---

[20] Philip H. Gordon, "The End of the Bush Revolution", en: **Foreign Affairs**, julio/agosto 2006.

[21] **Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos,** 16 de septiembre de 2006. Versión impresa en español, Servicio de Publicaciones de la Embajada de EUA en México, México DF, 2006.

escalada de agresividad, intolerancia y dogmatismo que caracterizaba la política exterior de W. Bush durante su primer período de gobierno, que provocaba reacciones de desencanto, desaliento crítica, tanto dentro como fuera de los Estados Unidos, por lo cual le sugerían reajustar las bases que sostenían su énfasis en la defensa de la seguridad nacional y del enfrentamiento al terrorismo, incorporando conceptos más aceptables y familiares para el lenguaje político tradicional de la sociedad estadounidense, como los de lucha por la democracia y la libertad.

La visión hemisférica actualizada que brindaba el documento *denominado Estrategia de Seguridad Nacional,* firmado el 6 de marzo de 2006 por el presidente W. Bush reafirmaba las principales tendencias de la política general de los Estados Unidos hacia la región y, en particular, enfatiza algunos de los "problemas de seguridad" de mayor relevancia en la agenda interamericana. Así, para muchos estudiosos se trata de en la primera década del siglo XXI, la supremacía estadounidense sobre América Latina es un regreso a la *normalidad,* pero con la fuerte marca del 11 de septiembre, de modo que se considera que el antiguo *patio trasero* hoy forma parte de lo que se denomina *homeland security*. Las formulaciones cambian, pero las codificaciones remiten a la vieja ecuación que concibe la seguridad nacional de América Latina como función de la hegemonía estadounidense. En esencia, se ponen de manifiesto tanto continuidades como cambios en el proyecto de dominación.

En ese sentido, se reitera la posición norteamericana de tratar sus prioridades hacia América Latina por separado, utilizando para ello resortes variados, que incluyen desde presiones diplomáticas hasta amenazas de reducir la precaria ayuda o modificar esquemas existentes, como ha sucedido en el caso de las remisiones de remesas hacia determinados países centroamericanos. A la par, sobresale el mismo tratamiento anterior, según el cual aunque se le concede importancia, no así prioridad a la región latinoamericana y caribeña. La distinción es útil en la medida en que aunque la retórica de "seguridad nacional" sobre la región posea un bajo perfil, en comparación, por ejemplo, con la que se sigue hacia el Medio Oriente ampliado o con respecto a China, ello no equivale a que los Estados Unidos dejen de actuar directamente sobre los problemas regionales o nacionales, cuando se considere estén afectando a "sus" intereses nacionales. El tradicional carácter de "traspatio" conlleva también el no menos tradicional modo bilateral de actuar "caso por caso".

En la anterior versión de dicha *Estrategia*, que data de septiembre de 2002, las referencias básicas al ámbito latinoamericano y caribeño se concentraban en dos cuestiones consideradas prioritarias para las proyecciones de los Estados Unidos en el hemisferio, que involucraban a América Latina. Cuatro años después, y a la luz de que las prioridades estratégicas globales norteamericanas sobrepasaron el discurso monotemático de la guerra contra el terrorismo para incorporar también la lucha contra las tiranías, se

incluyeron otras proyecciones como la de estimular el surgimiento y aplicación de las denominadas cartas democráticas que tomaban como argumento la adoptada por la OEA, a raíz del 11 de septiembre de 2001. Todas ellas expresaban el doble estándar o rasero norteamericano en materia de democracia; por ejemplo, el golpe de Estado contra el presidente venezolano Hugo Chávez, en abril de 2002, democráticamente elegido, no se consideró como violación de la democracia.

Como otras características, desde 2006 resulta prioritaria para los Estados Unidos, además, la conclusión de los Tratados de Libre Comercio en la región, como instrumentos para consolidar la hegemonía y facilitar acciones complementarias de la política exterior, incluidos los concernientes al istmo centroamericano y República Dominicana.

Como aspectos sobresalientes, llama la atención que de los siete "retos regionales" que se reconocen en el documento de 2006, como parte de las acciones norteamericanas en el contexto mundial, tres de ellos se encontraban en América Latina.

El primero de esos retos era Colombia, que continuaba siendo una prioridad, concebido como un "aliado democrático que combate los asaltos persistentes de los terroristas marxistas y los traficantes de drogas". Desde luego, no se mencionaba a los paramilitares colombianos ni otros factores clave del conflicto. La visión norteamericana del mismo se resumía en narcotráfico y terrorismo. El segundo reto lo constituía Venezuela, que se definía como "florecimiento demagógico del dinero del petróleo que mina la democracia y se propone desestabilizar la región". Bajo estas frases se estructuraba la política de Estados Unidos hacia la revolución bolivariana. El tercer reto identificado --no podría faltar-- sería Cuba, país considerado como con "un pueblo oprimido y que se concentra en subvertir la libertad en la región".

Más allá de esos "casos críticos", la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006 precisaba otras puntuali-

zaciones de relevancia para comprender la política estadounidense hacia América Latina. Así, se incluía una referencia directa a lo que se calificaba como la lucha entre "populismo y libre mercado". Desde la perspectiva norteamericana, no podía permitirse que dicho fenómeno "erosione las libertades políticas". Esa precisión iba dirigida contra el movimiento regional para evitar, primero, la aplicación del ALCA, y, después, para avanzar en la implementación de determinados mecanismos de integración y colaboración, cuya expresión más atendida por Estados Unidos era el ALBA, que impulsaban Venezuela y Cuba.

También se calificaba bajo el término de "populista" el proceso nacionalista y los ajustes en curso en Bolivia, Argentina y Brasil.

Obama, el proyecto de dominación y la redefinición de la política latinoamericana de los Estados Unidos

La victoria demócrata en las elecciones presidenciales de 2008, a pesar de las pocas referencias que Obama hizo, como candidato, a América Latina, despertó gran expectativa y pareció marcar un nuevo comienzo en las relaciones hemisféricas y, en particular en la política exterior de los Estados Unidos hacia la región.

Antes de su toma de posesión, Obama recibió la visita del presidente mexicano Felipe Calderón, conversó telefónicamente con Lula da Silva y poco después de establecerse formalmente en la presidencia, recibió una visita oficial del mandatario brasileño. Por otra parte,

entre sus primeras visitas al exterio se contaron las realizadas a Canadá en febrero de 2009 y a México en abril del mismo año, seguidas a mediados de año por una Cumbre entre los tres países en la ciudad de Guadalajara que, aparentemente dio fin al acuerdo paralelo de promoción de la seguridad y de la prosperidad, que intentó complementar el Tratado de Comercio de América del Norte (TLCAN) en el marco de la guerra contra el terrorismo. Significativamente, si bien Obama, durante la campaña electoral sostuvo una posición cercana a los sindicatos y a los grupos ambientalistas estadounidenses y planteó la necesidad de una revisión del TLCAN, la visita a Canadá diluyó enteramente este planteamiento, y la visita a México se centró en avanzar los temas de seguridad fronteriza y la llamada Iniciativa Mérida, de lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado, con la admisión, por parte de la nueva administración, de que la eclosión de estos problemas eran responsabilidad de ambas partes, a ambos lados de la frontera, ya que las armas y la posibilidad de lavado de dinero por parte de las organizaciones criminales provenían del lado estadounidense.

En líneas generales, aunque los Estados Unidos estaban enfrentando la mayor crisis financiera desde la década de 1930, y dos guerras simultáneas en Afganistán y en Irak, la elección de Obama despertó percepciones y expectativas positivas en la región, tanto por la imagen carismática personal del candidato, el primer afroamericano que llegaba a la presidencia en representación del partido demócrata, como por las posibilidades que ofrecía de revertir y modificar las políticas de la Administración anterior en el plano doméstico y, principalmente, en el plano hemisférico e internacional.

Según apunta con razón Andrés Serbín, "en este marco, el bautismo de Obama ante la región se produjo, en un marco multilateral, en la V Cumbre de las Américas convocada en Trinidad y Tobago en abril del 2009, donde el nuevo presidente debía reunirse por primera vez con los mandatarios de América Latina y el Caribe, y donde se anticipaba una fuerte presión, en particular por parte de Chávez y de sus aliados, para la eliminación del embargo a Cuba y la normalización de las relaciones con este país. Algunas señales positivas y anticipadas en función de este tema en particular ya habían sido emitidas por la nueva administración estadounidense con la eliminación de la suspensión del envío de remesas y de la prohibición de viajes de cubano-americanos a la isla, poco antes de la Cumbre.

Pero los planteamientos de Obama en el marco de la misma, con una apelación al establecimiento del mutuo respeto entre las naciones soberanas del hemisferio, el impulso de un *equal partnership* y la

disposición a escuchar y aprender, en vez de pontificar e imponer, por parte del novel presidente, diluyeron las posibilidades de una confrontación y posibilitaron que las simpatías iniciales frente a su victoria electoral, se acentuaran.

El presidente estadounidense estrechó la mano de Chávez, aceptó su regalo del clásico libro anti-estadounidense *Las venas abiertas de América Latina*, atendió sin inmutarse a los discursos más radicales en contra de la política estadounidense en la región y se ganó a la mayoría de los mandatarios asistentes, pese a que Chávez y sus aliados se negaron, en un acto atípico, a firmar la declaración final de la Cumbre. De hecho, ésta estuvo marcada por la promesa de Obama de impulsar un cambio radical en el estilo de las relaciones hemisféricas, con un mayor énfasis en el diálogo y la cooperación, como parte de un cambio de

la política exterior en general orientada a promover la diplomacia, la cooperación y el multilateralismo, en marco de un discurso que contrastaba marcadamente con la Administración anterior"[22].

Como resultado, en los primeros meses de gobierno de Obama, la percepción positiva de losEstados Unidos y, en especial, del presidente estadounidense en América Latina, se incrementó de una forma destacada, como lo señaló una encuesta de Gallup realizada entre junio y septiembre de 2009[23], y las expectativas de un viraje positivo y significativo en la política hemisférica de los Estados Unidos hacia la región se incrementaron exponencialmente. Sin embargo, como señaló también Andrés Serbín, la luna de miel así iniciada duró poco.

La gestión de Obama en su primera administración y durante el primer año de la segunda no ha significado, como se esperaba por parte de la mayoría de los análisis, una desaparición o contracción decisiva del conservadurismo. Visto en su conjunto, ha estado por debajo de las estimaciones de los pronósticos, dejando un legado de promesas no cumplidas, de iniciativas sumamente moderadas, de reacciones tibias y hasta injerencistas hacia procesos revolucionarios indoblegables, como los

---

[22] Peter Hakim, "A Dissapointing First Year: Obama and Latin America", en **Foreign Affairs en Español,** ITAM, México, 20 de enero de 2010, p. 47.

[23] Véase Ian Brown, "U.S. Leadership, Obama Winning Favor in Latin America", diciembre 2009, en:
http://www.gallup.com/poll/124514.

de Venezuela y Cuba. En este sentido, la pérdida de fuerza y de espacios por parte de la corriente neoconservadora luego de 2008 no significa un abandono de la escena política. De hecho, algunas figuras relevantes de aquella Administración mantuvieron presencia e influencia en el nuevo gobierno demócrata (el mejor ejemplo sería el de Robert Gates, quien permaneció como Secretario de Defensa hasta 2010, reflejando la importancia que Obama le atribuía al tema de seguridad nacional). Al mismo tiempo se ha observado una permanencia en determinadas publicaciones e instituciones académicas de sus ideólogos más importantes, como la revista Commentary y el American Enterprise Institute. Por esa vía, con Obama se ha alimentado la idea de que se necesita un gobierno vigoroso y se ha legitimado el uso de la fuerza en las relaciones internacionales, incluida la militar, con gran atención al tema de la defensa de la seguridad nacional. El liberalismo de que se suponía portador se amalgama con un conservadurismo moderado o con lo que podría llamarse un realismo político conservador.

El período que se inicia en la sociedad estadounidense a partir del proceso de elecciones presidenciales de 2008 era sumamente complicado. Por un lado, se abría paso un gobierno basado en promesas de cambio, liderado por un hombre de piel negra, por encima de prejuicios y del tradicional racismo, cuyo lenguaje deja atrás estridencias y aparenta un nuevo rumbo, lo cual propicia que inclusive se le otorgue el Premio Nobel de la Paz. Por otro, se mantenía una política exterior belicista, que no dejaba de apelar al enfoque de seguridad

nacional, si bien bajo nuevos matices, en medio de un contexto en el que no llega a consolidarse una orientación liberal como se esperaba por muchos. A la par, se observa que en ese contexto, a nivel social, persisten diversas concepciones, como la del neoconservadurismo, las de la llamada "nueva derecha" y la derecha tradicional, las que atacan la figura de Obama, señalando que viola la Constitución y descalificándole a partir de su condición etno-racial, de su posición política, que asocian al liberalismo y al antinorteamericanismo. Estas reacciones se expresan tanto a nivel de algunas instituciones académicas identificadas como "tanques pensantes", al estilo de *la Heritage Foundation*, como de movimientos sociopolíticos, cual sería el caso del llamado *Tea Party*, de signo populista, esgrimiendo criterios nativistas, racistas y xenófobos, permaneciendo las manifestaciones del fundamentalismo protestante, asociadas a la conocida "derecha religiosa"[24].

El triunfo electoral de Obama en 2008 conllevaba, para América Latina, un valor agregado, en la medida en que estaba en juego la continuidad de una política exterior con un enfoque globalista, de raíz geopolítica, que encuadraba las situaciones mundiales en el marco de la supuesta lucha contra el terrorismo. Y que priorizaba los intereses de la llamada seguridad nacional, con implicaciones para el tratamiento de las relaciones con los países del subcontinente, y fundamentalmente,

---

[24] Véase Susan George, **El pensamiento secuestrado: cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos,** Icaria, Barcelona, 2007.

para la evolución de determinados conflictos, estimulando tensiones y enfrentamientos.

Obama comprometió cambios en las políticas exterior y de seguridad y defensa de los Estados Unidos, en particular, anunció un “nuevo trato” en las relaciones con otros países basado en el respeto mutuo, la renuncia al unilateralismo y a las imposiciones y, en materia de seguridad, se propuso el ejercicio de un liderazgo basado en los principios fundadores de la nación norteamericana. Estos planteamientos marcan distancia respecto de la política seguida por la administración Bush hijo, que buscó imponer su visión militarista aún a sus aliados y amigos, pasó por encima de las decisiones de los órganos multilaterales, avaló la práctica de torturas en su país como en otros y, mediante la Ley Patriótica, recortó libertades y derechos fundamentales de los ciudadanos estadounidenses. Estos cambios se producen en medio de la crisis de la hegemonía norteamericana, de severas dificultades económicas y de inciertas variaciones en el sistema mundo.

Ya se ha analizado en páginas anteriores que la lucha contra el narcotráfico, primero, y posteriormente, a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre, la guerra contra el terrorismo, marcaron la política exterior y de seguridad y defensa de los Estados Unidos desde fines del siglo XX. Lo que se dio en llamar postguerra fría se caracterizó por una mayor fluidez, inestabilidad e incertidumbre en el orden mundial. Los Estados Unidos han perdido la hegemonía en lo económico y encaran la competencia de la Unión Europea, –especialmente la de Alemania-, del Japón, de China y de las economías emergentes de Brasil e India. Adicionalmente deben enfrentar el surgimiento de potencias regionales como es el caso de Rusia, China e Irán. De la bipolaridad de la guerra fría se ha pasado a una polaridad compleja en la que se están dando reacomodos en la correlación de fuerzas a nivel mundial y el centro de gravedad se ha desplazado progresivamente del Atlántico hacia el Pacífico y Asia.

Es en este contexto en el que el liderazgo norteamericano percibe márgenes de maniobra para incidir en el tratamiento de los cambios en la correlación de fuerzas y en los reacomodos en la distribución del poder. Este es el espacio que desde la campaña presidencial de 2012 ocupa el discurso de Obama y su propuesta para hacer frente a la crisis de hegemonía de los Estados Unidos y a la pérdida de legitimidad como consecuencia de la prolongada y agotada política de la Administración de George W. Bush, en el marco de su segundo período presidencial, iniciado en enero de 2013.

Las propuestas de política exterior del presidente Obama han implicado reajustes y continuidades. En el centro de ella se encuentra la defensa de los intereses vitales de los Estados Unidos, para lo cual se ha diseñado una gran estrategia orientada al ejercicio del liderazgo en aquellos campos en los que sus intereses coinciden o se presentan como coincidentes con el

interés común. Se busca de esa manera preservar la primacía que los Estados Unidos construyeron a partir de la segunda guerra mundial y mantuvieron durante la guerra fría mediante la política de contención; mediante la del compromiso selectivo durante los gobiernos de Clinton y mediante la guerra contra el terrorismo durante la Administración de W. Bush. La primacía es una modalidad de gran estrategia basada en el principio de no tolerar el surgimiento y consolidación de un poder que rivalice con el propio[25].

En el discurso pronunciado al asumir la presidencia de su país, en enero de 2009, Obama invocó la defensa del Estado de derecho y los derechos humanos como ideales que inspiraron a los fundadores de la nación norteamericana y sentenció: "Esos ideales todavía iluminan el mundo y no renunciaremos por conveniencia. Y a todos los pueblos y gobiernos que nos observan hoy, desde las grandes capitales hasta el pequeño pueblo donde nació mi padre: sepan que Estados Unidos es amigo de todos los países y de todos los hombres, mujeres y niños que buscan un futuro de paz y dignidad, y que estamos listos para asumir el liderazgo una vez más**.** Recordemos que generaciones anteriores afrontaron el fascismo y el comunismo no sólo con misiles y tanques, sino con

[25] Véase Jorge Hernández Martínez, "Estados Unidos y la lógica del imperialismo. ¿Perspectivas de cambio bajo la Administración Obama", en **Cuba Socialista**, No. 55, La Habana, 2010, y "Obama y el ciclo de la política norteamericana: ¿Hacia un nuevo proyecto nacional?, en **Cuadernos de Nuestra América**, No. 45, CEA, La Habana, enero-junio de 2010.

sólidas alianzas y firmes convicciones. Comprendieron que nuestro poder por sí solo no puede protegernos ni nos da el derecho de hacer lo que queramos. Más bien, sabían que nuestro poder crece si lo usamos de forma prudente; que nuestra seguridad emana de la justicia de nuestra causa, la fuerza de nuestro ejemplo". Ideales compartidos, alianzas sólidas para defenderlos y convicciones no conveniencias son las bases para retomar el liderazgo estratégico en defensa de los intereses de los Estados Unidos que son asumidos como los intereses de la humanidad. Ante la visión polarizadora y excluyente que justifica la acción militar sin límites y principios que caracterizó la guerra contra el terrorismo adelantada por la Administración de W. Bush, hace un llamado al mundo musulmán para buscar salidas conjuntas con base en el interés y respeto mutuos. Posición que no implica abandonar la fuerza. De allí que afirme que "no nos disculparemos por nuestro modo de vida, ni vacilaremos en su defensa, y para aquellos que pretenden lograr sus objetivos acudiendo al terrorismo y a la matanza de inocentes, les decimos que ahora nuestro espíritu es más fuerte y no puede romperse; no pueden perdurar más que nosotros les derrotaremos."[26]

Como lo señalara Jaime Zuluaga Nieto, estas posiciones adoptadas por el discurso de la primera Administración de Obama establecieron ciertas dife-

---

[26] Barack Obama, **Discurso de toma de posesión,** 20 de enero de 2009, Washington D.C. , en:
http://www.america.gov/st/usgspanish/2009/January

rencias con la forma como la Administración de W. Bush encaró la crisis de hegemonía y los conflictos asociados a los reacomodos y cambios en la correlación de fuerzas a nivel mundial, así como a los juegos de intereses internos. La postulación de un nuevo trato generaba importantes apoyos a la política norteamericana, sobre todo en el exterior. El que la potencia en decadencia sostenga en la retórica su disposición a tratar a los demás países en condiciones de igualdad, a recurrir al multilateralismo renunciando a la política de imposiciones imperiales, asuma (al menos en el discurso) corresponsabilidades históricamente negadas y manifieste querer construir políticas no para sino con los demás, ha sido un hecho relevante. Sin embargo, no semejaban viables rupturas radicales en materia de política exterior y los márgenes de maniobra del gobierno estaban acotados por fuerzas e intereses internos y externos que delimitaban su acción, aún en el caso de que el presidente hubiese deseado avanzar en un cambio radical. El problema no era el de las intenciones de un jefe de Estado, era cuestión de la naturaleza de los intereses en juego y esos eran, entre otros, los de la superación de la crisis de hegemonía y la preservación de la primacía, tal como quedara planteado con la definición de los ejes fundamentales de la política de seguridad y defensa[27]. Esas proyecciones de la primera Adminis-

[27] Véase Jaime Zuluaga Nieto, "La construcción de la identidad nacional", en Marco A. Gandásegui y Dídimo Castillo Fernández (Coordinadores), **Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación**, CLACSO/Editorial Siglo XXI, México, 2010, pp. 157-160.

tración Obama se mantienen luego de su reelección en 2012.

Una de las tesis más fuertemente invocadas por el presidente Obama era la cuestión ética de la relación entre la seguridad y lo ideales: "En cuanto a nuestra defensa común, rechazamos como falsa la opción entre nuestra seguridad y nuestros ideales."[28] Seguridad *versus* ideales remite al problema clásico del recurso a la violencia en las sociedades. La violencia tiene un carácter instrumental, no es un fin en sí mismo, es un medio. Y en esa relación el fin no justifica los medios, de allí que no todo valga en la guerra como lo pretenden ciertas tradiciones militaristas.

Los ideales a los que remite el enunciado son los enarbolados por los padres fundadores de la nación norteamericana y que en el discurso del presidente se resumen en libertad y democracia, estado de derecho y derechos humanos. El recurso a la violencia en aras de la seguridad y defensa no puede vulnerar las libertades democráticas, atentar contra los derechos humanos y desconocer el estado de derecho. De allí la condena al recurso a la tortura en los interrogatorios y el anuncio del cierre de la prisión en Guantánamo, aún y cuando no haya actuado en consecuencia. En el discurso sobre la seguridad y los valores del 20 de mayo de 2009 el presidente Obama señaló que ante la amenaza terrorista, las dos guerras en las que se

---

[28] Barack Obama, **Discurso sobre la seguridad y los valores de EEUU**, 2009, en: **http://www.america.gov/st/usg-spanish.**

encuentran comprometidos y la necesidad de combatir a los terroristas refugiados en Afganistán y Pakistán su gobierno ha apropiado los recursos necesarios para el fortalecimiento y la dirección estratégica de las fuerzas militares y de la inteligencia; ha avanzado en la construcción de acuerdos para controlar las armas nucleares y evitar que armas de destrucción masiva caigan en manos de terroristas, así como fortalecido la diplomacia.

Así, fuerza y diplomacia forman parte de la estrategia norteamericana para neutralizar, aislar y derrotar a sus enemigos, al menos al nivel discursivo. El anuncio de un "nuevo trato", el compromiso con la acción multilateral y el respeto de las libertades, el estado de derecho y los derechos humanos han jugado un papel significativo en los propósitos de Obama de relegitimar la política de seguridad nacional.

En la Estrategia de Seguridad Nacional 2010, presentada en mayo de ese año, se trazan, de manera general, los objetivos de la Administración Obama y sus metas en política exterior, ante el nuevo entorno geopolítico mundial. En buena medida, se trata de una posición que podía anticiparse, en la medida que no constituye un punto de inflexión ni doctrinal ni práctico con respecto al legado estratégico que recibió el presidente Obama[29].

---

[29] Véase la **Estrategia de Seguridad Nacional 2010**, presentada por Barack Obama el 27 de mayo de ese año. Versión electrónica traducida por la Embajada de los Estados Unidos en México.

Eso sí, en correspondencia con el enfoque explícito discursivo mantenido desde que asumió la presidencia, y a diferencia de su predecesor, en este documento se enfatiza la idea de evitar la confrontación para alcanzar los objetivos internacionales, priorizando, siempre que sea posible, la negociación y la persuasión.

Si bien en esta declaración no deja de recalcarse una fuerte iniciativa contra el terrorismo, también se destacan asuntos como el cambio climático y la economía, subrayando el importante papel que el gobierno norteamericano debe jugar ante ellos, con lo cual se hace suya una concepción amplia o extendida de la seguridad nacional, de manera que la misma no se restringe a la dimensión estratégico-militar.

El presidente subraya la importancia de empezar la estrategia haciendo crecer la economía doméstica y reduciendo el déficit, convocando a mejorar la educación de los niños, a impulsar más la investigación científica y al deber de desarrollar una energía limpia "que pueda impulsar nuevas industrias, desatarnos del petróleo extranjero y preservar nuestro planeta", haciendo referencia también a la importancia de la reforma del sistema de salud. Y esto es porque para Obama --según lo enunciado en el documento-- el reconocimiento de la fuerza e influencia de los Estados Unidos en el extranjero, su liderazgo, comienza con los pasos que se den al interior del país. Deben ponerse "nuevos cimientos". Sólo así es que podrán impulsarse con más efectividad los intereses de los Estados Unidos.

De este modo, persiste la mirada que vincula orgánicamente la seguridad nacional (tanto en su versión tradicional como en la novedosa) con la seguridad interna o de la Patria (*Homeland Security)*, según las definiciones impuestas por el 11 de septiembre.

Si bien en estrategias lanzadas por administraciones anteriores ya se señalaba a la crisis económica como un factor que podía convertirse en amenaza a la seguridad nacional, es muy llamativa la manera en que el documento (referido a cuestiones de seguridad nacional y al enfoque geopolítico de la nación) trata con tanta fuerza la necesidad (como una prioridad) de fortalecer el sistema económico. "Evitar otra crisis económica generalizada", dando pasos a nivel local y mundial. Es decir, un impulso equilibrado de la economía de los Estados Unidos conllevaría la prosperidad y estabilidad mundial. Desde esta óptica, resultarían decisivos aquí los acuerdos bilaterales y multilaterales de libre comercio.

En el documento se identifican una serie de amenazas --reales o potenciales--, a la seguridad. Para contrarrestarlas se propone que, además de atender al cambio climático, mantener el crecimiento económico o combatir el terrorismo, es necesario reducir las amenazas cibernéticas, dejar de depender del petróleo, así como "resolver y prevenir los conflictos". La principal amenaza que se considera es la expansión de las armas de destrucción masiva y, de modo específico, Obama señala el peligro planteado por la búsqueda de armas nucleares por parte de "extremistas" y "otros Estados"

(destacando los programas nucleares de Irán y Corea del Norte). De aquí que se acentúe la importancia de acudir a una agenda integral para la no proliferación y para la seguridad nuclear, y que se insista en los derechos y las responsabilidades de cada país[30].

A diferencia de la "doctrina Bush" acerca de la llamada guerra preventiva y el enfoque unilateral expresado en ella, la reciente estrategia de 2010 subraya que el conflicto armado debe ser el último recurso, "una vez agotadas las vías diplomáticas".

El limitado tratamiento que reciben determinadas áreas geográficas y países en el documento no debe interpretarse, necesariamente, como una evidencia de la baja prioridad. Ese es el caso de América Latina y el Caribe, que como región es abordada en un sólo párrafo de cinco líneas, resultando difícil ubicarla en el documento de 52 páginas.

En cuanto a las naciones que son tratadas de manera aislada sobresalen Brasil, México, Haití y Argentina. Cabría preguntarse si es posible que fuesen olvidados países latinoamericanos y caribeños (o zonas) que protagonizan escenarios de conflicto para el funcionamiento del sistema de dominación hemisférico de los Estados Unidos --como por ejemplo, Colombia,

---

[30] Véase Abel E. González Santamaría, **La gran estrategia. Estados Unidos vs América Latina**, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2013.

Venezuela, Bolivia, Cuba, el istmo centroamericano--, cuyo valor estratégico en el tablero geopolítico regional ha sido siempre muy alto.

Así, Brasil es considerado un "centro de influencia emergente", sólo superado en prioridad por potencias como China, India y Rusia. El informe afirma que el gigante sudamericano es "guardián de un patrimonio ambiental único y líder de los combustibles renovables", lo que explica su tratamiento privilegiado y evidencia el interés de Estados Unidos por establecer mecanismos de control sobre su vasta riqueza natural. El caso de Haití es calificado como un "Estado frágil" y lo señalan como ejemplo más reciente del desastre humano y material que puede provocar el cambio climático. Con un lenguaje enérgico y para evidenciar la supuesta preocupación norteamericana, se refiere que Washington debe estar preparado para "ejercer un fuerte liderazgo en función de ayudar a enfrentar necesidades humanitarias críticas". El contingente militar desplegado en Haití fue una expresión adelantada de este precepto, que no es nuevo dentro de la proyección externa estadounidense. México es abordado, por su parte, como un socio estratégico clave; Argentina es nombrada muy brevemente como nación que integra el G-20, reconocido en el documento como el foro económico más importante del mundo, y a la OEA se le "recuerda" su rol tradicional de mecanismo de dominación política en nuestra región.

Como parte del interés estadounidense, se señala el apoyo a los valores democráticos entre las naciones

y a la defensa de los derechos humanos, que los "Estados Unidos están comprometidos con la sociedad civil y la oposición política pacífica", y que continuará el apoyo abierto y encubierto a las iniciativas desestabilizadoras con el propósito de impedir la consolidación de movimientos y fuerzas políticas capaces de obstaculizar sus planes de dominación en diferentes países. Aunque no los menciona, podría pensarse en los casos de Venezuela y Cuba.

Obama, entre la continuidad y el cambio

Aunque Obama se ha apartado en su lenguaje de la Administración Bush al priorizar (como medio para alcanzar los objetivos de política exterior), la diplomacia frente al conflicto armado, poniendo acento en la cooperación global así como en la conformación de alianzas, no llega a expresar un distanciamiento significativo en cuanto a la doctrina de la guerra preventiva, lo que refuerza la argumentación acerca de que la balanza se inclina más hacia la continuidad que al cambio.

La “nueva” Estrategia de Seguridad Nacional no se distanciaba, en esencia, de enfoques anteriores, en la medida en que sus principales objetivos parecieran seguir siendo los mismos: eliminar los elementos que obstaculicen los caminos para lograr los intereses hegemónicos de los Estados Unidos, recurriendo al pretexto, una vez más, de que amenazan su seguridad nacional. A pesar del esfuerzo por emplear matices, el documento ratifica la tradicional proyección belicista, al afirmar que “mantendremos la superioridad militar

que ha asegurado a nuestro país, y ha apoyado la seguridad mundial, durante décadas (…) Nuestras fuerzas armadas siempre serán la piedra fundamental de nuestra seguridad". Es decir, si bien se destaca un contraste con la estrategia de 2006, al subrayarse el papel de la diplomacia y el compromiso, no se deja de reconocer lo imperioso que resulta conjugar, junto a una política de "poder inteligente", los instrumentos que conforman un enfoque integral, que incluye también los del llamado "poder duro" y "poder blando" ante los procesos y escenarios actuales, que retan la hegemonía norteamericana.

Está claro que para comprender el enfoque de seguridad nacional y de política exterior de la Administración Obama para América Latina es necesario ponderar lo expuesto a la luz de sus proyecciones generales hacia la región. Y en este sentido, habría que tener presente, por ejemplo, sus palabras en la V Cumbre de las Américas, efectuada en abril de 2009 en Trinidad-Tobago. Allí planteó, de modo explícito, renovar «el liderazgo», «la credibilidad» y "la influencia" de su país sobre el hemisferio occidental, argumentando la conveniencia de que los Estados Unidos comenzaran "una nueva era" en sus relaciones con América Latina, haciendo clara alusión a las bases históricas establecidas desde la doctrina Monroe y el Panamericanismo hasta la Alianza para el Progreso y la iniciativa para las Américas. Partía de que tales metas se habían deteriorado a causa de que la Administración de W. Bush "se embarcó en una guerra desquiciada con Irak" y abandonó su promesa de

"hacer de Latinoamérica un compromiso fundamental de su presidencia".[31]

En consecuencia, achacaba a su predecesor la responsabilidad ante lo que llamó una actitud de "negligencia hacia nuestros amigos, inefectiva con nuestros adversarios, desinteresada por los problemas que sufre la gente e incapaz de hacer avanzar nuestros intereses en la región". Ese "vacío" (al decir de Obama) habría sido ocupado por "demagogos como Hugo Chávez" y sus aliados hemisféricos, así como por otros países de Europa y Asia; entre los que destacó a la República Popular China e Irán.[32]

Utilizando la misma retórica de sus antecesores sobre "la interdependencia, la prosperidad, la seguridad, la libertad, la democracia, los intereses compartidos y los valores comunes", Obama establece (o mejor decir, retoma, actualiza) un esquema de relación con América Latina basada en viejas concepciones y herramientas de dominación, que ahora denomina como "una nueva alianza" entre los Estados Unidos y los gobiernos del hemisferio occidental que él considere "democráticos".[33] Desde esa perspectiva, una vez más reaparece el enfoque que justifica la llamada defensa de la

---

[31] Barack Obama: **Discurso del 23 de mayo del 2008**.

[32] **Ídem**.

[33] Véase el análisis que al respecto realiza Luis Suárez Salazar en su trabajo "La ambivalente política hemisférica de Barack Obama: una primera evaluación", publicado en **América Latina en Movimiento** con fecha 16 de julio de 2009, en cuyos datos e interpretaciones se apoyan nuestras aproximaciones.

seguridad nacional como sombrilla que ampara disímiles acciones para proteger la democracia y los intereses compartidos con Estados Unidos.

Desde esa óptica, Obama justifica y hasta asume los principales componentes de las políticas de seguridad represivas e intervencionistas hacia México, Centroamérica y la región andino-amazónica impulsadas por W. Bush.

Está claro que durante la mencionada V Cumbre de las Américas Obama despliega acciones novedosas que rompen con el estilo tanto de W. Bush como de Clinton, y de que no podrían obviarse las conversaciones que después de esa cita se producen entre funcionarios estadounidenses de diversas jerarquías con sus correspondientes contrapartes de Bolivia y Cuba. Pero el análisis expuesto deja ver las pautas de continuidad de la política latinoamericana de Obama con respecto a la de G. W. Bush.

Las dimensiones militares y de seguridad de la "nueva" alianza de las Américas promovida por Obama a través de la Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPAN) y de la llamada Iniciativa Mérida, ambas impulsadas desde antes por la Administración de W. Bush, reflejan de manera clara la continuidad básica, por encima de las diferencias formales, de estilo y de tono, con anteriores enfoques sobre la seguridad nacional, concebida como eje de la proyección latinoamericana de Estados

Unidos. En buena medida, en ello están presentes códigos de la "terminada" guerra fría.

Quizás lo más sustantivo, en esas continuidades, sea que el liderazgo estratégico, más allá de la pretensión de fundarse en intereses pretendidamente comunes o compartidos, responde a los intereses vitales de los Estados Unidos y a la necesidad de preservar la primacía que han ejercido. De allí que el enfoque de seguridad nacional se oriente a evitar la consolidación de cualquier potencia, amiga o no, con capacidad de disputarles la hegemonía. La defensa de esos intereses y el ejercicio de la primacía es presentada ***per se*** como la defensa de los principios e ideales fundadores de la nación norteamericana. Sólo que esto no es nuevo; así ha sido a lo largo de la historia de los Estados Unidos. El valor de la libertad y la democracia ha sido utilizado como un instrumento hegemónico o de dominación, según el caso. Apelando a estos valores y a la defensa de su concepción de los derechos, los Estados Unidos han justificado sus intervenciones e imposiciones y tratado de legitimar la autodesignación de "gendarmes" universales de la democracia y los derechos humanos. Con Obama, veinte años después de "sepultada" la guerra fría, la perspectiva que sostiene la doctrina, la estrategia, el enfoque de seguridad nacional, reitera, de alguna manera, una versión ideológica del Destino Manifiesto para el siglo XXI, en tanto que desde el punto de vista militar da continuidad al fortalecimiento de las fuerzas armadas, a su presencia hemisférica y global, en el marco de una concepción estratégica de garantizar la

hegemonía a través de medios bélicos y del desarrollo de un “poder inteligente”, procurando las mejores vías para mantener y reproducir los objetivos del imperialismo.

Según Luis Suárez Salazar, se identifican cinco ejes, en los cuales se ha movido la política latinoamericana de los Estados Unidos durante los años de Obama en la Casa Blanca y en los que restan de su segunda Administración.

El primero sería contra el ALBA-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos). “Esa era una línea --señala--, con diferentes expresiones, pero colocando en el centro de sus estrategias las políticas contra Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, aunque por supuesto no con las estrategias brutales de Bush. En esa lógica debemos colocar el golpe de Estado en Honduras. Algún día sabremos cuánto Obama sabía o no, pero lo cierto fue que terminó respaldando el golpe y lo que vino después”.

El segundo eje es lo que denomina como el esfuerzo de Obama por “recontrolar el gran Caribe”, lo cual incluye a México, Centroamérica, el CARICOM, la República Dominicana, Venezuela, Colombia, la República Cooperativa de Guyana y Surinam. En este aspecto se resalta el carácter esencialmente continuista” de la política de Obama con respecto a la de W. Bush.

CARICOM

El tercer eje consiste en “el control del Pacífico”, orientado más que todo a enfrentar la influencia de China, tanto en su propia región, como en otras zonas del mundo, incluida América Latina, con lo cual la Administración de Obama pretende contrarrestar el punto más débil de su sistema de dominación en el continente americano: el Atlántico Sur.

El cuarto eje se define por el interés en evitar que Brasil se convierta en una potencia global, y por lo tanto la estrategias de la actual Administración norteamericana trata de controlar o neutralizar la posibilidad de que esa potencia emergente se convierta en una potencia antagónica que rivalice con los Estados Unidos.

Por último, el quinto eje está vinculado con lo que llama "ralentizar los proceso de concertación política, cooperación e integración económica que se están desplegando en América Latina al margen de la voluntad de Estados Unidos"[34].

Dicho autor considera que aunque la segunda presidencia de Obama seguirá moviéndose sobre esos ejes, se observan algunos cambios, siempre orientados a lograr la recomposición de su sistema de dominación en el continente americano.

"Dentro del discurso de la clase dominante norteamericana --explica-- hay dos palabras claves: prosperidad y seguridad. Durante el primer mandato

[34] Véase Dalia González Delgado, ""El futuro es un campo de batalla" (Entrevista a Luis Suárez Salazar, realizada el 22-10-2013), en: **Cubahora, http://www.cubahora.cu**

de Obama la seguridad estaba muy sobredimensionada con respecto a la prosperidad. Pero ahora, en los discursos que hizo durante su visita a México y en la Cumbre del SICA, habló más de la prosperidad, aunque obviamente sin abandonar el componente de "la seguridad". Y, a su vez, esa "prosperidad" siempre aparece asociada a la profundización o ampliación de los mal llamados tratados de Libre Comercio con Estados Unidos.

Obama en la Cumbre del SICA

Cuando Adrián Bonilla aborda las perspectivas, afirma que los temas más importantes para América Latina de la nueva Administración de Obama, van a surgir, probablemente, de las necesidades políticas internas de su gobierno. El 16% de la población estadounidense es de origen latinoamericano. La población de origen

latinoamericano ha crecido sostenidamente y ha transformado la demografía de los Estados Unidos. Su importancia política es creciente. El 73% de los votantes latinos sufragaron a favor de Obama en la última elección, mientras hace cuatro años ese porcentaje fue del 67%. Ningún otro candidato ha obtenido cifras tan altas. Clinton logró el 62% del voto latino en su reelección, pero lo que hay que considerar es que el peso de esa votación en el escenario general electoral ha venido también aumentado. De ahí que probablemente un tema básico hacia América Latina que, sin ser convencionalmente de política exterior, sea la migración. Esto les permitiría a varios países: México, El Salvador, Guatemala, Ecuador, Colombia, Perú, entre otros, tener anclajes importantes al otro lado del Río Grande[35].

Desde esa perspectiva, los tópicos de comercio podrían ser asumidos en nuevos marcos estratégicos. La recomposición del mapa latinoamericano por un lado, y la construcción de nuevas opciones globales en Estados Unidos plantean escenarios de transformación tanto negativa cuanto positiva para América Latina. La iniciativa para la asociación transpacífica que supone la creación de un régimen comercial que vincule al Asia con América, puede ayudar a fragmentar más aún las opciones estratégicas latinoamericanas en donde la idea de libre comercio que respete las protecciones estadounidenses, no ha sido consensual. Hay actores sociales que se beneficiarían

[35] Véase Adrián Bonilla, **El nuevo mandato de Obama y América Latina**, 2014. http:/flacso.org./secretaria-general.

de esta aproximación y otros, de los sectores subordinados de las sociedades, que serían muy afectados.

Se advierten posibilidades, relativamente remotas, de transformar algunas de las estrategias de combate al narcotráfico y al crimen organizado. Estos temas seguirán siendo prioritarios para los países latinoamericanos y para los Estados Unidos. La despenalización del consumo de marihuana en algunas jurisdicciones en ese país, al tiempo que el aluvión de críticas a la estrategia securitizadora que obsesiona al Departamento de Defensa, así como las medidas alternativas que se levantan en toda América Latina y que se han concretado en Uruguay, por ejemplo, permiten especular que el tema no se quedará inmóvil.

Entre los temas internacionales sobre los que los Estados Unidos no han generado estrategias, aunque sí hayan enunciado posiciones se encuentran las numerosas posibilidades del multilateralismo latinoamericano. De ellas, hay tres opciones que específicamente intentan construir regímenes sin la presencia estadounidense. Estas son la CELAC, UNASUR Y ALBA. La primera nace como la continuidad de un escenario en donde Washington no ha participado, sino a través de terceros, que es el Grupo de Río, pero también como el resultado de la pérdida de capacidad regulatoria o de influencia política de la OEA.

En efecto, el viejo régimen interamericano, nacido luego de la segunda guerra mundial que institucionalizaba la alianza de aquellos tiempos y fue tan funcional

durante la guerra fría, no ha tenido la capacidad de adaptarse ni de comprender los cambios en la naturaleza de la relación de los países de la región con Norteamérica. La razón no necesariamente tiene que ver con la conducción de sus organismos sino con el escepticismo de los socios y la falta de vigor que los países de la región han empeñado en el fortalecimiento de las instancias hemisféricas. La CELAC es una propuesta en ciernes cuya característica central es la exclusión de los Estados Unidos, y subsidiariamente Canadá, lo cual puede ser muy importante desde el punto de vista de la identidad latinoamericana y caribeña. El futuro de esta organización se encuentra en ciernes y su institucionalidad es muy leve todavía, pero a pesar de ello se trata de un espacio político con la capacidad de resolver, por ejemplo, crisis políticas o tensiones bilaterales en un tablero que no requiere la presencia de los Estados Unidos.

La UNASUR se construye como la institucionalidad multilateral del espacio geoestratégico sudamericano. Comprender esta organización dentro de los supuestos básicos del neorrealismo es muy limitado. Las aproximaciones más rígidas de esta perspectiva teórica devalúan este régimen porque intentan encontrar un hegemon en ciernes (Brasil), y no lo hallan, o porque suponen en lógicas muy convencionales, que su destino en política de poder es balancear a los Estados Unidos, y ese objetivo no es explícito. UNASUR no se ha diseñado en contra de los Estados Unidos, pero sí parece claro que el instrumento tiene propósitos de procesamiento de temas sin los Estados Unidos. La

integración propuesta es política y sus implicaciones comerciales son subsidiarias a esta primera variable. La viabilidad futura de UNASUR sin duda interpela a los intereses de Washington, pero no necesariamente es un instrumento de oposición sino de prescindencia, más aún con una composición de asociados muy diversa, muchos de los cuales buscan relaciones cercanas y especiales con Washington.

ALBA es una asociación política que sí se ha planteado como objetivo contrapesar la influencia de los Estados Unidos en la región. El discurso político de sus miembros se plantea confrontativo y contradictorio con las políticas de los Estados Unidos, y la cohesión del bloque le permite tener influencia en las decisiones de los otros organismos multilaterales latinoamericanos. Sin embargo las relaciones bilaterales de sus integrantes con los Washington son de naturaleza muy diversa, y el peso estructural de la economía de los Estados Unidos plantea escenarios mucho más complejos que los de la enunciación discursiva. Los Estados Unidos son el socio comercial más importante de todos los países del ALBA con excepción de Cuba. El principal destino de las exportaciones sumadas del grupo y país por país siguen siéndolos compradores norteamericanos. Nicaragua incluso mantiene un tratado de libre comercio. EEUU es también, salvo Cuba, la principal fuente de inversión extranjera directa y en todos los casos el destino más denso de las emigraciones, lo que crea una serie de lazos societales. Estos datos simplemente muestran la fuerza de la presencia de los Estados

Unidos en la región, aún en el entorno íntimo de sus opositores. Se trata de una relación estructuralmente determinada; y ahí sí, las categorías clásicas y toda la literatura sobre hegemonía tienen mucho que decir.[36]

En resumen, las posibilidades de continuidad --y letargo-- de la política exterior hacia América Latina por parte de Washington son muy altas en esta segunda Administración del presidente Obama. El mantenimiento del *status quo*, aún en el caso de países en donde se pudieran presentar escenarios de transición en la conducción política, no afecta al Departamento de Estado que ha jugado persistentemente a la estabilidad, independientemente de los desafíos que se le han presentado. Esto sigue abriendo oportunidades de acción sobre todo multilateral a los países de la región, aunque no puede olvidarse que la principal potencia militar del mundo y la economía más fuerte del planeta seguirá existiendo, y que las relaciones con ella son asimétricas y continuarán siéndolo en el futuro previsible.

Por último, no estaría de más resaltar dos cuestiones complementarias entre sí: por un lado, en la retórica discursiva de la actual Administración se enfatiza la denominada "responsabilidad compartida", sugiriéndose una ampliación de las relaciones entre los "socios" en América Latina; por otro, en términos del apoyo financiero por parte del gobierno norteamericano, se identifican cuatro cuestiones de naturaleza

[36] **Íbidem**, p. 7.

política a las que se ha dirigido la atención, con claras intenciones y posibilidades de intromisión interna: la llamada promoción de oportunidades económicas y sociales, el fortalecimiento de la seguridad ciudadana, la consolidación de las instituciones democráticas y el uso de recursos naturales estratégicos, con referencia específica a los energéticos[37].

Con herramientas teóricas, históricas y políticas como las que se derivan de un análisis (incompleto) como el que se ha expuesto, es que se puede seguir dialécticamente a Marx, desde el pensamiento crítico latinoamericano, parafraseando su undécima tesis, sobre Feuerbach, cuando afirmaba que el mundo había sido muy interpretado, y de que se trataba, en cambio, de transformarlo. Hoy nos enfrentamos a un mundo que ha sido muy transformado por la globalización, el neoliberalismo y en el caso de América Latina, por las maneras específicas con que el imperialismo la ha insertado en su proyecto de dominación. De lo que se trata, entonces, es de interpretarlo, de comprenderlo, para poder seguir actuando, transformándolo.

[37] Dalia González Delgado, **Op. Cit.**

LA INTEGRACIÓN EN NUESTRA AMÉRICA VISTO DESDE LAS FUERZAS Y PARTIDOS POLÍTICOS

Antecedentes e historia

El proceso de integración tiene un lado político partidario poco abordado en la profusa literatura que al respecto se conoce. Naturalmente, son los Estados o los gobiernos quienes tienen que institucionalizar estos procesos, se maneja sobre todo en la esfera de las relaciones internacionales intergubernamentales, que se suelen concretar o materializar mediante tratados, convenios o alianzas comerciales o económicas. No obstante, son los partidos los que conducen a esos gobiernos, otorgándole sus singularidades políticas e

ideológicas, de allí la importancia de determinar o tener claro el rol que deben jugar.

Aludiendo un poco a la historia reciente, en el caso de nuestra región existe una larga tradición integracionista, en especial en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Todas tuvieron un carácter eminentemente comercial, en algunos casos han logrado ciertos niveles de complementación económica, y sin excepción, sirvieron en ese entonces para permitir una expansión de las grandes trasnacionales en nuestros países, eliminándose engorrosas trabas aduaneras o burocráticas, permitiendo una plataforma para el establecimiento de mega negocios en base a una economía de escala; son los casos del *Pacto Andino* o el *MERCOSUR* en sus inicios, que probablemente sea el mejor ejemplo al incluir países de relativo desarrollo industrial, como Brasil y Argentina.

Como sabemos, el gobierno norteamericano por su parte logró también por estos años instalar con éxito lo que denominó el sistema panamericano, de vieja data en sus sueños de expansión imperial, y donde desde el arranque ha predominado la subordinación política y la dependencia en la esfera de las relaciones internacionales. En todo caso el panamericanismo ha tenido como claro objetivo geopolítico establecer los controles pertinentes, para garantizar el buen pasar de las inversiones transnacionales y la explotación de nuestros recursos, laborales y naturales. Surgió así entre otros, la *Organización de Estados Americanos,* la *OEA*, el *Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca*, el *TIAR*, herido de muerte después de la última guerra por el control de las Islas Malvinas, o la *Comisión Interamericana de DDHH*, también cuestionada tras demostrarse fehacientemente los fondos privados que la financian, todos ellos instrumentos utilizados profusamente para justificar invasiones o acciones "colectivas" contra proyectos o gobiernos que cuestionaban la hegemonía Imperial.

Algunos conceptos básicos sobre el actual proceso integracionista

1. Además de la resistencia de la Revolución cubana, no es ninguna novedad indicar aquí que este cuadro comenzó a cambiar a fines de los años 90, en particular con el **arribo al gobierno del Cdte. Hugo Chávez**, quien tempranamente comprendió que su proyecto bolivariano era a todas luces, incompatible con esta lógica subordinada al Imperio. Se sucedieron desde

entonces, nuevas victorias electorales de fuerzas y grupos políticos de signo progresista o de izquierda, y la Región comenzó a experimentar lo que el presidente Correa acuñó como un "cambio de época", sumándose a Venezuela al menos 15 países nuestro americanos, que podemos contemplar en este privilegiado grupo. Se crearon así las condiciones para generarse un nuevo tipo de integración en la esfera política, y también facilitar las esforzadas experiencias que ya venían en el terreno partidario y de las organizaciones sindicales, campesinas, estudiantiles, etc, tal los casos del *Foro de Sao Paulo,* el *Foro Social Mundial* o el de más reciente concreción, la *Articulación de los Movimientos Sociales hacia la ALBA*.

2. Es claro que el surgimiento de *UNASUR*, el desarrollo ulterior del *Grupo de Río*, precedente institucional más inmediato de la *Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC*, y en particular la *ALBA,* **no hubieran sido posibles sin la existencia de estos gobiernos progresistas o de izquierda**, imbuidos todos de aquella idea de Bolívar cuando estimó que dicho camino no era por arbitrio de sus líderes sino "por inexorable decreto del destino". Incluso no sólo predominó una natural inclinación por vincularse a sus convecinos sin la tutela del Imperio, es decir partiendo de razones ideológicas, sino que además entendieron que una política exterior de sesgo antiimperialista o que al menos asumía ciertos aspectos de ésta, resultaba indispensable para poder avanzar en sus propios proyectos transformadores locales, y que la única forma de neutralizar a los Estados Unidos era coordinando acciones

por caso, la firme postura que han asumido ante golpes de estado, o intentos desestabilizadores.

3. Hay que recalcar en **el valor político, práctico y simbólico del surgimiento de la *Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC***. El presidente de Cuba, compañero Raúl Castro, estimaba que su establecimiento era el acontecimiento institucional más importante de los últimos 200 años, insistiendo en la clausura de la II Cumbre celebrada recientemente en La Habana que (cito) "…*la unidad en la diversidad y la integración latinoamericana y caribeña constituyen la única alternativa viable para la región*…" Sorprende francamente que finalmente hayamos encontrado las vías para la concertación de nuestros países, a pesar de las diferencias políticas y hasta ideológicas de sus autoridades. Cuánto cambió América, desde aquel episodio mediante el cual se expulsó a Cuba de la OEA, en el balneario uruguayo de Punta del Este, en 1962. Ahora podemos congratularnos de haber aprobado en la reunión de La Habana, el habernos declarado Zona de Paz y proponernos convertir estos encuentros, en espacios para la búsqueda de soluciones comunes a los acuciantes problemas que enfrenta la humanidad y la región en particular.

4. Esta alentadora capacidad de encontrarnos en la diversidad, de los gobiernos latinoamericanos y caribeños, se explica en parte porque las **condiciones actuales desde el punto de vista político y partidario son también inéditas**, puede decirse que sin parangón en la historia pos colonial de nuestra región, dado esto

por la madurez y el desarrollo ideológico y político alcanzado por muchas de las fuerzas y partidos de izquierda que lograron hacerse del gobierno en sus países; traen consigo una historia de supervivencia a las dictaduras fascistas que asolaron la región, supieron reacomodarse a la desaparición de la URSS y el llamado campo socialista europeo, y se superaron errores y fracasos, entre otras limitaciones.

5. Por otro lado, ha coadyuvado a este panorama la irrupción de la actual **crisis multifacética del capitalismo**, como sabemos con epicentro en EEUU y Europa, poniendo en entredicho viejos paradigmas y limitando sus capacidades políticas y de influencia. Una prueba de ello es el creciente cuestionamiento al modelo de Tratado de Libre Comercio, que proliferó con relativa rapidez en los años 90 del pasado siglo. Esta fórmula de intercambio impulsada por el Imperio develó que su real intención es la imposición de Leoninas condiciones económicas y comerciales a favor de las grandes transnacionales y una sustancial pérdida de soberanía.

6. Un ejemplo de lo anterior lo fue el extraordinario **fracaso que significó para los Estados Unidos y su estrategia regional** que en la Cumbre de las Américas, celebrada en Mar del Plata en el 2005, fuera enterrado para siempre el *Acuerdo de Libre Comercio de las Américas* conocido bajo las siglas de ***ALCA***. El propio mecanismo de las susodichas Cumbres parece destinado a una modificación en sus conceptos; desde Trinidad y Tobago a Cartagena de Indias, la dinámica

de las posturas asumidas por todos los países latinoamericanos y caribeños van obligando a los norteamericanos (en esto incluyo a los canadienses), a aceptar a Cuba. En todo caso estos cambios parecen haber llevado al Imperio a tomar nota de la realidad, llegando el secretario Kerry a anunciar que han engavetado la Doctrina Monroe, declaración puramente retórica que procura adecuar el discurso y la diplomacia a los nuevos tiempos.

7. Otro aspecto relevante y de notorio impacto facilitador es el incipiente proceso de reformulación global del mundo, entrando poco a poco en uno más multipolar. Ciertamente, es asunto de debate sobre todo en qué punto o momento estamos, pero no cabe dudas que sin la **pujanza de las economías del BRICS, en particular de China**, serían impensables los niveles de independencia que en el terreno económico se han logrado, respecto a los tradicionales vínculos comerciales entre el Imperio y nuestros países.

8. No puede pasarse por alto, el fabuloso estímulo que supone el extraordinario potencial económico de nuestra región, sobre todo en el sentido de que vamos comprendiendo poco a poco que lo podemos administrar sin injerencias foráneas, asunto en el que van ganado en claridad muchas fuerzas y organizaciones políticas, incluso algunas de centro derecha. Todas han asumido que alrededor de 600 millones de personas, colosales reservas energéticas e hidráulicas, autosuficiencia alimentaria, así como una vastísima biodiversidad son suficientes razones para integrarnos.

9. Desde un punto de vista revolucionario la integración también puede ser vista como una oportunidad ineludible, para superar la condición de que sea nuestra región la más desigual del planeta. Según nos recordaba el compañero Raúl Castro en su intervención en la II Cumbre de la CELAC (cito): "…*El 10% más rico de la población latinoamericana recibe el 32% de los ingresos totales, mientras que el 40% más pobre recibe sólo el 15%*..."

Una pregunta obligada surge: **¿Cuáles son los desafíos para consolidar este proceso de integración?** Siempre desde una mirada político-partidaria, podemos establecer los siguientes:

a) Las fuerzas, partidos y organizaciones sociales, la academia y otros ámbitos de la llamada sociedad civil, deben asumir como **tarea de primer orden el apoyo a este alentador proceso de integración**, coordinación, concertación y solidaridad entre nuestros países; la meta debe ser crear una conciencia social lo más amplia posible, como ocurrió previo a la derrota del ALCA. Resulta primordial que nuestros pueblos hagan suyo la necesidad de la integración, independientemente de quienes ejercen el gobierno, en otras palabras, se necesita más claridad sobre el o los sujetos sociales que hagan sostenible esta política, entendiendo por esto la existencia de fuerzas sociales que actúen conscientemente y en

un territorio dado, por caso, Nuestra América. Esto está lejos de ser así, por lo que se impone un esfuerzo divulgativo y de labor política para lograrlo.

b) En ese plano se **aprecian incomprensiones**, incluso de actores de izquierda que no entienden, por ejemplo, que el ex presidente Piñera, reconocido por sus orígenes de clase e ideología derechista, le pasara la presidencia Pro Tempore de la CELAC al presidente cubano, ¿qué hacen ustedes (refiriéndose al gobierno cubano o al chavista) sentados al lado de un gobernante como Santos? se han cuestionado algunos. Igual dificultad se observa en los movimientos sociales, muchos inmersos en intrincadas batallas reivindicacionistas, lo cual es lógico, no se trata de juzgarlos, sólo apuntar que su actitud hacia algunos de estos gobiernos progresistas entorpecen mayores niveles de apoyo, por ejemplo, lo que ha sucedido con las iniciativas para darle un mayor impulso a un mecanismo de los movimientos sociales de la *ALBA*.

c) De modo que avanzar en la integración se convierte en asunto vital, sin ella no existen garantías de sostener en el tiempo la soberanía alcanzada con tanto sacrificio. Como sabemos, sin soberanía tampoco existirían las mínimas condiciones para

superar los obstáculos al desarrollo y el bienestar social de nuestros pueblos.

d) Por otro lado, debe quedar claro que **lo alcanzado hasta ahora no es irreversible**, en materia política y control de los gobiernos. Se mantiene el riesgo siempre latente de retrocesos electorales, es indiscutible que la Región no está exenta de procesos de restauración conservadora y de derecha, que intentarían restablecer niveles de subordinación política a los Estados Unidos, basta ver lo ocurrido en Honduras y Paraguay; la OEA está maltrecha, pero sigue allí recordándonos esos peligros. El propio Imperio despliega el más impresionante dispositivo militar en la región que se recuerde, mientras que procura impulsar fórmulas de integración donde predomine su influencia aún sin estar directamente, como por ejemplo, la llamada *Alianza del Pacífico*, que parece más bien concebido como alternativa al despliegue del *MERCOSUR* o de la *ALBA*.

e) Para enfrentar en mejores condiciones esto que algunos autores denominan contraofensiva imperialista, pensamos que entre otros factores, se debe procurar a la brevedad, como una urgencia, que las **izquierdas y fuerzas progresistas alcancen los mayores niveles de unidad**, coordinación y alianzas

posibles en los respectivos países, que les garantice en primer lugar, sostenerse en el control de sus gobiernos, y que les permita plantearse transformaciones más profundas y una integración más abarcadora, genuinamente latinoamericana y caribeña. Aunque no es tema de esta ponencia, vale recordar que dicha unidad supone la existencia de un programa político, basado en la tolerancia a las divergencias y enfoques encontrados, pero sobre todo que haga hincapié en la coincidencia de objetivos comunes, como la búsqueda de sociedades donde impere la mayor justicia social posible, la igualdad de oportunidades y la democracia popular, y que además dicho programa trascienda las plataformas electorales, por definición de más corto aliento.

En resumen. Nuestras fortalezas son:

1. El mencionado "cambio de época", con la existencia de unos 15 gobiernos progresistas o de izquierda en la región. Todos con vocación integracionista, y con experiencias variables de posturas antiimperialistas.

2. Papel y madurez lograda por las fuerzas políticas que conducen estos gobiernos, inclinados a privilegiar la concertación política y la coordinación, independientemente de sus posturas ideológicas. Muchos de ellos son precursores de alianzas partidarias en virtud

de las cuales, han logrado controlar o sostener dichos gobiernos.

3. Las debilidades que de forma creciente viene sufriendo el viejo sistema de dominación panamericano, conjuntamente con los efectos de una crisis global devastadora en el centro del poder hegemónico capitalista, con Estados Unidos a la cabeza, y en paralelo, la pujanza sostenida de otros actores económicos y comerciales como los países del BRICS, en particular China.

Los desafíos más importantes:

1. La necesidad de desarrollar un sujeto social que haga sostenible en el tiempo, el actual proceso integracionista. Para ello es pertinente mejorar la comprensión y el rol de las fuerzas políticas y sociales en este meridiano asunto.

2. Es vital construir una conciencia lo más abarcadora posible a favor de la integración nuestramericana. Insistir que sin soberanía no hay desarrollo y sin integración esa soberanía no tiene futuro.

3. También es primordial la permanencia e incluso expansión de los gobiernos de signo progresista o de izquierda. Resultan urgentes procesos unitarios en las fuerzas de ese tipo, que les permitan garantizar la vitalidad y la capacidad de defensa, ante la denominada contra ofensiva de las derechas y el Imperialismo.

ESTADOS UNIDOS: GEOECONOMÍA MUNDIAL, PODER Y POLÍTICA EXTERIOR

Dr. Luis René Fernández Tabío

El proceso de declinación relativa de la hegemonía estadounidense iniciado a finales de la década de 1960 y el deterioro relativo de su posición económica en el sistema mundial, se encuentran sin duda estrechamente ligados, aunque no de modo directo y mecánico. Quizás por ello, el debate entre los que postulan la declinación de Estados Unidos como potencia mundial y los que refutan esa tesis, ha presentado tanto material a la discusión y en la actualidad las consecuencias de ese proceso de decadencia relativa, con sus distintas variantes, es objeto de mucha atención, sobre todo después de la última gran crisis global del capitalismo, recesión y crisis financiera desatada precisamente en Wall Street desde el 2008.[1] La importancia de este tema obviamente se deriva, sobre todo desde la perspectiva de sus más cercanos vecinos, de la significación de Estados Unidos para el nuevo sistema mundial en formación y el papel que esta potencia tendrá en las relaciones internacionales durante las próximas décadas. En los escenarios futuros más probables pareciera que seguirá siendo un actor principal, e incluso existen condiciones potenciales para que mantenga un liderazgo apreciable e influencia internacional, incluso en un sistema de poderes más balanceado y multilateral.

---

[1] Carls Levin, Chairman. Tom Corbun, Ranking Minority Member. *Wall Street and the Financial Crisis: Anatomy of the Financial Collapse*. United States Senate. Permanent Subcommittee on Homeland Security and Governmental Affairs., April 13, 2011. http://www.hsgac.senate.gov//imo/media/doc/Financial_Crisis/FinancialCrisisReport.pdf?attempt=2

La perspectiva geoeconómica mundial de los sectores de la clase dominante de Estados Unidos sobre las tendencias en el balance de poder global para las próximas dos décadas reconoce el desplazamiento del centro de gravitación universal de Norteamérica y Europa --origen y desarrollo de la Civilización Occidental-- hacia la región de Asia-Pacífico. También se percibe como escenario más probable, que en el futuro no existirá una potencia hegemónica mundial, ni una confrontación bipolar como eje articulador principal del sistema de relaciones globales, sino un balance de poderes multilaterales en el que es altamente probable que Estados Unidos y China sean los dos "actores" internacionales más importantes, pero donde nuevos sujetos transnacionales, multinacionales, privados, redes propias, asociaciones y bloques de poder, constituyan los componentes determinantes del sistema

mundial, con tendencia a un ordenamiento multipolar ya referido.[2]

En un contexto global caracterizado por la emergencia de nuevas potencias y alianzas de poder, crecientes interdependencias, el estancamiento y declinación de otras en medio de enorme incertidumbre, no se puede pronosticar un escenario futuro, preciso y definitivo. El resultado final dependerá no solamente de las tendencias de la sociedad estadounidense, sus oportunidades y retos, sino de muchos nuevos agentes con una significación cada vez mayor en el sistema mundo de acuerdo a sus desempeños y proyecciones políticas específicas. Dada esa gran incertidumbre en que se presenta la coyuntura histórica, se requieren estrategias activas --desde la lógica del imperialismo estadounidense y en función de sus intereses-- para conservar su posición dominante, o al menos garantizar un reacomodo suave y funcional en el proceso de su observada declinación hegemónica. Sobre esa base, y dadas las menguadas capacidades esperadas para Estados Unidos, manteniendo su pretensión mundial y sus objetivos generales inalterables, se están redefiniendo sus prioridades externas actuales, en el corto, mediano y largo plazo, que incluyen ciertos repliegues, nuevas alianzas estratégicas de mayor alcance, así como reajustes en los mecanismos de intervención, de influencia, presión, en los que ya se observan algunas evidencias, sobre todo desde el inicio

[2] Robert Manning. *Envisioning 2030: US Strategy for a Post-Western World.* Atlantic Council. Washington DC. 59 pp.

del segundo período presidencial de la administración de Barack Obama.

Tales redefiniciones y ajustes se han reflejado en el empleo combinado de todos los instrumentos de política y los modos de llevarla a la práctica, con una preferencia en las aproximaciones multilaterales, respecto al enfoque unilateral guerrerista, que prevaleció durante los ocho años de la administración de George W. Bush. A partir de estas consideraciones, el presente trabajo argumenta la conformación en Estados Unidos de un nuevo patrón de intervención y política exterior, que se proyecta hasta la tercera década del siglo XXI, al calor de la tensa situación económica, política y social por la que atraviesa ese país después de la última gran recesión 2007-2008 --crisis financiera y económica--, cuyas secuelas aún se expresan, pero también de las oportunidades que se vislumbran para su recuperación.

Se postula el ascenso de la visión geoeconómica y de las cadenas de suministro para la producción, servicio y valor mundial, que vienen creando redes y agrupamientos económicos-financieros, que trascienden las regiones tradicionales y se expresan como mega-regiones, como las delineadas como "Transpacífico", "Transatlántico" y "Medio Oriente-Norte de África." Las mega-regiones y la búsqueda de la llamada integración profunda de acuerdos o alianzas de libre comercio e inversión en esos amplios espacios, se espera sean componentes centrales en su reconfiguración geoeconómica en función de los intereses

estratégicos, políticos y de seguridad estadounidense. Las alianzas de libre comercio e inversiones deben servir de base para el establecimiento de nuevos bloques o agrupamientos del capital financiero, de una arquitectura comercial y financiera en el marco del nuevo orden internacional en proceso de formación y supuestamente servirían para compensar las carencias que muestra Estados Unidos ante el ascenso de otras fuerzas en el escenario mundial para ejercer, si no puede la hegemonía, al menos el liderazgo o la primacía. Y tal como como se postula en algunos documentos prospectivos, ser "primo inter pares".[3]

En la actualidad es posible percibir cómo influyen los retos de la economía y de los desarrollos en la

[3] Ver: Atlantic Council. *Envisioning 2030: U.S. Strategy for a Post-Western World*. A report of the Strategic Foresight Security. Robert A. Manning, principal drafter. Washington D.C. 2012, 57 pp. http://www.atlanticcouncil.org/images/files/publication_pdfs/403/Envisioning2030_web.pdf.pdf; Atlantic Council. Envisioning 2030.

tecnología, como aspectos principales y de carácter objetivo en el proceso de modificación gradual de la correlación internacional de fuerzas y las tendencias políticas emergentes al interior de su clase dominante, que propone nuevas visiones y enfoques estratégicos para lidiar lo más exitosamente posible con esos desafíos en las próximas décadas.

La exposición del trabajo se compone de una introducción, cinco partes y consideraciones finales. En la primera se realiza una aproximación al debate teórico-práctico sobre la declinación del poder de Estados Unidos y su significación para comprender los cambios en el patrón mundial de acumulación capitalista, así como las implicaciones de estas transformaciones para el sistema de relaciones internacionales y la elaboración de una nueva visión estratégica por sectores de su clase dominante. En la segunda parte, se analizan las evidencias actuales y de corto plazo dentro de la administración de Barack Obama, que sugieren una modificación en las percepciones sobre política exterior de Estados Unidos y la conformación de un nuevo patrón de intervención y política exterior ajustado a las condiciones objetivas en que el imperialismo se desenvuelve luego de la última Gran crisis del capitalismo. En la tercera parte se consideran los factores internos y externos de la política estadounidense, mientras la cuarta explora las perspectivas generales de la política exterior en el corto plazo y en la quinta se reflexiona sobre la geoeconomía y la geopolítica como parte del proceso actual de rebalanceo o redimensionamiento de sus fuerzas y medios de

cara a los cambios que se esperan, según algunas recientes proyecciones estratégicas a más largo plazo, que están siendo introducidas en la política mediante documentos estratégicos del gobierno y planes perspectivos, así como a partir de elaboraciones de comisiones especiales e informes de centros de pensamiento.[4] Se concluye que deben tenerse en cuenta tales enfoques, con independencia del curso de los acontecimientos y sus variados escenarios, dado que resulta probable que en tales documentos estén contenidas muchas de las claves para comprender las principales tendencias en los escenarios más probables de la política exterior estadounidense en los próximos años y quizás en las próximas décadas.

Más allá de la declinación relativa del poderío estadounidense, para países en su entorno geográfico en América Latina, pero sobre todo en Centroamérica y el Caribe, o en la inmediata vecindad, como es el caso de Cuba, la prioridad por conocer tales estrategias es crucial y de máxima significación por su enorme impacto, incluso en el más adverso escenario de declinación de Estados Unidos, sus intereses y poderes, todavía

---

[4] Un documento reciente de la Brookings constituye evidencia reciente de este proceso. Ver: *Big Bets & Black Swans*. A Presidential Briefing Book. Policy Recommendations for President Obama in 2014. January 2014. Foreign Policy at Brookings. Edited by Ted Piccone, Steve Pifer and Thomas Wright. Project Design by Gail Chalef. 94 pp. (Acceso: 1 de febrero, 2014) http://www.brookings.edu/~/media/research/files/papers/2013/1/big%20bets%20black%20swans/big%20bets%20and%20black%20swans%20a%20presidential%20briefing%20book.pdf

enormes, podrían concentrarse en nuestra región, como ocurrió en la primera fase de su expansión imperialista en los territorios más próximos.

Breve aproximación al debate: economía, poder y política exterior

Desde la década de 1970 y hasta el presente se han presentado argumentos sobre la pérdida de hegemonía de Estados Unidos, su declinación económica y en otras esferas. Una parte de ese proceso se asociaba con razón a la recuperación de las potencias que participaron en la Segunda Guerra Mundial. La literatura al respecto es extensa y no se pretende hacer aquí una presentación exhaustiva de la misma; si bien puede decirse, que dos autores han realizado contribuciones principales, teniendo gran impacto en este campo, desde la historia y la economía política: Paul Kennedy, cuyo libro sobre el ascenso y caída de las grandes potencias se publica inicialmente en 1987[5] y aunque no se dedica al análisis exclusivo de Estados Unidos, sus tesis han sido ampliamente utilizadas por otros autores, sobre todo lo referido a los impactos que a largo plazo lleva sostener un gasto militar y de "defensa" de tales proporciones, lo que trae consigo a la larga el denominado efecto de "sobredimensionamiento imperial"; Immanuel Wallerstein, que ha abordado el tema de Estados Unidos con mayor

[5] Paul Kennedy. *The Rise and Fall of Great Powers. Economic change and military conflict from 1500 to 2000*.
Random House, 1987. pp. 677. ISBN 0-394-54674-1

detenimiento en un libro sobre la declinación del poder de Estados Unidos y en diversos artículos donde establece una periodización de esa declinación.[6] Sus aportes han tenido también un gran impacto en este asunto debido a la teoría de Wallerstein sobre el sistema mundial, en el cual se inserta Estados Unidos.[7]

[6] Immanuel Wallerstein. The Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World. New York: The New Press, 2003. 324 pp. ISBN 10: 1565847997;
"The Curve of American Power". New Left Review. Recuperado 5 de febrero 2014.
http://www.iwallerstein.com/wpcontent/uploads/docs/NLRCURVE.PDF

[7] Elwell, Frank W. 2013. "Wallerstein's World-Systems Theory", Recuperado 5 de febrero, 2014.
http://www.faculty.rsu.edu/~felwell/Theorists/Essays/Wallerstein1.htm

Han existido propuestas contrarias a estos enfoques, entre la que se destaca Joseph Nye, quien considera existen las bases para mantener el liderazgo de Estados Unidos apoyado en otras fuentes e instrumentos de poder, como la información, las bases de datos, los medios de comunicación y el sistema financiero especulativo global, ámbitos de supremacía estadounidense.[8] Nye ha introducido conceptos e ideas en esta esfera que han impactado la formación de su política exterior, como es el caso del "poder inteligente", como una combinación de fuerza y el llamado "poder suave".[9]

Joseph Nye

[8] Joseph Nye Jr. *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*. Basic Books, 1991, 307 pp. ISBN: 9780465007448

[9] Joseph Nye Jr. Soft Power: *The Means to Success in World Politics*. New York: New York. Public Affairs. ISBN: 9781586482251.

Entre los primeros en retar las tesis sobre la declinación de Estados Unidos se encuentra Henry R. Nau, quién se la cuestionó abiertamente desde el propio título de su obra.[10] Otra importante crítica a la declinación de las grandes potencias fue escrita por George L. Bernstein, apoyado en referencias a Gran Bretaña y Estados Unidos, colocando el énfasis en el carácter relativo de esta afirmación.[11] Robert Keohane analiza tempranamente las consecuencias de la declinación hegemónica de Estados Unidos para las relaciones internaciones, que sigue siendo el tema de la mayor actualidad.[12]

CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

---

[10] Henry R. Nau (2001). "Why 'The Rise and Fall of the Great Powers' was wrong." *Review of International Studies*, 27, pp 579-592. doi: 10.1017/S0260210501005794.

[11] George L. Bernstein. The Myth of Decline. The Rise of British since 1945. Pimlico,Ramdom House, 2004. 816 pp. ISBN 1-8441-3102-5.

[12] Robert Keohane. *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton, Princeton University Press. 1984. ISBN 9780691122489

Autores del "Tercer Mundo", América Latina y Cuba, y dentro de ellos el Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos de CLACSO bajo la coordinación de Marcos Gandásegui Jr. han dedicado su atención a este asunto y realizado aportes, sobre todo enfocados en las consecuencias de este proceso para la configuración de la política estadounidense hacia nuestra América.[13] El análisis exhaustivo de estos trabajos desborda los objetivos de este artículo, en tanto se consideran múltiples aristas del problema, como la crítica a enfoques sobre la caracterización de la actual etapa del imperialismo, la trayectoria histórica del capitalismo y el desafío que representa China, otras potencias y agrupaciones de poder emergente para Estados Unidos, entre otros asuntos tratados.

Un factor principal en el curso de la política exterior de las grandes potencias imperiales ha estado determinado por las fuentes de su poder en términos relativos, respecto a otras fuerzas actuantes en el momento histórico concreto. De ahí que el gran tamaño de los países imperialistas, las enormes dimensiones geográficas, las fronteras y la abundante disponibilidad de recursos naturales, agua y energía, la capacidad de producir alimentos, la población, el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, así como el dinamismo económico, el avance tecnológico y la acumulación de riquezas, constituyen factores clave del poder y la posibilidad de proyectarlo más allá de sus

[13] Entre los principales destacan Atilio Borón, Samir Amin, Marcos Gandasegui Jr., Jorge Hernández, Luis Suárez, Carlos Alzugaray.

fronteras con fines expansionistas y de dominación. El poderío militar no puede disociarse de sus bases económicas y el empleo de tecnología ha sido clave en la proyección del poder de las grandes potencias en la historia de la humanidad; sintéticamente: la base económico material y científico técnica de cada potencia imperialista respecto al resto del mundo, constituye un aspecto determinante en las tendencias de política exterior, el tipo de mecanismos de intervención y modos privilegiados de su accionar y si le es posible desempeñarse, bien sea de forma unilateral o mediante alianzas. Es decir, para Nye las visiones sobre la declinación de Estados Unidos presentada por otros estudiosos se basa en una disminución del poderío relativo y no absoluto de ese país, dada la recuperación del resto de las potencias después de la Segunda Guerra Mundial y porque se han realizado lo que denomina "falsas analogías" con otros momentos y situaciones históricas. Se trata de una observación muy válida, en tanto los indicadores tradicionales de comercio, inversiones y producción no son suficientes para medir la fuerza relativa de las potencias, en tanto el entrelazamiento de la actividad financiera en medio de la globalización y la interdependencia no se expresa en los mismos y sin embargo tienen cada vez mayor significación.

El poderío de cualquier potencia es cambiante y debe medirse respecto a otras que coexisten en el tiempo, de ahí la importancia de conocer la dinámica evolutiva en la correlación de fuerzas y la cualidad de estas relaciones. El balance de poder global se

modifica según el ascenso y caída de las grandes potencias, si bien "en lo que atañe al sistema internacional, la riqueza y el poder, o la fuerza económica y la fuerza militar son siempre relativos y deberían ser considerados como tales."[14] En tal sentido, la capacidad de ejercer la dominación, la hegemonía o el liderazgo, depende de la significación de esa potencia en relación al resto de los agentes de poder en el espacio, sea regional o mundial, así como los objetivos que se propone.

A lo largo de su historia, la política externa de Estados Unidos ha tenido que ajustarse a sus posibilidades y a las condiciones del balance internacional de fuerzas dentro de cada etapa o momento histórico. Las distintas corrientes e interpretaciones en la formación de la política han debido considerar los factores objetivos internos y externos y sus intereses económicos y políticos estratégicos, con prevalencia sobre principios y valores declarados como baluartes de su propia identidad como nación --como la democracia, los derechos humanos, el Destino Manifiesto--, cuando intereses económicos han entrado en conflicto con esos valores. El "balance" entre motivaciones "morales" atemperada por el "realismo" de los intereses económicos o de "seguridad".[15] El arribo

---

[14] Paul Kennedy. *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza & Janes, Editores, 1994, Barcelona, p. 833.

[15] Ronal Steel. "The Domestic Core of Foreign Policy". *The Domestic Source of American Foreign Policy. Insigth and Evidence*. Edited by Eugene R. Wittkopf; James M. McCormick. Roeman and Littlefield Publishers, INC. Maryland, 1999, p. 27.

indiscutido de Estados Unidos a lo que Wallerstein ha llamado la victoria hegemónica a fines de la Segunda Guerra Mundial,[16] establece un momento de obligada referencia hasta finales de la década de 1980 y principios de 1990. La desaparición de la URSS y el llamado socialismo real de Europa, cuando se declara el fin de la "Guerra Fría" y el sistema bipolar de relaciones internacionales, parece abrir una etapa unipolar para el mundo con centro en la única súper potencia resultante del conflicto en la postguerra: Estados Unidos.

Un reto fundamental para los estrategas estadounidenses derivado de este acontecimiento lo constituyó la desaparición de los argumentos que habían servido de pretextos para su intervención en todo el mundo, en función de un enfrentamiento global a la expansión del

[16] Immanuel Wallerstein. *La decadencia del poder estadounidense. Estados Unidos en un mundo caótico.* Santiago, LOM Ediciones, 2005, p. 54.

comunismo. Clima de confrontación y juego de suma cero constituyeron la justificación para el ascenso de la doctrina de seguridad nacional, la involucración en la Guerra de Corea primero, luego en la Guerra de Vietnam y así sucesivamente en toda una serie de intervenciones en Cuba, Centroamérica y el Caribe.

No obstante, en un poco más de dos décadas después del derrumbe del Muro de Berlín, toda esa visión de optimismo sobre el futuro de Estados Unidos, la consolidación de su hegemonía y su lugar y papel en un mundo unipolar, aparece como un pasado muy lejano. George H. Bush habló del surgimiento de un "nuevo orden internacional" y Francis Fukuyama explicaba su tesis sobre el "fin de la historia", como expresión del triunfo de la civilización occidental, en la

fórmula de la democracia liberal y capitalismo, sobre otras formas de organización de la sociedad.[17] Y efectivamente, como sugería al final del famoso ensayo, el "tedioso fin de la historia serviría para hacerla comenzar de nuevo", la historia se reiniciaba.

De tal manera, incluso en los momentos en que el discurso oficial de la política exterior y las líneas maestras de sus proyecciones externas han estado dominadas por los enfoques ideológicos más reaccionarios, agresivos e intervencionistas, por el triunfalismo imperialista y las consignas de recuperación de su hegemonía, la correlación de fuerzas ha moderado la agresividad de su política, como ocurrió cuando la República Popular de Corea durante la presidencia de George W. Bush demostró la posesión del arma nuclear, y no se realizó un ataque como se preveía en la nueva estrategia de seguridad nacional estadounidense. Es decir, el balance entre sus capacidades económicas, militares y políticas --internas y externas-- para llevarlas a vías de hecho a escala mundial, por regiones, subregiones y países, ha sido en última instancia el factor decisivo.

Cuando Estados Unidos se planteó a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001 su nueva estrategia de seguridad nacional, sin duda se expresaron preocupaciones sobre los peligros para la paz y estabilidad mundial, que entrañaban interpretaciones extremistas del contexto internacional: o están

---

[17] Francis Fukuyama. "The End of History*?" The National Interest*. Summer, 1989.

con Estados Unidos o en contra, decía W. Bush. Los retos y razones del conflicto se establecieron sobre bases ideológicas y hasta culturales; la decisión del imperialismo estadounidense de aplicar la fuerza "preventiva" de modo unilateral ante determinados retos acrecentó la inestabilidad mundial.[18] El acompañamiento de los aliados era bienvenido, pero siempre subordinado a las direcciones y decisiones de Estados Unidos.

Se trataba de un peligro real y tuvo consecuencias graves para los pueblos y países de Afganistán e Irak, objetos de intervenciones militares con grandes costos humanos y materiales. Se ha calculado que el costo de las guerras en Afganistán e Iraq para las finanzas estadounidenses se sitúa entre 2 y 3 billones de dólares. Su impacto no desaparece con la retirada de tropas, debido a los costos que implica resarcir a los combatientes por invalidez, cuidados de salud y otros gastos asociados a los efectos de la guerra.[19] Sin embargo, el enfoque neoconservador extremo ha sido gradualmente ajustado por la realidad de los llamados conflictos asimétricos y las pérdidas que ha tenido la propia sociedad y la economía de Estados Unidos a lo largo de un poco más de una década. Aunque la influencia neoconservadora no ha desaparecido totalmente del

---

[18] Discurso de George W. Bush en West Point, June 1, 2002; *The National Security Strategy of the United States of America*: Washington DC, September, 2002.

[19] Joseph Stiglitz. *The Price of Inequality. How Today's Divided Society Endangers Our Future*. W.W. Norton & Company Inc. New York, 2012, p. 209.

espectro de política exterior en ese país, su influencia se ha limitado con el gobierno de Barack Obama.

La historia ha demostrado que una gran potencia puede mantener un curso de política por algún tiempo, que perdura apegado a cierta visión de grandeza y debido a la inercia, cuando las bases económicas de sustentación no permiten apoyarla debidamente. Pero también es cierto que a largo plazo, los cimientos del poder y su alcance, la extensión, las formas de su proyección externa, incluida la militar, y sus posibilidades reales de mantenerlas están correlacionadas. Las acciones políticas deben ajustarse a las nuevas circunstancias y los poderes a su significación relativa dadas estructuras, sistemas y relaciones prevalecientes en cada momento. Esto ha sucedido en la actualidad debido a la relación entre la Gran crisis económica financiera 2007-2008, los enormes déficit fiscal y deuda acumulada, en cierta medida ocasionado por los costos

que estas aventuras bélicas han tenido, aunque Estados Unidos siga siendo la única potencia militar global.

No entender con antelación esa realidad y consiguientemente prepararse para el necesario ajuste o reacomodo de políticas y estrategias, puede conducir a grandes desastres. Para el caso de Estados Unidos en las actuales circunstancias y dado la enorme significación económica, política y militar del poderío estadounidense, los peores escenarios previsibles, podrían tener muy peligrosas consecuencias para la humanidad y las perspectivas de paz y estabilidad en el actual proceso de transición hacia un nuevo orden mundial.

Otra visión del cambio en la política de Estados Unidos está vinculada precisamente a la percepción económica en cuanto a la significación de la gran crisis del 2007-2008. Ella marca el agotamiento de un patrón de acumulación iniciado con la llamada Revolución conservadora, y parecería necesario un ajuste, un cambio de política representado por la primera victoria de Obama en 2008. Sin embargo, aunque pareciera haberse cumplido un "ciclo político" y económico en esa coyuntura, después de aproximadamente 30 años de la irrupción de la preeminencia conservadora en la política y la economía de ese país; el 2009 no constituyó un reajuste tan significativo como lo fue 1979-1980. [20]

---

[20] Arthur M. Schlesinger, Jr. *Los ciclos de la historia Americana* (The Cycles of American History). Editorial R.E.I., Argentina, S.A. 1990. p. 71

Los acontecimientos ulteriores dan cuenta de una virtual paralización del gobierno en más de una ocasión por la presencia de dos visiones fundamentales contrapuestas sobre el futuro de Estados Unidos dentro de la clase dominante de ese país, que aunque se confunden con las líneas partidistas de demócratas y republicanos, son mucho más difusas y complejas.

Obviamente no se ha logrado alcanzar un nuevo consenso sobre el proyecto estratégico que debe llevar adelante Estados Unidos, sobre todo en política interna, pero con muy relevantes implicaciones sobre la política exterior. En ese contexto cabría preguntarse si es posible imaginar el retorno de una mayoría conservadora en la conducción de la política, y un nuevo episodio de auge de los neoconservadores en política exterior a partir del 2017, o la tendencia al ajuste de la política como se ha venido expresando prevalece.

Obama II: márgenes de la política exterior

Existen momentos históricos decisivos, marcados por los cambios en las tendencias políticas e ideológicas dominantes. Ello ocurrió, como es bien conocido, a finales de la década de 1979 con el agotamiento del patrón de acumulación keynesiano y el ascenso de la "Revolución conservadora" encabezada por el gobierno de Ronald Reagan a partir de 1981, en que el grupo de los neoconservadores alcanzó un grado importante de influencia en la política exterior de Estados Unidos. Los ocho años de la presidencia de George W. Bush fueron marcados por los ataques terroristas del 11 de

septiembre de 2001, la nueva concepción de seguridad y los numerosos desaciertos alentados por la influencia extremista de derecha, neoconservadora, luego de un cierto receso de esa influencia durante el período de William Clinton (1992-2000). La política intervencionista y militarista de George W. Bush de tendencia unilateral, implicó grandes costos humanos y materiales en intervenciones militares en el Medio Oriente, crecientes gastos militares agravaron el déficit fiscal y crearon un deterioro de la imagen del gobierno estadounidense en el mundo.

La "gran estrategia" fue la "guerra contra el terrorismo" con preferencia en el uso de los instrumentos militares dentro de la política, que tuvo nefastas consecuencias económicas, más allá de las pérdidas humanas, materiales y hasta culturales en los países que fueron escenarios de conflictos.

Durante el año electoral 2008, el agravamiento de la crisis financiera y económica en Estados Unidos impactaría decisivamente en el descontento con la administración republicana de W. Bush, lo que se tradujó en una corriente a favor del cambio, que sería capitalizada por el candidato demócrata Barack Obama. La primera victoria de Obama en estas contiendas, sus promesas de dar un vuelco a la política, creó grandes expectativas de trasformación en la política exterior, que fueron acompañadas en el primer año por esperanzadoras declaraciones y discursos. Algunos analistas percibían factores de mutación más profundos y radicales hacia tendencias catalogadas

como “liberales” dentro de Estados Unidos, como las prevalecientes durante el período del Nuevo Trato.

Sin embargo, el curso ulterior de los acontecimientos demostraría que la política estaba caracterizada más por la continuidad que por el cambio, y en definitiva consistió en un ajuste de la política exterior, acompañada de un discurso más moderado, refinado y culto, que la retrotraía a una visión más balanceada y realista en el empleo de los instrumentos políticos y diplomáticos, y una inclinación por cierto multilateralismo y el empleo de alianzas. En sentido general, la política exterior de Estados Unidos estaría menos apegada al absolutismo ideológico y el militarismo desenfrenado que caracterizó al período de George W. Bush en la presidencia, pero tampoco la rechazaría de plano.

Entre 2009 y 2012 se mantuvo la persistencia de tendencias conservadoras e intervencionistas en la política exterior estadounidense, en una mezcla de prescripciones liberales, realistas, conservadoras y hasta neoconservadoras, que trató de identificarse con la denominación de “poder inteligente”. Se trataba de una especie de fórmula intermedia entre el empleo de la fuerza y el denominado “poder blando”, apegado a la definición de Joseph Nye, aunque es justo afirmar que en balance se inclinó a enfoques más realistas y menos ideológicos. Durante ese primer período se trató de buscar soluciones o alivios a los descalabros de George W. Bush, restablecer la imagen internacional del país, sobre todo por las torturas en cárceles militares --aunque nunca se clausuró la cárcel

ilegal en Guantánamo-- y la necesidad de retirar lo antes posible sus tropas de Iraq y Afganistán, se iría realizando, aunque con altibajos. Estos retos en la política exterior estadounidense tendrían que enfrentarse en medio de la mayor crisis económica y financiera de postguerra, cuyas severas implicaciones trascendieron incluso a sus principales aliados de la Unión Europea y Japón.

Teniendo como telón de fondo los anteriores elementos. ¿Qué puede esperarse de la política exterior del gobierno de los Estados Unidos hasta el 2016 y en el mediano plazo? ¿Se está configurando y afianzando un nuevo patrón de intervención? ¿Se aplicará una estrategia a largo plazo para el reposicionamiento de Estados Unidos en el nuevo orden mundial en formación?

Los presupuestos generales establecidos a partir de ciertas "regularidades" históricas, supondrían un mayor activismo del Presidente en política exterior en el segundo término. Sin embargo, esta previsión se hace difícil en la práctica a la luz de las difíciles condiciones concretas actuales en lo económico y en lo político, dada la aguda división dentro del gobierno y la dura oposición de los republicanos en mayoría dentro de la Cámara de Representantes y dentro de ella al segmento de los más radicales influidos por la tendencia del "Tea Party", dispuestos a obstaculizar al Presidente con acciones extremas. La continuada discrepancia, y el afán en descarrilar la llamada *Obamacare* hasta el límite de paralizar al gobierno desde el 1ro de octubre

del 2013 en medio de una especie de cruzada ideológica, la amenaza de no aceptar el aumento del techo de la deuda y la negociación de última hora con un compromiso del lado demócrata, identifica un escenario en el corto plazo de gran desgaste y parálisis de la política interna, que afecta el desempeño en política exterior y debe marcar la inercia en este terreno, salvo en situaciones extremas donde esté en riesgo evidente intereses vitales de Estados Unidos, o que se presenten enormes oportunidades no previstas.

¿Cuál es la situación interna que atraviesa los Estados Unidos después de tres años de anémica recuperación económica y amenaza con otro episodio de ese tipo para el 2013 o el 2014? ¿Cuáles son las prioridades de su política y qué margen de maniobra tiene el Presidente y otros componentes del gobierno en la formación y despliegue de la política exterior para introducir cambios sustantivos hacia determinadas áreas, países y temas concretos? ¿Cabe esperar otros ajustes, o modificaciones importantes? ¿Cuáles serían estas y a qué factores obedecerían? ¿Cuáles son los principales retos percibidos para la política exterior de los Estados Unidos y los cursos de respuesta más probables?

Sin pretender responder a todas esas preguntas en profundidad y detalle, ni abordar de ese modo las distintas regiones, países o temas donde la proyección externa de Estados Unidos y de sus aliados tiene un impacto significativo, algunas evidencias sugieren el curso de los acontecimientos y ofrecen indicios sobre las más probables tendencias futuras. Se busca

establecer elementos generales en los que cabe enmarcar la política exterior imperialista y sus tendencias en los próximos años, para caracterizar el "esquema" de política exterior que parece ser más probable. Para cumplir este objetivo se toma en cuenta las visiones estratégicas oficiales, sus prioridades y propósitos declarados, en medio de los márgenes en que se encuentra, dada una fuerte división política interna y las condiciones depresivas en que se mantiene la economía.

Factores internos y externos de la política estadounidense

La debilidad actual de la economía estadounidense, el lento crecimiento, el abismo fiscal parcialmente resuelto entre los últimos minutos del 2012 y las primeras horas del 2013, la necesidad de ampliar el techo de la deuda del gobierno y otras contradicciones no solucionadas entre demócratas y republicanos en el Congreso, en sucesivos encontronazos, constituyen un asunto que no favorece la inversión de mucho capital político por parte de la administración Obama en política exterior.

La administración demócrata debe concentrar mucha energía y tiempo en lidiar con asuntos cruciales como los problemas presupuestarios y las políticas económicas para alentar mayores ritmos de crecimiento, que no están resueltos y deben resurgir a lo largo de los próximos años. Desde esta perspectiva es sumamante claro que la política exterior, la proyección externa de Estados Unidos y su estrategia, están en última instancia lastrados y

determinados por la situación económica, que establece márgenes y obliga a redefinir opciones y variantes más convenientes para conseguir los máximos beneficios dadas las nuevas condiciones actuales y futuras.

La falta de acuerdo en una propuesta para reducir el déficit federal obligó a la aplicación del mecanismo automático previsto en la Ley de Control del presupuesto del 2011, denominado “secuestro” y como se esperaba, el resultado tuvo un efecto desestimulante para la economía, al aumentar impuestos a un grupo de mayores ingresos y disminuir gastos en distintos programas del presupuesto, frenando la demanda. Reducir el déficit en un contexto de lenta recuperación es contraproducente al crecimiento económico, lo que no permite excluir una nueva recesión en el corto plazo, o cuando menos, la continuidad en los bajos ritmos de crecimiento y relativamente altos niveles de desempleo --aunque se han venido reduciendo--, que han caracterizado a la economía

hasta ahora y constituyen el problema político principal. El alivio de la tensión presupuestaria y la elevada deuda pública se reduciría por razones cíclicas sí se alentara el ritmo de crecimiento económico, pero la política conservadora fiscal no permite un incremento de los gastos bajo ningún concepto.

Ante tales circunstancias, la prioridad en la política interna y todo lo que atañe directamente a la economía en sus distintas aristas y expresiones se dirige a contrarrestar en lo posible el desempleo, el aumento de las diferencias socioeconómicas internas, la reducción de las capas medias, el aumento de la pobreza sobre todo de las llamadas minorías y entre éstas las de origen latinoamericano y caribeño. Todo ello constituye obstáculos para desplegar una política exterior muy activa.

Tal afirmación no debe interpretarse desde la periferia del capitalismo global, como un retraimiento general en la proyección externa de Estados Unidos en toda la línea, ni mucho menos de su impacto. No debe olvidarse que por razón del enorme tamaño de su economía, un porciento relativamente pequeño de su presupuesto dedicado a esta esfera, sumado a los recursos privados, el accionar de sus transnacionales y el empleo de todos sus instrumentos (económicos, políticos, militares, diplomáticos, ideológicos, culturales e información), la proyección externa de Estados Unidos tiene enorme influencia en los países y regiones de destino en correspondencia a los grados de asimetrías existentes.

Un tema de política interna con significativas implicaciones para las relaciones exteriores de Estados Unidos está vinculado a la reforma migratoria, o políticas en este terreno. Se trata de un tema sumamente espinoso, que fue dejado pendiente ante el desgaste de otras batallas priorizadas por la administración Obama durante el primer período, como la controversial reforma de salud, que incluso después de ser ley sigue siendo un tema candente. Sería muy positivo para las relaciones con países de América Latina y el Caribe, sobre todo para México, Centroamérica y el Caribe un avance en esta esfera, pero también es un asunto complejo y sensible a lo interno por razones políticas, económicas y hasta de identidad nacional.

No puede descartarse el progreso en política migratoria durante este segundo período de Obama, en tanto los republicanos también necesitan de algún modo contemporizar con los latinos con las miras puestas en las elecciones de medio término en el

2014, dada su creciente significación demostrada en las elecciones del 2012. La reforma migratoria, si bien tendría trascendental implicación para las relaciones con los países grandes emisores de estos flujos, no constituye en sí misma un tema movilizado principalmente desde la política exterior. En todo caso se introduciría por su relevancia doméstica económica y política, por la sensibilidad del asunto para el apoyo de un creciente número de votantes latinos y caribeños, y no por las consecuencias sobre los países de origen de estas personas.

Usualmente se piensa que los presidentes estadounidenses durante su segundo período en la Casa Blanca, tienen una proyección más activa en política exterior, en búsqueda del "legado" de su presidencia. Esta idea se justifica en parte también porque es el campo con mayores posibilidades de acción, considerando las limitaciones impuestas por el Congreso en otros asuntos y porque ya no está en juego el importante asunto de la reelección.

Sin embargo, las posibilidades de que la administración Obama pueda establecer ese sello a su gobierno y dejar una marca en la historia, aunque no se puede descartar, tampoco está asegurada. El presidente estadounidense enfrenta no solamente obstáculos políticos y socioeconómicos internos, sino que debe lidiar con complejas condiciones y difíciles retos en la arena internacional. La "línea roja" fijada por Obama para la intervención y los acontecimientos posteriores después del avance de la propuesta rusa

para destruir los arsenales químicos, aunque es positivo, deja en una posición débil al presidente estadounidense frente a las críticas de los republicanos y sobre todo los neoconservadores.

Los cambios en la correlación internacional de fuerzas por el ascenso de países considerados potencias emergentes, junto a la declinación hegemónica relativa de Estados Unidos, expresada sobre todo en la esfera de la economía y a raíz de la última crisis económica y financiera (2007-2009) y su secuela 2009-2012, influyen en el escenario internacional en que la política estadounidense debe actuar. A ello se puede agregar la crisis económica-financiera dentro de la Unión Europea, que ha llegado hasta poner en entredicho el futuro del euro, así como el ascenso de países

como China, India, Brasil, Sudáfrica, sumados a Rusia, e incluso Irán en el Medio Oriente, y la formación y desarrollo de un nuevo regionalismo en América Latina al margen de los Estados Unidos y Canadá, como claros signos de los nuevos tiempos, que de un modo u otro se oponen a la hegemonía estadounidense y retan su sistema de dominación en distintos grados.

No puede hablarse del surgimiento de un nuevo orden, o del fin de la hegemonía estadounidense, a pesar de evidencias de su declinación relativa, ni mucho menos el liderazgo de Estados Unidos en la política mundial en el corto y hasta mediano plazo, pero sus enormes recursos y capacidades, militares, económicos, político-diplomático e ideológico-cultural y propagandístico, se enfrentan a una realidad mucho más compleja y desafiante, poniéndose en evidencia sus límites. Ello parece inducir un tipo de orientación política, que sin ser aislacionista y excluyente en el sentido tradicional, tiende a reducir su involucración internacional directa y unilateral a los casos críticos, o los desafíos considerados clave para su seguridad nacional e intereses económicos vitales y busca nuevas coaliciones, alianzas e intrumentos para cumplir sus objetivos.

Por razones objetivas parece consolidarse en la visión estratégica sobre la política exterior estadounidense, que no es aconsejable seguir involucrando a sus fuerzas militares en intervenciones convencionales ante cualquier conflicto internacional, sino que se debe discriminar y actuar de modo más cauteloso

solamente cuando estén en juego sus intereses vitales.[21] A partir de ello se sugiere apoyarse más en las fuerzas de los aliados locales y regionales, las alianzas y los esfuerzos multilaterales para avanzar sus intereses y reservarse para intervenir directamente en los casos críticos, que verdaderamente ponen en juego intereses vitales estadounidenses.

Perspectivas generales de la política exterior en el corto plazo

La división en la sociedad estadounidense, no solamente entre los ricos y pobres, sino al interior de la clase dominante, expresada en la pugna política ideológica que caracterizaron las elecciones del 2012 y se mantiene después de esa contienda política, no parece encontrar un apaciguamiento antes del 2014. Aunque puedan alcanzarse acuerdos parciales en algunos temas, no debe esperarse que se realicen con facilidad, a menos de que se trate de temas trascendentales vinculados a la estabilidad y seguridad de Estados Unidos, en los que la autoridad del Presidente es difícilmente retada.

Por lo tanto, la problemática económica seguirá absorbiendo una parte principal de los esfuerzos y

---

[21] George Friedman. "The Emerging Doctrine of the United States". *Stratfor*. October 9, 2012.
http://www.stratfor.com/weekly/emerging-doctrine-united-states?utm_source=freelistf&utm_medium=email&utm_campaign=20121009&utm_term=gweely&utm_content=readmore&elq=7fe050124eaf4d8099c0dd7670270a78

prioridades del gobierno en los próximos años, en que todavía no cabe esperar un alivio significativo a la situación presente. Sin embargo, con posterioridad al 2017 y sobre todo a partir del 2020 podría esperarse un mejoramiento de la economía estadounidense y su posición internacional, debido tanto al balance de los desequilibrios internos e internacionales y sobre todo a las previsiones sobre la autosuficiencia energética de Estados Unidos y sus potencialidades de convertirse de nuevo en exportador neto de combustibles fósiles a partir de esa fecha.[22]

Tales condiciones y la prioridad en los temas internos y sobre todo económicos sobre los asuntos de política exterior, reduce relativamente la atención y los recursos destinados a esta esfera, a la vez que se observa el interés de una menor y más "racional" participación en asuntos externos "no vitales", debido a la necesidad de un empleo más eficiente de los escasos recursos de modo flexible, pragmático y realista.

Se ha llegado a esbozar un nuevo reordenamiento de la política exterior, que concentra su atención en lo que se consideran los principales retos, pero además se alienta la coordinación de política con otros aliados y dejar actuar a los agentes locales, las élites y grupos clasistas transnacionales dentro de cada país. Ello supone no solamente posponer la intervención militar directa, reducir sus costos humanos y materiales, sino

[22] International Energy Agency. *World Energy Outlook*. 2012. http://www.worldenergyoutlook.org/

concentrar la atención y los recursos sobre los principales retos. De ese modo se pretende aprovechar las oportunidades de avanzar sus intereses en aquellas áreas geográficas, regiones o países donde se percibe mayor dinamismo y consistencia con los patrones estadounidenses. El empleo de otros instrumentos se fortalece, incluyendo el llamado poder blando y las llamadas intervenciones en conflictos de "baja intensidad".

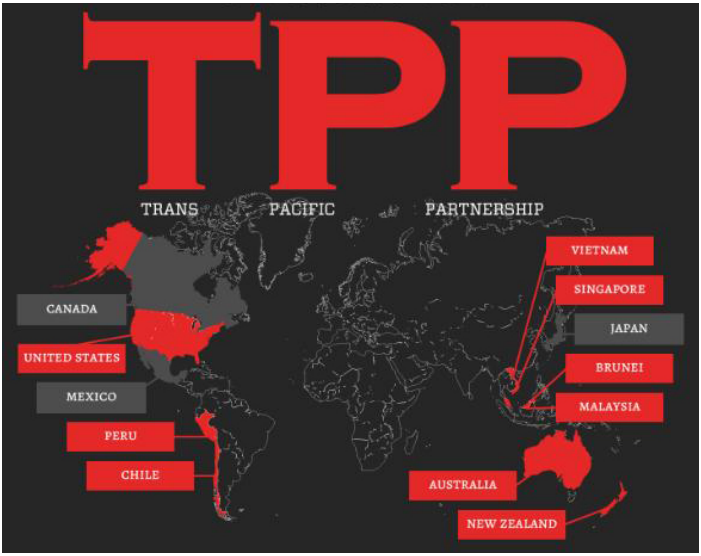
Como una perspectiva sintética de las direcciones fundamentales de la política exterior de Estados Unidos, puede tomarse las prioridades presentadas al Congreso en el 2012 por el Departamento de Estado.[23] Tales prioridades fueron referidas a cinco objetivos, que desde esta perspectiva se mantienen en líneas generales: primero sostener las misiones militares en la "línea del frente"; segundo el programa Asia-Pacífico; tercero apoyar el proceso de "transición Árabe"; y la cuarta y quinta, de carácter más general, referidas al empleo de diplomacia en apoyo a los intereses económicos (economic statecraft) de Estados Unidos y el enfoque específico sobre la defensa (diplomacy & defense), que se refiere a la asistencia con fines de seguridad, naturalmente subordinada al resto de sus intereses.

[23] Testimony of Secretary of State Hillary Rodham Clinton, 2013 Budget Request for the State Department and USAID. House Foreign Affairs Committee. Washington DC, February 29, 2012, pp. 2-5.

La primera prioridad presenta el proceso de repliegue y apoyo a las fuerzas militares de Estados Unidos, principalmente en los Estados ubicados en la "línea del frente": Afganistán, Iraq y Pakistán, de modo que no se produzca un retroceso asociado a la retirada de los contingentes militares. Estas partidas de financiamiento, aunque presentan una reducción importante respecto a las etapas precedentes, son todavía muy importantes. En este ámbito debe destacarse el propósito de la retirada de los efectivos militares en acciones combativas hasta donde sea posible, e ir otorgando mayor participación a los aliados locales. Un mayor enfoque multilateral se evidencia en esta aproximación.

El segundo objetivo tiene un significado mayor en la visión perspectiva, estratégica, porque se refiere a los intereses económicos en el área considerada centro de expansión económica futura. Se define la región de Asia Pacífico, entendida en un sentido amplio, que supone una nueva división política y económica del mundo y las prioridades imperialistas. En realidad se trata de una visión geoeconómica de "Asia-Pacífico", que se extiende en correspondencia con las redes, alianzas y cadenas productivas y de valor que articulan los centros económicos y financieros desde y hacia estas regiones. Por ello se incluye aquella parte de América con costas al mar Pacífico, desde que Estados Unidos y Canadá, pasando por México, Colombia, Perú y Chile, coincidentemente sus más cercanos aliados políticos y económicos en el Hemisferio Occidental, aquellos que tienen acuerdos

de libre comercio con Estados Unidos y se encuentran negociando lo que se ha dado en llamar la Alianza Transpacífico.



La tercera prioridad se refiere al apoyo económico, político y en materia de seguridad, en alianza con fuerzas locales y países de la región junto a otros aliados de la OTAN hacia los países en que se han desatado procesos dentro de la denominada "Primavera Árabe", e incluye el Medio Oriente y Norte de África. Aunque los resultados han sido contradictorios, se identifica como un interés principal alentar "reformas económicas y políticas" consistentes con los intereses estadounidenses de establecer democracias liberales y una economía de mercado.

Es en este objetivo donde se expresan mejor lo que pudiera denominarse la política que viene caracterizando

lo nuevo en las intervenciones dentro de la política exterior estadounidense. Apoyar a las fuerzas locales y regionales, en coordinación con los aliados, para dejar que actúen hasta lograr los objetivos propuestos, reservando la intervención militar directa solamente para las situaciones extremas o más graves, interpretadas como retos a sus intereses fundamentales.

En el plano de la política económica externa, la diplomacia al servicio de la economía y la "diplomacia y la defensa" (cuarta y quinta prioridad) se expresará un pragmatismo y continuidad en el empleo de la construcción de espacios de libre comercio como instrumento principal de su política económica y respaldo a sus intereses, tanto de inversiones como de comercio en un estrecho vínculo con los enfoques de seguridad. Aquí se incluyen los temas tradicionales de la seguridad y aquellos vinculados al "terrorismo", narcotráfico y el interés de emplearlos como un manto de intervención de "baja intensidad", en las llamadas guerras asimétricas, donde participan

distintos programas de financiamiento con propósitos "económicos" y de "seguridad".

Naturalmente acompañado del uso de sanciones, y el empleo de los programas de asistencia que entremezclan la "prosperidad" con la "seguridad" en todas sus expresiones, como se han presentado hasta el presente y se continuará su despliegue durante los próximos años, pero tratando de concentrar mejor los programas para disminuir los costos y hacerlos más eficientes. Es decir, programas para el "desarrollo y defensa", ofrecen asistencia a países con graves situaciones de pobreza, enfermedades, hambre y cambio climático, que puedan dañar la "seguridad humana", pero esa ayuda quedará siempre subordinada, condicionada, a cumplir con los objetivos e intereses tradicionales de la política exterior estadounidense.

Dada la necesidad de estimular la creación de empleos, en la política económica externa, la firma de acuerdos de libre comercio con países cuyos proyectos políticos son afines, se mantendrá, pero la prioridad será la amplicación hacia el despliegue de acuerdos de integración profunda como aspecto principal. Estos procesos de negociación serán limitados en tanto el presidente no dispone de la cláusula de negociación conocida como Autoridad de Promoción Comercial (*Trade Promotion Authority*, TPA).

Desde la perspectiva estratégica de Estados Unidos, aunque no aparezca abiertamente presentado como parte de su proyección hacia los países del "Tercer

Mundo”, la problemática energética ocupa un lugar principal, de lo que no se excluye el mercado de biocombustibles, aspecto de significación en las relaciones con Brasil y con otros países tanto en Medio Oriente, Eurasia, África y América Latina y el Caribe.

En medio de un escenario económico en general sombrío por lo menos hasta el 2017, en dependencia de los resultados de la reforma energética y las decisiones sobre zonas para la explotación de los yacimientos propios, el empleo de nuevas técnicas ahorradoras y el empleo de fuentes renovables alternativas. De ser positivos y reducirse los costos de la energía, los resultados en este terreno podrían contribuir a recomponer a más largo plazo la posición económica de Estados Unidos y favorecer su inserción en la matriz energética de todas las regiones, incluyendo a China y Europa.

La reducción relativa de los precios del combustible, o su estabilidad respecto a la moneda estadounidense, constituye un aspecto estratégico y de gran significación para el funcionamiento de las finanzas y la economía mundial en general y de la estadounidense en particular, en una situación de profundas secuelas de la crisis, aún sin solucionar totalmente. La producción de petróleo y gas de Estados Unidos ha venido aumentando progresivamente y se espera que el proceso continúe, siendo esto un aspecto crucial en la reconfiguración de las relaciones internacionales y el papel estadounidense en ellas.

Geoeconomía y geopolítica en la formación de política exterior: entre mega-regiones y rebalances

Una de las formas de avanzar en el empeño de comprender las tendencias perspectivas de la política exterior de Estados Unidos es explorar no solamente el discurso oficial de la política estadounidense y sus principales acciones. También se deben considerar las evaluaciones colegiadas por grupos de la clase dominante, que ofrecen sus visiones sobre los escenarios futuros y recomendaciones sobre el curso perspectivo que debe tener su política exterior en las próximas décadas mediante informes de comisiones de estudios elaboradas por centros de pensamiento e instituciones académicas en ese país.

En momentos históricos identificados por la mutación significativa de las condiciones económicas, políticas y sociales de Estados Unidos, en un mundo a su vez

cambiante, estas percepciones y recomendaciones de los llamados centros de pensamiento adquieren un mayor valor para las estrategias de política exterior. Así sucedió al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos se colocó en la cima de su hegemonía como centro indiscutido del imperialismo mundial, y un proceso contrapuesto comenzó a evidenciarse en el período previo y los primeros años posteriores a la contrarrevolución conservadora y neoliberal de finales de la década 1970 y principios de 1980.

En la actualidad, la visión sobre el futuro de Estados Unidos y su lugar en el mundo no está precisamente plagada de optimismo, ni se puede afirmar que se ha arribado a un consenso.

Sin embargo, se están introduciendo recomendaciones y enfoques de política mediante informes elaborados por centros de pensamiento y comisiones especiales. En estos documentos están presentes las proyecciones sobre los principales retos y oportunidades, variados escenarios y las perspectivas estratégicas sobre lo que deberá ser su política en los próximos años, incluyendo la problemática de política exterior.

A partir de estas previsiones y análisis se irá gradualmente conformando una nueva política exterior, que aunque mantenga como hasta ahora sus principales objetivos, está siendo ajustada a sus posibilidades y a las proyecciones de los escenarios que ellos mismos consideran deben enfrentar.

Si se consideran algunos de los acontecimientos de crisis política y conflictos recientes más importantes, como Libia, Egipto y Siria, se aprecia la génesis o las manifestaciones primarias de una nueva proyección de política exterior, sobre todo en lo concerniente a la intervención militar y el modo y las condiciones para llevarla a la práctica.

La política actual de Estados Unidos en el segundo período de Obama ya muestra algunas evidencias de ese nuevo patrón de política e intervención en la política y la economía global, aunque todavía no se haya desplegado totalmente. Es importante reconocer que las proyecciones y recomendaciones derivadas de centros de pensamiento de la talla de Atlantic Council, Rand Corporation, Inter-American Dialogue, Brookings Institution y de otras instituciones, se proyectan en un horizonte de tres décadas, lo que sin dudas brinda una visión estratégica del imperialismo y esboza algo de los retos internacionales que deberán enfrentarse en los próximos años. Más allá de su declinación como centro hegemónico imperialista, que algunos de estos

análisis comparten, para los países de América Latina y el Caribe, y sobre todo los que se encuentran en su más próxima vecindad, este asunto no tendrá la misma relevancia, pues necesariamente tendrá un impacto de gran intensidad dada la cercanía geográfica, variable que no se modifica.

Se supone que las percepciones sobre la posición geoeconómica de Estados Unidos y las perspectivas que se manejan por sectores claves de su clase dominante, derivan la política futura que debe llevar el imperialismo. Es decir, dada esa visión futura del mundo se aconsejan políticas en beneficio de los intereses y el liderazgo de Estados Unidos, que toman en cuenta tanto su posición esperada, como la del resto del mundo, y sobre todo la de los principales "actores" en tal escenario, entre los que se señala a China como prioridad.

Entre las visiones de largo plazo que se han presentado en Estados Unidos y a la vez están sirviendo para definir las nuevas estrategias está la presentada por el Consejo Nacional de Inteligencia (National Intelligence Council) para el 2030,[24] que establece entre sus predicciones "megatendencias" que han sido definidas como aquellas virtualmente expresadas en la actualidad, pero se espera adquieran mayor momento en 15 o 20 años.

---

[24] National Intelligence Council. Office of the Director of National Intelligence. *Global Trends: Alternatives Worlds*. December 2012, 140 pp. www.dni.gov/nic/globaltrends

Una tendencia muy relevante para la configuración del sistema de relaciones mundiales refiere a la "difusión de poder" y se plantea que: "Asia está en condiciones de superar a Norteamérica y Europa en poder económico global, pero no habrá ningún poder hegemónico. El poder de otras potencias no occidentales, Estados de nivel medio, crecerá".

No parece haber duda entre los expertos estadounidenses, sobre el lugar económico declinante de Estados Unidos y Europa. El poder se desplazará hacia redes y coaliciones en un mundo multipolar."Dada esa visión, el tamaño del PIB, la población, los gastos militares y las inversiones tecnológicas podrían no ser suficientes para valorar la posición relativa de las potencias en el mundo, por lo que se deben introducir nuevas variables e indicadores más apropiados.

Sobre el futuro de Estados Unidos en el sistema mundial se identifican dos escenarios, dependiendo de la capacidad estadounidense de mantener su papel como "actor líder", impulsada por la posibilidad de lograr su "independencia energética". El escenario de la independencia energética supone que Estados Unidos logre su autosuficiencia energética sobre todo con la extracción de gas de esquisto, que podría lograrse para el 2020. No obstante, se podrían generar obstáculos si las normas ambientales y los temores sobre la contaminación del agua asociado al proceso tecnológico no se allanan de modo conveniente.

La perspectiva de Estados Unidos y su posicionamiento para el 2014 presume el restablecimiento de su situación económica, incluyendo dolorosos ajustes asociados al déficit fiscal y la deuda, que conjuntamente con desarrollos tecnológicos y avances en la autosuficiencia y el costo de la energía, principalmente, podría mejorar su situación. La otra variable estratégica para la reestructuración del sistema de poder son las redes y las coaliciones y es ahí donde se encuentra otro aspecto que Estados Unidos busca desplegar.

La declinación relativa de poder estadounidense y el ascenso más acelerado de Asia, sobre todo China y la India y otras potencias medias, plantea un importante reto para la posición ventajosa de Estados Unidos en la configuración multipolar del mundo. La clave de este asunto desde la perspectiva de Estados Unidos se basa en el despliegue y participación en mega-regiones, integradas bajo los principios y objetivos de los llamados acuerdos de integración profunda de libre comercio e inversiones, que le permitan balancear el ascenso de otras fuerzas con la suya y la de sus aliados.

El enfoque del rebalance se ha planteado esencialmente mediante dos súper o mega acuerdos de integración "profunda" principales, que supone un nivel superior al alcanzado en los acuerdos de libre comercio de primera generación establecidos en la década de 1990. Su articulación se basa en las cadenas globales de valor, productivas y de servicio, que

traspasan las regiones convencionales y configuran nuevos espacios geoeconómicos y geopolíticos.

Para ello, Estados Unidos está proyectando dos grandes alianzas mega-regionales, una que abarca el aliado histórico con Europa, la Alianza Transatlántica y otra con el centro de poder futuro en el mundo, ubicado en la región Asia-Pacífico: la Alianza Transpacífico. Vistas en conjunto ofrecen una visión estratégica del sistema principal de redes y coaliciones que Estados Unidos planea constituir para balancear la emergencia de otros poderes en un mundo multipolar y mantenerse en el centro del sistema de relaciones.

El componente Transatlántico tiene una gran significación económica, política y de seguridad en el reordenamiento de poder mundial pues la Unión Europea se mantiene como un pilar clave de la estrategia de Estados Unidos para Eurasia. La economía transatlántica representa el 54% del PIB mundial. Europa es el mayor inversionista en Estados Unidos.

La alianza económica profunda con la Unión Europea mediante un acuerdo de libre comercio e inversiones, no solamente tiene importancia desde el punto de vista económico, sino que comparten los nutrientes de la civilización occidental, valores democrático liberales que militarmente constituyen la OTAN y constituyen una fuerza multiplicadora de la capacidad intervencionista de Estados Unidos.

En realidad la Asociación Transatlántica ya existía en la práctica de las relaciones establecidas al calor del Plan Marshall después de la Segunda Guerra Mundial, el monto de las inversiones recíprocas, las magnitudes del comercio y los flujos de capital financiero entrelazados mediante fusiones y adquisiciones corporativas son monstruosos.

Estratégicamente en un rebalance de poder, Estados Unidos quedaría como centro de la gran agrupación de América del Norte, surgida con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, con Canadá y México y ahora se completaría la integración mega-regional, que agrupa a su vez el gran mercado ampliado de la Unión Europea, que con independencia de las tensiones generadas por la última crisis económica y financiera del capitalismo, sigue siendo un proceso de integración paradigmático.

La integración profunda entre Estados Unidos y la Unión Europea, de ser exitosa representaría incrementos en los ingresos, las inversiones y los ritmos de crecimiento de ambas partes, efecto nada despreciable

en economías aletargadas, con débiles ritmos de crecimiento, altos desempleos y graves problemas financieros, que no se espera se solucionen en menos de una década. No menos importante es frenar el proceso de creciente articulación de ambas economías con China, que han tenido un mayor dinamismo en la última década.

La perspectiva consensuada por los estrategas y expertos estadounidenses y de otros países sobre el papel creciente de China, India y otras potencias asiáticas y del Pacífico hace centrar la atención en Asia Pacífico, la llamada "región pivote". Debe recordarse que Estados Unidos participa en las reuniones de la APEC, y allí se promueven entre los objetivos, facilitar las cadenas de suministro, reducir las distorsiones de los mercados internos y otras tendencias proteccionistas que puedan frenar a las inversiones y el comercio. Pero sin duda, la pieza clave en la política de rebalance de Estados Unidos como potencia mundial en las próximas décadas está en su participación en la Asociación Trans-pacífico (*Transpacific Partnership*, TPP).

Asia-Pacific
Economic Cooperation

El interés en este esquema se debe a que el TPP constituye un ejemplo de las más extensas geográficamente y profundas formas de integración contemporánea que involucra a países de América Latina. Los llamados acuerdos comerciales mega-regionales son importantes también porque pueden influir en otros procesos de integración y asociación económica regional, mega-regional y mundial. En el caso del TPP, debe subrayarse la trascendencia que tiene desde el punto de vista del Hemisferio Occidental, al incorporar a Estados Unidos y servir de articulación con sus relaciones con algunos países de América Latina y el Caribe, que representan intereses, o son funcionales a ellos, por razones no tan sólo económicas, sino geopolíticas y de "seguridad nacional".

Consideraciones finales

La declinación relativa del poder de Estados Unidos tiene antecedentes en el plano económico desde la década de 1970, pero fueron aparentemente revertidos por el ascenso de la llamada Revolución conservadora desde 1980. La caída del denominado socialismo "real", contribuyó a una sensación de victoria económica, política, ideológica y cultural de Estados Unidos como potencia hegemónica global, e incluso se evidenciaron rasgos de unipolarismo impulsado por la influencia de corrientes neoconservadoras en la política exterior de Estados Unidos.

La década de 1990 fue un período de alto crecimiento de la economía estadounidense y del avance

de acuerdos de libre comercio, que consolidaban el marco institucional de la economía global desregulada y liberada. Los enfoques económicos del libre mercado y la desregulación financiera configuraron una nueva estructura económica financiera mundial centrada en el capital financiero y la especulación. Ello fue acompañado por el aumento del crecimento de economías asiáticas sobre todo, que además se convertirían en la virtual planta productiva industrial del mundo.

La crisis económica financiera 2000-2001 y en especial la Gran crisis 2007-2008 por su alcance, profundidad y extensión mundial, marcó una etapa o momento histórico de ruptura, que mostró la necesidad de un replanteamiento en la visión estratégica de Estados Unidos, dada las expectativas de su reposicionamiento en el mundo.

Aunque el gobierno de Obama ha defraudado a los que esperaban una trasnformación más profunda en la política de ese país, y la mayoría de los analistas reconocen en su política exterior más continuidad que cambio, se han puesto de manifiesto nuevos rasgos y características en su proyección internacional, sobre todo a partir del segundo período en la presidencia, modificaciones en las definición general de política, el patrón de intervención y la identificación de estrategias a largo plazo para mantener a Estados Unidos como principal potencia mundial.

Las intervenciones encaminadas al “cambio de régimen” por la vía militar convencional directa y

unilateral se someterán a una evaluación más cuidadosa, tomando en cuenta la significación para los intereses de Estados Unidos, los recursos involucrados y el papel de los aliados. El caso de Iraq ha sido una lección en este sentido. El derrocamiento de Saddam Hussein y su gobierno ha hecho evidente el fortalecimiento de la posición de Irán en el Medio Oriente al romperse el equilibrio regional que existía por la confrontación entre Iraq e Irán, que representaba un balance regional favorable a los intereses de Estados Unidos. Los casos de Libia, donde la participación estadounidense fue articulada en los marcos de la OTAN, y sobre todo el caso de Siria, parecieran representar tanto los límites del accionar militar directo de Estados Unidos en la actualidad, como los rasgos distintivos de lo que parece establecerse como un nuevo patrón de intervención.

En resumen, la política exterior de Estados Unidos hacia el "Tercer Mundo" en el período 2014-2016 estará definida por una continuidad de lo apreciado hasta 2013, y el mayor desarrollo o definición de los rasgos que la misma ha presentado en los últimos dos años del primer período de Obama en la presidencia y lo transcurrido del segundo.

La prioridad en su política exterior, en atención a los riesgos que suponen para su seguridad y la de los principales aliados de Estados Unidos el ascenso del poderío chino en Asia Pacífico, es el balance de fuerzas que pretende realizar en las próximas décadas. En este esfuerzo desempeña un papel importante las oportunidades y retos en la región del Medio Oriente y el Norte de África, donde se han presentado crisis que deben conducir acorde a sus intereses.

Las lecciones de este ejercicio hacen prever una política pragmática, con una combinación de todos los instrumentos y enfoques de políticas, apegadas al llamado poder inteligente, que vincula los intereses económicos y de seguridad, con los instrumentos "blandos" de influencia política, cultural e ideológica, y no descarta el uso de la fuerza militar allí donde sea viable y las condiciones hayan madurado para reducir sus costos, pero no lo identifica como el único o principal instrumento.

La toma de decisión sobre el alcance de la involucración estadounidense en los próximos años considerará el balance entre la significación de sus intereses implicados y los riesgos asociados, tratando de conciliar los principios y valores políticos, con intereses estratégicos y de "seguridad". El despliegue se trataría de hacer con una involucración prudente y flexible de la fuerza en cada caso.

La política estadounidense descansará más en la intervención indirecta, con un ascenso en el empleo de la asistencia a las fuerzas locales y el apoyo a los elementos afines a sus intereses económicos, políticos e ideológicos por regiones y países, con un esquema semejante al que se ha desplegado en el caso de la intervención de Siria, donde las fuerzas locales y los aliados regionales deben llevar el peso del conflicto. La intervención militar unilateral convencional y directa de Estados Unidos quedará a la espera de las condiciones favorables, allí donde se considere están en juego intereses vitales. La participación directa de

las fuerzas militares estadounidenses será principalmente con el empleo de medios no tripulados, drones en acciones de inteligencia y combate, el uso de pequeñas unidades altamente tecnificadas y de rápido desplazamiento, pero se tratará de reducir la participación masiva de tropas en el teatro de operaciones.

Distintos programas de asistencia a fuerzas locales y regionales en los marcos del Departamento de Estado, de la USAID y de la Fundación para la Democracia (NED) se mantendrán y reforzarán, según las condiciones específicas de los países de Asia, África y América Latina y el Caribe, siguiendo los patrones de intervención indirecta como ocurrió en el caso del golpe en Honduras. En países con gobiernos revolucionarios y progresistas, se seguirán desplegando programas para debilitarlos, incrementar su vulnerabilidad y revertirlos con empleo de fuerzas internas y coordinación internacional, como se ha venido aplicando en los casos de Cuba, Venezuela

y también de Bolivia y Ecuador, en que se privilegia el uso de intervención indirecta con participación de agentes locales y aliados extranjeros.

Estos ajustes en la política exterior se deben a las experiencias extraídas y todavía en proceso de doloroso aprendizaje derivados de las intervenciones militares en Afganistán y en Iraq y los conflictos "colaterales" con Paquistán por sus incursiones a ese país, los retos que se identifican con Irán, así como los cambios de régimen y resultados de los procesos de la llamada Primavera Árabe, que con frecuencia han establecido gobiernos que no representan convenientemente los intereses estadounidenses y sus valores políticos e ideológicos, o incluso modifican el balance regional de manera desfavorable para Estados Unidos y sus principales aliados.

En el contexto de los próximos años no debe descartarse, aunque no puede tampoco pronosticarse, intentos de retomar algún tipo de negociación con países emergentes y de gran importancia en el tablero de la geoeconomía global. En este grupo de situaciones conflictivas que podrían ser objeto de negociación bilateral o multilateral con participación de Estados Unidos, siempre y cuando se considere existen beneficios económicos y políticos significativos para el gobierno estadounidense. Aunque no son los únicos casos posibles, como ejemplos podrían incluirse las discrepancias con China en el terreno económico comercial y político; el conflicto de Israel con Palestina y en la Península de Corea, así como el asunto del uso de la energía nuclear con fines pacíficos de Irán.

En términos estratégicos y de largo plazo, con un horizonte puesto en el 2030, se ha presentado una visión de Estados Unidos para mantenerse como principal potencia mundial en un sistema mundial multipolar y sin la hegemonía de ningún país en particular. Para cumplir con este propósito se plantea entre las principales direcciones, la política de rebalancear la posición de poder estadounidense a partir de alianzas mega-regionales.

Entre estas alianzas mega-regionales se destaca la enfocada hacia Asia-Pacífico, que debe servir de contrapeso estratégico al avance de China en ese espacio geoeconómico: la Alianza Transpacífico. La segunda alianza de este tipo se plantea con la Unión Europea, para beneficio común y para minimizar la tendencia tanto de Estados Unidos como de la UE de incrementar su respectiva interdependencia con China. Ambos procesos, podrían servir de ser exitosos --escenario que no es nada seguro-- para balancear la posición de poder de Estados Unidos en las próximas décadas, amparada en su revigorización económica y un sistema de alianzas mega-regionales, que despliega del Medio Oriente al Norte de África, sin olvidar el Hemisferio Occidental.

La posibilidad potencial de que Estados Unidos pueda mantenerse como una potencia principal en un orden multipolar y multilateral, se apoya en la visión perspectiva en que las fuentes de poder no estarían determinadas tan directamente por el tamaño del PIB, la población, territorio y fuerzas militares, sino

mediante formas más difusas y complejas del poder. En tales condiciones tendría más importancia el sistema de alianzas y la significación de las tecnologías de la información y las redes, así como la aplicación de nuevas tecnologías que soportan las fuentes de inteligencia global en su sentido más amplio y se consideran parte de una Tercera Revolución Industrial. Ello acrecentaría la significación de los instrumentos del poder blando, actuando sobre todas las esferas de la sociedad y en los campos de la energía, la bioingeniería y las manufacturas. Se considera que Estados Unidos debe mantener una posición privilegiada en el control de estas esferas, cada vez más importantes como fuentes de poder en la nueva configuración de las relaciones internacionales en el mundo.

NECESIDAD DE LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

1. Nuestra América vive un momento único de su historia, gracias a la audacia, la inteligencia y la valentía política de las fuerzas progresistas y revolucionarias. Los cambios que hoy presenciamos eran impensables hace apenas 14 años, cuando el Cdte. Hugo Chávez arribó al gobierno venezolano, inaugurando una nueva época de transformaciones, crecimiento económico con una mayor redistribución de la riqueza, notables avances sociales, rescate de la soberanía y de la dignidad de nuestros pueblos.

2. Para llegar hasta aquí transitamos por un camino escabroso y con muchas dificultades, a veces con éxitos que fueron perentorios, con peligros, desafíos, expectativas insatisfechas y fracasos; pudimos enfrentar los efectos de la desaparición de la URSS y la caída

del socialismo europeo, los intentos fascistas de exterminios dictatoriales, y superar una escasa capacidad de persuasión y convocatoria de nuestra parte. Surgió el Foro de San Pablo, alentándonos a la resistencia y a la búsqueda creativa de un horizonte propio.

3. Por su parte, las grandes potencias, con Estados Unidos a la cabeza, se debaten en una profunda crisis, multifacética y global, apelando para su salida a las fórmulas neoliberales que ya trajeron miserias y destrucción del tejido social en nuestras tierras de América, provocando el definitivo desmantelamiento del estado de bienestar, y el ocaso de las propuestas políticas que antaño se nos presentaban como paradigmáticas. Con la crisis en los centros del poder económico, se ha creado una oportunidad sin precedentes a nivel regional para el avance de nuestros objetivos.

4. Si bien existen en América Latina y el Caribe mejores condiciones para llevar adelante la lucha por un mundo mejor, también existen señales crecientes de agotamiento de políticas adoptadas hasta ahora, que exigen de nuestras organizaciones una profundización del debate programático, estratégico e ideológico.

5. En este momento histórico, no hay tarea más urgente para las izquierdas nuestramericanas, que recorrer el empinado trayecto que nos conduzca a la unidad de nuestras fuerzas, tanto a nivel local y nacional como a niveles regionales. Dicha unidad debe partir de la definición de un **programa político**, que aunque reconozca las diferencias, contemple y tenga como base primordial objetivos comunes a todos, es decir, la búsqueda de sociedades anti capitalistas, donde predomine la igualdad de oportunidades, la mayor justicia social posible y la democracia popular, entre otros propósitos de interés popular y alcance estratégico. De modo que lo primero es el **programa**, después se sabrá quién o quiénes, cómo y cuándo o en cuánto tiempo, se aplicará. En ese sentido, no debemos confundir una propuesta electoral necesariamente coyuntural, con una proyección transformadora de la sociedad de más largo aliento.

6. Por lo mismo, el acceso a espacios parlamentarios, gobiernos locales o incluso al gobierno nacional, no debe ser un fin en sí mismo, en todo caso instrumento para concretar los cambios que nuestros pueblos exigen, en los tiempos, los métodos y los dirigentes que se estimen puedan aplicar dicho **programa político**.

7. La unidad de la izquierda también es garantía de que se consolide la plena integración de la región, que constituye hoy condición inapelable para sostener la independencia, que hemos alcanzado después de 200 años de haber comenzado las gestas emancipadoras del siglo XIX. Como indicara el compañero, Raúl Castro: "…Sin nuestra unidad, nada sería posible y todo lo logrado se perdería…" afirmando además que "…Vamos construyendo, en la dura realidad, trabajosamente, el ideal de una América Latina y Caribe diversa, pero unida en un espacio común de independencia política, de control soberano sobre nuestros enormes recursos naturales para avanzar hacia el desarrollo sostenible, la integración regional y el enriquecimiento de nuestra cultura…".

8. Tampoco es posible la total integración sin la urgente e innegociable independencia de Puerto Rico, la eliminación en nuestra Región de otras fórmulas coloniales y la devolución de las ilegalmente ocupadas Islas Malvinas. Hay que destacar paralelamente que los alentadores avances que muestran la CELAC, la

ALBA, UNASUR, CARICOM, entre otras plataformas de concertación, serían impensables sin la existencia de gobiernos progresistas. Hacer todo aquello que contribuya a esa integración latinoamericana y caribeña, es la única actitud posible, necesaria y revolucionaria. En tal sentido, va siendo hora que sea tarea de primer orden para nuestros partidos y fuerzas, alentar y apoyar estos procesos y trabajar para que las masas populares los hagan suyos, una vez logrado eso, ya no podrán ser obstaculizados o desarticulados.

9. Sin la unidad más amplia y abarcadora de las fuerzas más avanzadas de nuestra región, existe el peligro de que no tengan continuidad los actuales gobiernos progresistas y de izquierda; con el agravante que su más probable alternativa serían con seguridad gobiernos derechistas, movidos por intentos revanchistas contra las fuerzas populares que los derrotaron en el

pasado, que no escatimarían esfuerzos y recursos para reconstruir el entramado de dominación neoliberal que con enormes esfuerzos apenas comenzamos a desmantelar.

10. Las experiencias de corte progresista y de izquierda son tan disímiles como lo son nuestros pueblos, dependen de los diversos niveles de desarrollo político en cada país, pero también son ostensibles las coincidencias, los logros asociados a nuevas políticas sociales, mayores cuotas de participación popular y rescate de la soberanía nacional, entre otros avances; asimismo, se enfrentan similares desafíos y parecido es el rol que las fuerzas de izquierda deben jugar en este contexto.

11. Ante la dinámica que estas experiencias suponen, debemos tratar de identificar quién o quiénes son nuestros enemigos principales, si son dichos gobiernos o por el contrario, el Imperialismo, con las transnacionales y las burguesías extranjerizadas que los enfrentan. Se impone un enfoque agudo y dialéctico de la realidad política, comprender cuál o cuáles son las correlaciones de fuerza con que contamos, y que una tarea ineludible es saber y lograr convocar a las grandes masas, donde predominan muchas veces el analfabetismo político y un secular atraso ideológico sin desconocer su capacidad de movilización y protesta, como principales víctimas del sistema capitalista.

12. Nuestra izquierda, en muchos casos con un tronco común en la Europa de fines del siglo XIX y el XX, hace

tiempo que alcanzó ya su mayoría de edad, se diversificó y encontró entidad y orígenes propios, se hizo más versátil y representativa; demostró y se demostró a sí misma, que puede alcanzar el control del gobierno, que con voluntad política se vencen formidables obstáculos y se logran cambios importantes, como los innegables avances sociales que hoy se aprecian.

13. Pero también debemos asumir que nada de esto es irreversible, que dichas transformaciones se hacen en el marco de un sistema político concebido justamente para lo contrario, es decir, para perpetuar la dominación y los privilegios de las oligarquías y las transnacionales, que estimulan la división entre nuestras filas, intentan manipular nuestras insuficiencias ideológicas.

14. Las derechas latinoamericanas están debilitadas, sin discurso ni propuestas alternativas, pero no por ello plenamente derrotadas, aún conservan básicamente el poder económico y en buena medida el cultural, por ello nuestros avances electorales y políticos no deben confundirse con la crisis de los partidos políticos tradicionales que las han representado. Ante la decadencia de algunos de estos, las oligarquías se han refugiado en los grandes emporios mediáticos, destinados a mentir y tergiversar la verdad, orientar la lucha política de la derecha y horadar con campañas sistemáticas la gobernabilidad, el prestigio y la capacidad de convocatoria de los gobiernos populares.

15. Detrás de esta estrategia conservadora está inequívocamente el Imperialismo norteamericano, que a pesar de su declive económico, político y moral aún es muy peligroso. Pletórico de armas de exterminio, con más de 75 bases militares diseminadas desde el Río Grande hasta la Patagonia y el despliegue de la IV Flota, no desiste de sus intentos por recuperar su hegemonía y alienta la conformación de estructuras integracionistas paralelas a las que nuestros países han generado.

16. En su intervención en el encuentro del Foro, celebrado en Managua, Nicaragua, en mayo del 2011, el expresidente Lula destacó el papel jugado por el compañero Fidel y el Partido Comunista de Cuba, en el desarrollo y consolidación de nuestro Foro de San Pablo. Ahora podemos añadir que el avance de la izquierda y las fuerzas progresistas, vino a desmentir una vieja tesis de nuestros enemigos que pretendían mostrar a la Revolución cubana como algo irrepetible. No cabe duda que ha llegado el momento de que la

experiencia cubana, en especial en materia de unidad revolucionaria como premisa para la victoria, deje de ser una singularidad, una rareza; hoy se abren espacios, existen fuerzas y concurren líderes capaces de convertir ese aporte en una realidad en toda la región, asumiendo que es sobre todo una necesidad impostergable.

17. El devenir, expresado en un **programa político unitario**, tiene que ser más integración regional acompañado de persistentes cambios estructurales en nuestros países, en procura de la "sociedad sin males", según la cosmogonía de los pueblos originarios, o parafraseando a Marx, luchar para que finalmente el hombre abandone el reino de la necesidad, para entrar en el reino de la libertad.

18. Asimismo, para avanzar con celeridad y solidez, se requiere de más solidaridad, cooperación y concertación entre nuestros partidos y fuerzas, respetando las autonomías y la independencia de cada cual. Hace mucha falta el Foro de San Pablo, que siga fortaleciéndose, que se convierta en el espacio donde conocemos nuestros problemas y diferencias, el lugar donde hacemos causa común por el destino de nuestros pueblos.

19. Ante el lamentable fallecimiento del Presidente venezolano, debemos recordar siempre su indiscutible aporte a la nueva realidad regional, precursor sin dudas de la actual segunda oleada independentista, pionero de este momento promisorio y superior de integración regional, y convencido seguidor del concepto de la unidad de nuestras fuerzas, teniendo

como guía las necesidades del pueblo. El mejor homenaje al Comandante Presidente, de los hombres y mujeres progresistas, revolucionarios y de izquierda es evocarlo siempre, cuando parezcan indomables las adversidades que impone la lucha, o cuando dudemos de la irrenunciable necesidad de la unidad y de la integración de Nuestra América.

Ratificamos nuestro firme compromiso con la Revolución bolivariana**,** y el irrestricto respaldo al Presidente Nicolás Maduro Moros, al Partido Socialista Unido de Venezuela y a las restantes fuerzas que integran el Gran Polo Patriótico; en su lucha contra los planes desestabilizadores de la derecha venezolana, apoyada y financiada por Estados Unidos.

LA ALIANZA DEL PACÍFICO: INTENTO DE RESTAURACIÓN DEL ÁREA DE LIBRE COMERCIO DE LAS AMÉRICAS (ALCA) Y AMENAZA PARA LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA

Alianza del Pacífico

En la última década los Estados Unidos han sufrido un notable retroceso en sus esfuerzos por mantener el dominio sobre América Latina y el Caribe, a partir de la emergencia de gobiernos progresistas y revolucionarios. Sin embargo, el Imperialismo ha llevado adelante una contraofensiva, en alianza con las derechas nacionales, en aras de revertir la correlación de fuerzas favorable a la izquierda en la región.

Ante los planes desestabilizadores de Washington y las oligarquías nacionales, no queda otro camino que fomentar la unidad y la integración de nuestros pueblos, y advertir los peligros y desafíos que estos procesos deberán enfrentar.

Estados Unidos pretende recuperar su predominio en las relaciones interamericanas, enfrentando el proceso de integración, que se concreta a través de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión Sudamericana de Naciones (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

El sueño de Simón Bolívar y José Martí de convertir a América Latina y el Caribe en una sola patria, dejó de ser una utopía desde el nacimiento de la CELAC, comunidad que aspira a la integración y la unidad regional. Desde su creación esta organización demostró que es la alternativa para preservar nuestra independencia, por lo que promueve la integración y la cooperación y así favorecer el desarrollo de nuestros países, sobre la base del respeto a la diversidad existente entre ellos.

Sin embargo, nuevamente, la integración latinoamericana enfrenta la amenaza imperial a través de un nuevo esquema neoliberal: la Alianza del Pacífico. Si bien Estados Unidos ha preferido presentarla como una iniciativa latinoamericana, su alcance lo revela como su verdadero artífice, ilustrándose con su "ingenuo" interés de participar como observador. Es necesario ganar en claridad de que la Alianza del Pacífico no es más que un nuevo rediseño del ALCA, que intenta, en rigor, promover y concretar una gran Área de Libre Comercio en Latinoamérica para facilitar la actuación de las transnacionales, especialmente las norteamericanas, lo que supone una mayor pérdida de las soberanías nacionales y el reforzamiento de las políticas neoliberales. La Alianza es una herramienta para revertir los procesos de cambio en América Latina.

La Alianza del Pacífico pudiera resucitar de forma más o menos velada el Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI), que pretendió dotar a las transnacionales de más derechos y menos deberes cuando

invirtiesen en el extranjero, y convertirse en el marco estándar internacional sobre inversiones. Con este tipo de acuerdos dichas empresas tendrían campo libre para buscar el beneficio por encima de cualquier otra premisa. Han pasado años, y sin embargo, muchos países industrializados están intentando que se retomen las negociaciones en el marco de la OMC, que era su objetivo inicial. Los opositores al tratado ganaron en 1998 una batalla importante, pero el AMI, o al menos sus principales objetivos, son todavía una amenaza.

Asimismo, viene a ser también una versión actualizada de los denominados *Tratados Bilaterales de Inversiones,* que tanto proliferaron en la región en los años ´90, y que tempranamente revelaron sus negativos efectos. Vale evocar en la propia historia cubana, el Tratado de Reciprocidad Comercial que se le impuso a la naciente república en 1903, probablemente el primer acuerdo comercial neocolonial que recoja la historia de las relaciones entre el imperio y un país de nuestra región.

EE.UU., a través de los acuerdos de Libre Comercio, fomenta la eliminación de aranceles, la compra total o parcial de los activos de empresas estatales privatizadas, la imposición de exigencias de eliminación de subsidios y cambios legislativos que favorezcan la penetración de sus transnacionales.

Para los países firmantes de estos Acuerdos, las consecuencias negativas más inmediatas son: la imposibilidad de proteger sus producciones nacionales y sus recursos

naturales, con el consecuente aumento de la quiebra de industrias locales, el crecimiento del desempleo, acentúa la desigualdad social, la pobreza, y las migraciones forzosas. A ellas se agrega que, con el estímulo a la implementación de políticas de atracción de inversiones extranjeras directas, los países comparativamente menos desarrollados se convierten en receptores de industrias altamente contaminantes, lo que provoca fuertes degradaciones medioambientales.

Estados Unidos promueve los TLC para favorecer los intereses de las grandes transnacionales en detrimento de la soberanía nacional de los Estados firmantes. Fueron sus consecuencias las que llevaron a nuestros pueblos a rechazar dignamente el Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), en Mar del Plata, en noviembre de 2005.

Un elemento esencial para entender esta nueva iniciativa imperial es que no se justifica desde el punto de vista del intercambio de bienes y servicios, porque ya sus miembros cuentan con supuestos privilegios y facilidades comerciales, tanto respecto a los Estados Unidos como entre ellos; de manera que tiene una intencionalidad sobre todo política, procurando reactivar espacios de concertación subordinados al imperio, en momentos en que otros mecanismos, como la propia OEA, atraviesan por una crisis de credibilidad. Por ello, no es ocioso recalcar que forma parte de la denominada contraofensiva del imperialismo y de las derechas locales, para obstaculizar el avance de los procesos progresistas y de izquierda en América Latina.

La Alianza, y su confluencia con la Asociación Transpacífica, establecen acuerdos económicos que obligarán a compromisos políticos con gran perjuicio para la soberanía de los Estados firmantes de menor desarrollo.

La izquierda latinoamericana y caribeña debe advertir esta nueva ofensiva del capital, que pretende profundizar la agenda neoliberal, resistida a través de amplias movilizaciones y levantamientos en los últimos 20 años. Es indispensable defender la integración genuinamente latinoamericana y caribeña, procurando la mayor unidad de nuestras filas, sin estas premisas no podremos garantizar la supervivencia de nuestros países.

Como dijera Martí: "*Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto".*

LA II CUMBRE DE LA CELAC: HACIA LA CONSOLIDACIÓN DE LA UNIDAD DE NUESTRA AMÉRICA

La II Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños constituyó un paso decisivo en la consolidación de la unidad regional por la que se viene luchando desde hace siglos, a la vez que fortaleció el papel de Cuba en el ámbito regional e internacional, hizo patente el respeto hacia dicho país y sus líderes en la América Latina y el Caribe y demostró, una vez más, el aislamiento de la política de los Estados Unidos hacia Cuba.

Con una participación casi completa[1] de los Jefes de Estado y Gobierno de la región, la reunión tuvo lugar en un ambiente de cooperación, entendimiento y franqueza.

---

[1] Asistieron 30 Jefes de Estado y de Gobierno. Sólo no estuvieron presentes: El Salvador (debido a la proximidad de las elecciones); Belice (por una enfermedad del Jefe de Gobierno); y Panamá.

Uno de los hitos de esta cita la constituyó la proclamación de América Latina y el Caribe como Zona de Paz, lo cual fue debatido primero por los Coordinadores Nacionales, luego por los Cancilleres y finalmente por los Mandatarios de la región.

Significativo también fue la Aprobación de un Plan de Acción para dar continuidad al trabajo de Cuba al frente de la CELAC, una tarea que corresponderá a Costa Rica.

De los debates sobresalió la conclusión de que la unidad es la única alternativa ante los retos del contexto mundial y regional. No existe otro camino. O nos unimos o perecemos ante los colosales poderes imperiales, transnacionales y mundiales. Por eso, de la unidad e integración de Nuestra América dependerá la victoria de las fuerzas progresistas y de izquierda.

Para la historia quedará la Declaración de La Habana, un documento que recoge los principios establecidos por la Cumbre y, justo en el aniversario 161 del natalicio de José Martí, la convicción de que, como bien dijera él, "nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. (…) Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto".

Escenario político en el contexto de la Cumbre

En el proceso de negociaciones de la II Cumbre de la CELAC, primó el criterio de que ante la diversidad debíamos buscar los asuntos que nos unían. Fue así que, reafirmando la vigencia del acervo histórico de la Comunidad, los Jefes de Estado y Gobierno de la región ratificaron, en la Declaración de La Habana, su voluntad de fortalecer la CELAC como un espacio de diálogo político efectivo que permita buscar soluciones conjuntas a problemas comunes.

Ante la diversidad, la unidad

Fue ese diálogo constructivo el que permitió la aprobación de los siguientes documentos:

- **La Declaración de La Habana.** Documento positivo que avanzó en temas de gran significación política. Incluye todos los elementos favorables de las cumbres anteriores. Rechaza expresamente, por primera vez, la inclusión de Cuba en la "Lista de Países Terroristas". Centra

las posiciones de la región en torno a la Agenda de Desarrollo Post-2015. Confirma la prioridad de fortalecer a la CELAC como foro y actor político internacional. Reafirma la necesidad de acciones para luchar contra la pobreza, el hambre y la desigualdad y reconoce el papel central del Estado en ese empeño. Avanza en el tema de Puerto Rico, ratifica el carácter latinoamericano y caribeño de Puerto Rico y encomienda al Cuarteto trabajar para avanzar en tal sentido. Compromete a la CELAC a trabajar por la erradicación del colonialismo en la región. Se solidariza con los países de la región enfrentados a campañas de las empresas transnacionales.

Introduce la posibilidad de que la América Latina y el Caribe se dote de mecanismos apropiados para la solución de controversias con inversionistas extranjeros. Reitera la solidaridad

con Argentina en su reclamo por las Islas Malvinas, así como el apoyo al proceso de diálogo entre las FARC y el gobierno de Colombia. Aprueba un párrafo balanceado sobre Siria, evitando toda referencia a la "responsabilidad de proteger". Incluye fuertes posiciones sobre las poblaciones indígenas y los afrodescendientes, que era prioridad de los países andinos y del Caribe. Reitera el rechazo al bloqueo contra Cuba. Subraya, por primera vez, el principio del derecho soberano de los Estados de disponer de sus recursos naturales, de gestionarlos y de regularlos.

- **La Proclama de la América Latina y el Caribe como Zona de Paz.** Se logró el objetivo de que fuese un documento solemne, firmado por los Jefes de Estado y de Gobierno. Ratifica los principios del Derecho Internacional, en particular la no amenaza ni uso de la fuerza. Destaca, en varias de sus partes, el derecho de los Estados de dotarse de sus propios regímenes políticos, económicos y sociales.

- **El Plan de Acción para 2014.** Traza un rumbo de actuación claro para la próxima Presidencia Pro Tempore. Incluye 21 sectores que tendrán prioridad en el trabajo durante todo este año. La gran mayoría se vinculan con temas relacionados con la lucha contra la pobreza, el hambre y la desigualdad. Su principal mérito es que no se centra en la celebración de reunio-

nes, como los anteriores, sino en objetivos concretos a alcanzar.

- **El establecimiento del Foro CELAC-China.** Fue positivo que se denomine “Foro CELAC-China” y no “Foro de Cooperación CELAC-China”, pues abre también la posibilidad del diálogo político. Deja establecido el Foro y prevé que comience a funcionar durante el año 2014.

- **Veintiocho Declaraciones Especiales.** Reflejaron los principales problemas de la región y los casos particulares de países, con total transparencia. Se cumplió el propósito de que en muchas de ellas se reiteraran los elementos políticos centrales de la Declaración de La Habana. Ejemplos: Bloqueo contra Cuba, Lucha contra el Terrorismo y Malvinas. Las 28 Declaraciones Especiales dieron espacio a que los países de la región dejaran plasmados sus problemas particulares. El Caribe y los países andinos hicieron uso expreso y reiterado de esta posibilidad.

Resultados generales

Ha pasado mucho tiempo desde los primeros gritos de independencia en América Latina y el Caribe. Este siglo XXI, al decir del presidente venezolano Nicolás Maduro, ha de ser el de retomar el camino de la unidad soñada por Morazán, Bolívar, Martí, y tantos

otros. Sólo la unidad permitirá completar el ciclo de descolonización latinoamericano y caribeños.

En esta II Cumbre de la CELAC, a pesar de más de 55 años de tozudez imperial para aislar a la Revolución Cubana, Cuba y su presencia regional resultaron fortalecidas.

Con los documentos aprobados se crearon precedentes que no sólo servirán para la CELAC, sino en otros foros.

Los resultados harán muy difícil retroceder en lo alcanzado. América Latina y el Caribe marcharán, porque “es la hora del recuento y la marcha unida y hemos de andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes”.

Edición: Comunicación Social del PT
Esta obra se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos del Partido del Trabajo.

Oriente 107 no. 3162, Col. Tablas de San Agustín,
Delegación Gustavo A. Madero, México, D.F.

Marzo 2014